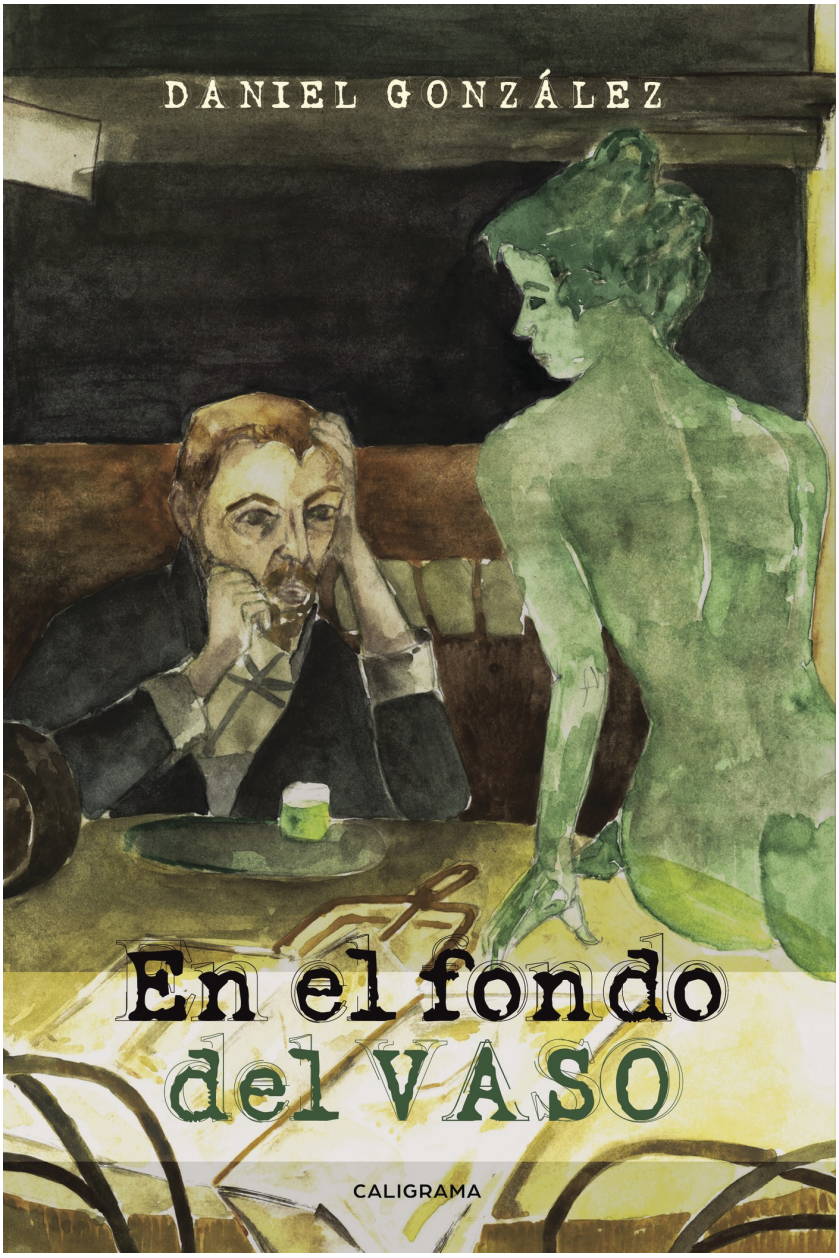
DANIEL GONZÁLEZ
En el fondo del VASO
CALIGRAMA

En el fondo del VASO

En el fondo del VASO

DANIEL GONZÁLEZ

CALIGRAMA

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.
En el fondo del vaso

Primera edición: noviembre 2017

ISBN: 9788417120917
ISBN eBook: 9788417164737

© del texto
Daniel González

© de esta edición
CALIGRAMA, 2017
www.caligramaeditorial.com
info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A María Palomares,
que me regaló veintisiete años de felicidad.

Y a Rosa González, Rosi,
que me hizo cómplice de su sonrisa.

Su mirada triste iluminaba el rastro de los surcos que las lágrimas dejaban al caer por las mejillas. Aunque ella intentaba ocultar el rostro tras un libro, yo imaginaba aquellas gotas cayendo lentamente mientras acariciaban su piel, arrastrando el dolor. Lágrimas que mi mente guiaba hasta su copa para aguar el dulce licor que rozaba sus labios a cada trago. Ella escondía la pena entre las páginas de la novela y su media melena, de tal forma que solo podía ver esos grandes ojos azules cuando mecía la cabeza. Apagados. De luto por su corazón.

Quise abordarla con cualquier excusa tonta, descubrir por fin su nombre y robarle una sonrisa. Quizá la primera en meses. Podía parecer fácil, pero me sentía incapaz de recorrer los cuatro pasos que separaban nuestras mesas a causa del miedo a ver el vacío en sus pupilas y comprender que quien le robó su corazón también le había arrebatado el alma. Aunque mi mayor temor era darme cuenta de que yo tampoco era capaz de volver a sonreír. Me resigné a llamarla Triste y a mirar a hurtadillas cómo jugaba con un mechón. Creí ver una lágrima recorrer su rostro y me apresuré a buscar el valor para consolarla dentro de mi copa de martini. Solo encontré hielos en ella.

Sentí un espasmo al imaginarla como los cubitos. Fría. Indiferente. Incapaz de sucumbir a aquel carisma que un día yo tuve. Maldije mi mala suerte. ¿Cómo abordar a alguien cuya mirada lastimera refleja que ya no cree en el amor? El reto era complejo, tanto, que tuve la tentación de tirar la toalla antes de intentarlo.

Como siempre, venció mi cobardía. Dejé que diese el último beso al cristal y observé cómo cogía su bolso, camino a la salida. Por un instante nuestras miradas se cruzaron. Supongo que pensó que la mía era tan triste como la que ella veía cada día en el espejo. Se perdió entre las sombras que se adivinaban en la calle mientras yo pensaba en lo injusta que era la vida, incapaz de ofrecer una medicina eficaz para los corazones de quienes hemos sufrido sobredosis de amor.

Mi único consuelo era que mañana volvería a verla. Pero sabía que esa vez tampoco sería capaz de coger su mano y posarla sobre mi pecho con la esperanza de volver a oír un latido en mi interior.

—Adiós, chica triste —suspiré a modo de despedida, sin apenas voz, mientras en mis oídos retumbaba la última palabra.

Triste, triste, triste, tris...

Capítulo 1

Vitoria, jueves 27 de octubre de 2011

Rubén Alday levantó la vista de la hoja emborronada de su cuaderno moleskine para encontrarse la mesa de enfrente completamente vacía. Solo la copa abandonada indicaba que hasta hacía poco había estado ocupada, probando que ella no era un espejismo. Triste, como él la había apodado al descubrirla en el bar una lejana tarde de enero, seguía fiel a su costumbre de esconderse de la soledad tras las tapas de un libro mientras dejaba aguar su copa, aprovechando que hasta las cinco y media el Kupula era el lugar más tranquilo que se podía encontrar en Vitoria.

Para él la joven era un atractivo más del bar, una estampa que contemplar con disimulo mientras esperaba que la inspiración se animase a volver. Habitual del local y su surtido de bebidas, el escritor había encontrado en el espionaje a Triste una forma mucho más agradable de olvidar sus frustraciones que vaciar vaso tras vaso, hasta el punto de que su marcha con la cabeza gacha le dejaba siempre con la misma sensación que la falta de alcohol. Empezaba a asumir que dependía demasiado de su presencia y, aunque intentase restarle importancia, era incapaz de imaginar una tarde sin ella.

De entre todas sus virtudes Rubén adoraba su exquisito gusto a la hora de escoger libros. Ella prefería títulos truculentos en lugar de empalagosas novelas románticas, sin duda porque la joven ya había visto que la vida no era de color de rosa. Él estaba siempre atento para descubrir los momentos en los que Triste cogía un bolígrafo de diseño y garabateaba un par de palabras en su diario, seguramente impresiones suscitadas por la apasionante lectura. Cada vez que la veía hacerlo una duda se arrastraba hasta su mente. ¿Sería también escritora?

«Posiblemente», se dijo a sí mismo. Al fin y al cabo, los mercenarios de las letras eran más propensos a vivir de forma intensa los puntos y finales de su vida. «Jugamos con el destino de los personajes a nuestro antojo sin darnos cuenta de que en realidad somos marionetas de nuestra propia historia», había comentado en alguna de las entrevistas que solía conceder cuando su nombre aún conservaba algo de prestigio, la gente reclamaba su autógrafo y era capaz de escribir más de diez líneas seguidas sin perder la paciencia y empezar a tachar palabras.

Triste era la única persona que conseguía devolverle la inspiración y llenar su vacío, aunque esa curiosa musa sugería cualquier cosa menos la novela que su editor ya había dejado de reclamar. Nada más pensar en ese apagón creativo su mano partió en busca de la copa de martini que había amenizado la infructuosa jornada de trabajo. La acercó hasta sus labios, pero los hielos chocaron contra los dientes, advirtiendo que el licor se había extinguido.

«Todo vacío», masculló. Su mente, su copa, su corazón… Empezaba a sentir el efecto de la depresión empañándole de nuevo los ojos y se vio incapaz de hacer frente a la tristeza. Necesitaba su medicina, ese dulce sustituto de la alegría que aliviaba momentáneamente la soledad. Divisó la barra desierta desde su atalaya y bajó a toda prisa los tres peldaños de la escalera para reclamar su dosis a Víctor. Rubén sabía que con el camarero no hacía falta el trámite de pedir una copa. Él le conocía bastante bien, quizá demasiado, y en cuanto se hizo con un taburete el nuevo martini le estaba esperando.

—¿Has dejado que se te escape? ¿Otra vez? —preguntó nada más ver la mirada mustia de su cliente más fiel. Flexionó los dedos, dejó la botella junto a la cafetera y apoyó el codo en la brillante superficie de la barra—. ¿Cómo es que alguien con tantos recursos como tú es incapaz de encontrar una excusa para hablarle?

El barman conocía la secreta obsesión de su amigo desde que en febrero se atrevió a reconocer que le atraía la joven. Ese día le sometió a un tercer grado en busca de información sobre la misteriosa dama. Víctor sabía tan poco como Rubén, salvo que la chica era de rutinas fijas. Siempre la misma mesa, dos copas por tarde y un «hasta luego» con voz muy débil al marcharse. «Tal para cual», pensaba, deseoso de que ambos encontrasen la ocasión de cruzar unas palabras.

La mirada del escritor respondió por sí sola con un movimiento de cejas que intentaba expresar resignación. Rubén había asumido que era un despojo de lo que en otros tiempos se habría considerado galán de medio pelo. Su vena irónica se había ido apagando por falta de uso, la barba de casi un mes y el traje arrugado alertaban de que su dueño llevaba una buena temporada residiendo en el pozo de las frustraciones, y el pelo se negaba ya a aceptar las imposiciones del peine. Para colmo, el olorcillo a alcohol que llevaba como perfume y el temblor de sus manos le convertían en alguien del que escapar. Sabía que si Triste le miraba solo sentiría compasión.

—Quizá, algunas personas estamos destinadas a ver la felicidad desde el segundo anfiteatro…

—Última fila... Rubén, no empieces, esa cantinela ya me la conozco y no voy a consentir que me la repitas. ¿Crees que te mereces este autocastigo? —El reproche evidenciaba su malestar con la actitud abatida del novelista. Víctor apreciaba a su viejo amigo y por eso se negaba a dejarle continuar avanzando en esa espiral de negación—. Si no lo intentas no lo vas a conseguir. Así de claro. Y tú puedes, Rubén.

—¡Por supuesto! Puedo acercarme a ella y ofrecerle una visita guiada por mi infinita colección de fracasos. Creo que será todo un placer sentir el dulce tacto de su mano contra

mi mejilla. —Remató su contestación con un largo trago a la copa.

—¿Acaso no crees en ti mismo? Joder, antes eras el hombre más seguro de toda la ciudad, pero ahora ni siquiera confías en un consejo de amigo. Rubén, por Dios, estoy harto de ver tu mirada lastimera cada vez que ella se va. Y lo peor es que es la misma que pone esa chica cuando nota que tú no te levantas para coger su brazo y confesarle que no puedes vivir sin ella.

En ese momento, Rubén se quedó sin palabras. ¿Podía tener razón? Había fantaseado tantas veces con que ella sintiese lo mismo que él… Pero la posibilidad de que Triste huyese con el miedo grabado en sus pupilas influía más en su cobardía que la esperanza de que pasase todo lo contrario.

—¿De verdad crees eso?

—Sí. Pero aquí lo importante es que tú también lo pienses, porque no vas a tener toda la vida para comprobar si mi teoría es cierta. Así que hazte un favor y ven mañana con la mejor de tus sonrisas, un buen surtido de esas frases con las que derretías a los lectores desde el primer párrafo y un chute de confianza en ti mismo.

El tono de Víctor había sido firme, tan autoritario que al escritor no le quedó otra opción que prometer que lo intentaría. Y por primera vez en mucho tiempo ese gesto no fue para librarse del sermón. «Puedo lograrlo», se dijo antes de coger la copa y vaciarla en un suspiro.

Al contrario que en sus anteriores intentos de volver a ser el de antes, en esta ocasión Rubén no había perdido la valentía tras la primera media hora de férrea convicción. La evidencia de que su actual estilo de vida solo le conducía al desastre se había instalado en su mente, obligándole a improvisar sobre la marcha posibles soluciones que le ayudasen a cambiar de forma radical. Por desgracia, el plazo era muy corto, aunque se sentía con fuerzas para dar el paso. Había estado dándole vueltas a las palabras de su amigo durante toda la tarde, incapaz de encontrar pegas a la idea que Víctor había sugerido. Después de tanto tiempo metido en la piel de un monje de clausura, negándose a disfrutar de una tarde con compañía humana, sentía que ya era el momento de empezar a rehacer su vida y luchar por volver a ser feliz.

Debía resucitar al Rubén Alday triunfador del pasado, ese que jamás abandonó su sueño de convertirse en escritor a pesar de lo complejo que resultaba cada paso. Su antiguo yo nunca fue de los que agachaban la cabeza, y si había que luchar por alcanzar una meta él era el primero en apuntarse a la batalla. Aunque ahora estuviese viviendo la peor etapa de su vida, sentía que debía esforzarse por cambiar el destino.

El reflejo del espejo le había indicado que la barba de pordiosero no era precisamente su mayor atractivo, y tras destrozar tres maquinillas desechables y curar siete pequeños cortes su piel volvió a lucir la palidez de antaño. La rebelde melena, descuidada hasta el extremo, tuvo que ceder para enmarcar de la mejor forma posible ese rostro juvenil que se negaba a advertir al mundo que su dueño había soplado ya treinta y seis velas, y tras unos

cuantos ensayos recordó de nuevo el arte de la sonrisa. Su trayectoria como autor de varios *best seller* haría el resto. «¿Cómo es posible que no haya tomado esta decisión antes?», se preguntó con renovado optimismo, mientras caminaba hacia la cocina. Su estómago volvía a ser el sibarita de antaño y Rubén decidió regalarle una cena de verdad. Nada de platos precocinados, en la nevera había unos cuantos filetes de ternera esperando a que los cocinasen con mimo. Siempre le habían gustado empanados. Dispuesto a darse un homenaje, el escritor se puso el delantal. «Todo va a salir bien», se prometió mientras hacía un hueco en la encimera para colocar la carne.

Ajena al proceso de transformación al que se había sometido su admirador, Triste desgastaba el reloj de la cocina con la mirada. «Solo cinco minutos más», se repitió. La bandeja con el codillo asado reposaba en la encimera de mármol y al ver que estaba frío lo trasladó hasta la mesa del comedor. Aquello no calmó su impaciencia, por lo que la joven fue hasta la pequeña vinoteca de la cocina y sacó una botella de su vino preferido. El líquido color rubí brilló en la copa mientras su olor embriagaba a la joven, que se mojó los labios con el caldo. Exquisito.

Llevaba puesto su mejor vestido, el pelo estaba reluciente gracias a las expertas manos de su peluquero y en sus orejas brillaban dos zafiros. Una capa de rimel resaltaba sus hermosos ojos azules y el discreto carmín en los labios completaba el estudiado aspecto seductor. Si Triste hubiese consultado a un espejito mágico, este le habría felicitado por lograr recuperar ese pequeño destello en la mirada, la chispa de alegría que durante tanto tiempo se había negado a rescatar.

El timbre del videoportero la sacó de sus reflexiones y corrió, apresurada, hacia el aparato para abrir la puerta al invitado. Le vio traspasar el umbral a través de la pantalla y supo que se acercaba al ascensor. Remató su copa de un trago, cogió otra de la bandeja que había preparado con tanto esmero y se encaminó hacia el salón con la botella apretada contra el pecho. Dejó todo sobre la mesa y repasó que su vestido no tuviese arrugas. Estaba nerviosa, lo notaba. Pero por fin era feliz.

Él llegaría en unos instantes.

Capítulo 2

La inspectora Clara Lazkano enseñó con rabia la placa que colgaba de su cuello al agente que custodiaba el cordón policial, zafándose de la insistente persecución del periodista que la había seguido desde que bajó del coche sin distintivos. De momento, era el único moscardón que acudía al olor de la sangre, aunque su experiencia le indicaba que a la salida habría algún carroñero más. Traspasó la puerta abierta del edificio y miró el mensaje en su móvil. Tercero B. Su compañero había sido muy escueto al avisarla, dándole solo la dirección, el piso y la advertencia de que se trataba de un asesinato. Aun así, la noticia se había filtrado.

La casa estaba situada frente al ascensor y lo primero que vio fue a uno de los técnicos de la científica empolvando con cuidado el pomo de la puerta y el timbre. Tras saludarle, Clara se escurrió por el hueco libre y avanzó por el largo pasillo de la entrada, decorado con gusto, sin reparar apenas en los cuadros que colgaban de la pared. Sus pasos la llevaron al salón, donde el destello de los flashes hacía que el lugar del crimen resplandeciese de un modo sobrenatural. El cuerpo debía estar en el sofá, advirtió, aunque su campo de visión solo le ofrecía la parte trasera del enorme mueble de piel. Respiró hondo antes de acercarse, consciente de que el cadáver aún fresco no era la estampa más agradable después del desayuno. «Dios, dos años investigando homicidios y aún no logro acostumbrarme. Ya va siendo hora», se reprochó.

Su compañero, Aitor San Román, ya estaba junto al forense y el juez instructor, anotando las primeras impresiones en su libreta. Levantó la cabeza al verla acercarse y sus miradas se cruzaron. Clara lo supo nada más ver la tristeza en su rostro. El caso iba a ser de los duros.

—Fíjese en el aspecto que presentan estas hemorragias petequiales —sugirió el forense, iluminando con una pequeña linterna los ojos de la víctima para que vieran en su superficie las pequeñas venas rotas por la falta de aire—. No es que sean determinantes, pero parecen indicar que la han asfixiado. No hay marcas de estrangulamiento en el cuello, así que…, ¿igual con un cojín? —reflexionó en voz alta. Los técnicos debían haberlo deducido mucho antes, porque tanto las almohadas como los cojines descansaban a buen recaudo en bolsas de pruebas, formando un pequeño montículo. Josep Blau, el forense, no se inmutó al ver acercarse a la inspectora. Quien sí se llevó una fuerte impresión fue Clara,

que no esperaba encontrar el cadáver de una chica joven, de poco más de treinta años, tendida en el sofá. Parecía dormida, con los párpados ligeramente cerrados, las manos entrelazadas en el pecho y el carmín de sus labios intacto. Pero ella sabía que su sueño era eterno.

—¿No hay fibras en el cuerpo? —preguntó con un susurro. La calidad de aquellos cojines era demasiado buena como para ir dejando hilos o pelusilla por toda la casa, pero si la chica había intentado retirarlo durante su agonía…

—No. Ni marcas defensivas. Nada de piel debajo de las uñas. Es raro, pero parece que dejó que la ahogasen sin oponer resistencia.

Clara sabía que las hemorragias petequiales podían deberse a otro tipo de causas más allá de la asfixia, pero Josep parecía muy convencido de su teoría. Al ver las dos copas de vino medio vacías sobre la mesa su mente formuló una teoría.

—¿Es posible que la drogasen?

—No se puede descartar hasta que se le haga la prueba de tóxicos.

—¿Y cómo estamos tan seguros de que no ha sido una muerte natural? —preguntó a sus espaldas Kevin Parra, el agente en prácticas que acompañaba a la brigada para completar su formación antes de ascender a inspector. Clara no le había visto llegar, pero se lo imaginaba resacoso y con su típica mirada morbosa. Iba a replicarle, pero Aitor se le adelantó.

—En primer lugar, tenemos esas dos copas que indican un encuentro amistoso. Están limpias de huellas. Ni una sola. ¿No es algo raro, Kevin, cuando es evidente que se ha bebido de ellas? Además, nos indican la presencia de una segunda persona. ¿Por qué no llamó a emergencias si la chica empezó a sentirse mal? Y por si no te has fijado, el cuerpo ha sido colocado de esta forma. Hasta le han bajado los párpados. Algo raro en un asesino, pero indica cierta compasión. O remordimiento.

Si el novato fuese más listo habría anotado en su memoria los indicios que le ofrecía el veterano inspector en vez de hacer un globo con su chicle. Pero la pareja de agentes sabía que se trataba de un caso perdido.

—¿Quién la ha encontrado? —Clara cambió de tema.

—La asistenta. Vino justo hace una hora, al mediodía. Tenía que limpiar y hacer la comida. Le extrañó encontrársela tumbada en el sofá, y al ver que no reaccionaba llamó al 112. Dice que no ha tocado nada, pero ya veremos.

Los policías interrumpieron sus observaciones al ver que el juez se apartaba del cadáver y se dirigía hacia la inspectora. Un simple gesto con la cabeza bastó para que se retirasen al fondo del amplio salón. Alberto Lejarreta tenía fama de ser un magistrado implacable, y más de un compañero se había desesperado al tenerlo instruyendo su caso. Clara temía encontrarse con una de esas situaciones cada vez que coincidían en una investigación, aunque hasta entonces había tenido buena suerte. Pero la seriedad con la que la apartó del resto del equipo auguraba que la tregua estaba a punto de acabarse.

—Inspectora Lazkano, el chico ese… ¿es de fiar? —señaló con disimulo a Kevin, que

parecía más ocupado en mirar el reloj que en centrarse en el escenario del crimen.

—Está aprendiendo, señoría. Nosotros controlamos cada uno de sus pasos, y si usted quiere que no le asignemos ciertas tareas…

Aunque la idea pareció gustarle, no se decidió a dar la orden.

—Espero que no haga falta. Siempre he confiado en su buen hacer, Lazkano, y nunca me ha defraudado. Usted es una inspectora brillante y San Román no se queda atrás. Y aunque este caso parece complicado sé que van a hacer un buen trabajo. Cualquier cosa que necesite no dude en pedirla. A partir de ahí, tiene carta blanca. Úsela bien y envíeme los informes cada día. Si necesito cualquier aclaración, le llamaré.

Agradecida por el voto de confianza, la inspectora le garantizó que no le fallarían y regresaron al sofá donde descansaba el cadáver. Josep había terminado ya su trabajo y le dio las últimas impresiones al juez. Con un movimiento de cabeza, este indicó a los técnicos que procediesen a retirar el cuerpo. Clara contempló cómo metían con cuidado a la chica en la bolsa negra y se afanaban en colocarla en la camilla. La cremallera se cerró segundos después, ocultando el joven rostro sin vida. Una estampa que le provocó un escalofrío.

Rubén entró en el Kupula con la mejor de sus sonrisas mientras se ajustaba su americana más elegante al cuerpo y controlaba con disimulo que la camisa nueva no estuviese arrugada. Le había costado una mañana entera de tiendas dar con la pieza, de un discreto morado oscuro que conjuntaba con la chaqueta negra a la perfección. El toque informal se lo daban unos vaqueros que aún se adaptaban a la incipiente barriga y los zapatos de estilo deportivo que remataban su nuevo uniforme de hombre triunfador. De no ser porque conocía al escritor desde hacía años, Víctor no habría podido reconocerle. El camarero le felicitó por su estupendo aspecto y sonrió para sus adentros al oírle pedir una bebida que no tenía ni gota de alcohol.

En su afán por abandonar los malos hábitos, el escritor había rechazado el habitual desayuno de café irlandés que degustaba cada mañana en Bake Factory. Eso significaba cambiar la generosa ración de whisky por un capuchino con nata, pero el sacrificio mereció la pena. Su aperitivo también se había reducido a un pincho de tortilla en el Txiki acompañado de otro café con extra de azúcar en vez de un par de crianzas, y durante la comida su amado Faustino reserva se había quedado cogiendo frío en la vinoteca. Si le hubiesen parado por la calle para que soplase en un alcoholímetro solo habrían encontrado en su cuerpo los restos de aquella vida de excesos que, si todo salía bien, abandonaría en breve.

Dejar tan bruscamente su reconocido vicio no había sido fácil, pero en los momentos de mayor debilidad solo tenía que pensar en Triste para no caer en la tentación. Subió la pequeña escalera con el refresco de lima en la mano y se recostó en los cojines del sillón que rodeaba la mesa. Una vez acomodado, fue colocando con calma el contenido de su bandolera sobre la gastada superficie de madera. Era el atrezo que remataba la escena a la

que había dado tantas vueltas: un cuaderno lleno de garabatos y tachones, un par de pilot negros y un ejemplar de *Palabra de Dios*, su primera novela, con el que pensaba encandilar a la chica.

El día anterior había comprobado que Triste estaba a pocas páginas de terminar su último libro de lectura, un título de Connelly por el que Rubén sentía especial devoción. Rematar la odisea de Harry Bosch con la amena lectura del que fue *best seller* revelación en 2007 y aún seguía vendiéndose en ediciones de bolsillo era una buena opción. Sería una recomendación inocente, la excusa perfecta para iniciar una breve conversación. Nada de contarle que él era el autor, ya lo descubriría ella nada más abrir el tomo y encontrarse con su foto. Ese sería el gancho.

Sabía que una amante de la novela negra no se resistiría a acercarse hasta la mesa para conocer a un escritor famoso. Sobre todo alguien que, quizá, tenía sus propias páginas escondidas en un cajón. Ya se imaginaba cogiendo el libro, preguntándole su nombre y garabateando la mejor dedicatoria que le había inspirado su noche en vela. Orgulloso de su plan, Rubén se quitó las gafas de sol y buscó una página en blanco en su enorme moleskine. Faltaba un cuarto de hora para que ella llegase a la barra, pidiera su baileys y cayese en la trampa.

Nada más coger la jarra de la cafetera, Clara supo que podía ir despidiéndose de su necesaria dosis de barro caliente. En el enorme tanque del aparato que Aitor y ella habían comprado cuando comenzaron a trabajar juntos para librarse del veneno de la máquina de autoservicio no había rastro del brebaje marrón que tanto ansiaba. El pacto mutuo entre ambos policías implicaba que quien terminaba con las reservas tenía que volver a preparar café y nunca lo habían incumplido. Pero ahora había un molesto intruso en la relación profesional de los dos agentes que no respetaba nada. La inspectora dejó su taza junto a la máquina seca. «Y un cuerno voy a prepararlo yo», masculló con rabia. Avanzó hasta su escritorio encendida por la ira, pasando frente a Kevin sin ni siquiera mirar el enorme tazón que el joven estaba engullendo.

—Que te aproveche el café —le espetó.

—Gracias —respondió el agente sin captar el tono de reproche, haciendo un brindis con la taza de «padre del año» que los hijos de Aitor habían escogido como regalo de cumpleaños para que papá pudiese disfrutar de sus habituales dosis de medio litro de café. Kevin estaba recostado como un pachá en su sillón mientras mostraba las desgastadas suelas de sus converse por encima de la mesa, enfrascado en la lectura de una revista de coches tuneados. Clara reprimió el impulso de dar una patada al sillón para que el irritante aprendiz probase el dulce sabor del suelo y se sumergió en la lectura del informe inicial del caso para vencer la tentación.

A sus treinta y tres años Silvia Rivas había dejado sin cumplir demasiados sueños. Su mirada se había apagado antes de tiempo y alguien tenía la culpa de ello. El esmerado maquillaje de su rostro, cuya calidad lo había hecho resistente a la fricción con el cojín,

había ocultado la palidez de su cara justo hasta el comienzo de la autopsia. Como jefa de la investigación, Clara era la encargada de cumplir el trámite en el depósito. Lo único bueno del día era que el forense se había puesto a trabajar de inmediato con el cuerpo. Que Vitoria fuese una ciudad tranquila, sin apenas homicidios, ayudaba mucho: no había largas listas de espera ni sobrecarga de trabajo. La inspectora lo prefería así.

Josep había confirmado su teoría con destreza. La muerte había sido ocasionada por una asfixia provocada. Las muestras de sangre y tejidos estaban ya en el laboratorio y tendrían los resultados en un par de días. Hasta ahí todo iba bien, aunque Clara había sufrido al ver la acción del bisturí sobre el cuerpo menudo de la pobre Silvia. No era una sensación nueva, y aunque intentaba acostumbrarse y en cada nuevo caso reprimía sus sentimientos esta vez tenía un motivo más para identificarse con la chica. Ambas tenían en común la edad y algunos rasgos físicos. Seguramente también compartían metas parecidas.

La última hoja del informe era una foto a tamaño folio de Silvia sacada de uno de los portarretratos de su casa en la que la joven enamoraba a la cámara con una reluciente sonrisa. Clara cogió la ampliación y se acercó a la pared blanca del despacho, diseñada como una pizarra de enormes dimensiones que se llenaba de fotos, anotaciones e ideas en cada uno de sus casos. Colocó la estampa en el centro con lástima. Prefería usar esa imagen antes que otra procedente de la autopsia, porque esos enormes ojos azules llenos de vida eran el estímulo que necesitaba para trabajar sin tregua en el caso.

La inspectora escribió debajo de la foto las iniciales de Silvia, la edad y la franja horaria en la que se había producido la muerte. Entre las once de la noche y la una de la madrugada, ese era el dictamen del forense. Ni siquiera le habían dejado probar la cena, y tampoco pudo soplar las largas velas de la mesa del comedor. Cuando llegaron los sanitarios estas solo eran dos montones de cera derretida. Adiós noche romántica.

Conocía a su asesino. Es más, sentía afecto por él. Tal vez amor. Tanto esfuerzo por brillar con luz propia esa noche sin saber que era la última… «¿Quién ha sido el cabrón, Silvia?», preguntó al retrato. Justo en ese momento su compañero se coló por la puerta abierta del despacho. Quizá él trajese la respuesta que no podía darle la chica. Clara esperó a que se quitase el abrigo, gruñera al ver la cafetera vacía y se recostase en el viejo sofá que ocupaba una de las esquinas de la sala destinada a su brigada.

—¿Algún sospechoso? —preguntó al sentarse a su lado. Aitor negó con la cabeza y sacó su libreta para dar cuenta de sus indagaciones sobre el entorno de la víctima.

—Por no tener no tenemos ni familiares a los que dar la mala noticia. —Tomó aire antes de continuar—. Ni siquiera sus vecinos la conocían bien, nada más allá de una breve conversación en el ascensor. Dicen que era bastante reservada, que no recibía visitas y, desde luego, nunca habían visto a alguien que pudiese ser su pareja.

—¿Y en su trabajo? ¿Alguna amiga?

—No consta que estuviese trabajando actualmente para alguien. Claro que tampoco le hacía falta. Se licenció en bellas artes hará unos diez años por vocación, pero no ha tenido ningún empleo en los últimos cinco. La jugosa herencia que recibió al morir su padre

ayudó a que dejase de ser comisaria de exposiciones en el Artium.

—¿Herencia? —La mención de grandes cantidades de dinero siempre hacían saltar las alarmas en las investigaciones—. ¿Crees que la mataron por pasta?

—Si así fue, el asesino se ha ido con las manos vacías. No le han robado las joyas y no había una caja fuerte en su piso que pudieran reventar. He pedido a Lejarreta una orden para ver los movimientos de sus cuentas y por ahora ha pedido que las bloqueen, no vaya a ser que el dinero se esfume. Pero creo que fue algo pasional.

—¿Lo dices porque le cerró los ojos y colocó el cuerpo en forma de reposo?

—Sí. Quien lo hizo sentía algo por la chica. No era un desconocido. Pero, claro, sus antiguos compañeros no saben nada de ella desde que se marchó del museo. Coinciden en lo mismo, en que era tímida y bastante solitaria.

—Es decir, que apenas tenemos datos que nos puedan ayudar.

—Por ahora, no. Lo único que he recuperado es su agenda. —Sacó una bolsa de pruebas etiquetada que contenía un elegante dietario azul. Clara buscó en la estantería una caja de guantes de látex y quitaron juntos el precinto a la bolsa. Con un poco de suerte ahí podía estar la pista que les indicase con quién o dónde pasaba Silvia su tiempo libre. La inspectora empezó por la última hoja utilizada, que solo tenía tres escuetas anotaciones: a las diez y media de la noche, marcada como cena; antes, a las tres y media, había acudido a un lugar llamado Kupula; y a las seis fue a la peluquería, sin indicar a cuál. El resto de franjas horarias estaba en blanco.

Al pasar las hojas, Clara vio que la cita de las tres y media se repetía. Quizá quedaba allí con esa persona que nadie parecía conocer. El asesino. La chica no había faltado nunca a esos encuentros, que habían comenzado a mediados de enero. Al igual que ella, Aitor comprendió que habían encontrado un hilo del que tirar.

Pero, ¿qué demonios era el Kupula?

En otras circunstancias Rubén podría haber respondido a esa pregunta sin apenas pestañear. Pero al salir del bar dando tumbos apenas se fijó en el letrero que situaba al Kupula en la plaza Venancio del Val. Su entusiasmo inicial ante el encuentro con Triste había dado paso a la más absoluta desesperación al comprobar cómo las agujas del reloj sentenciaban su obligada soledad. Pasadas las seis de la tarde la certeza de que la chica no acudiría pesaba como una losa sobre su ánimo. Entonces, en vez de pedir el cuarto refresco, decidió ahogar sus penas en el dulce néctar del Caribe. Ron en vaso de tubo largo, no uno ni dos, sino media docena. A palo seco. Víctor servía con lástima cada copa a su abatido amigo, convencido de que era más importante mitigar el dolor de su alma que las posibles consecuencias de su conducta autodestructiva.

Había aguantado hasta las nueve y media, pero al final decidió seguir el consejo del veterano barman y marcharse a su ático, donde podía retorcerse en el sofá entre gritos de rabia sin miedo a espantar al resto de parroquianos. A medio camino, abatido y a punto de dejar que las lágrimas se desbordasen, el escritor se contempló en un escaparate. El reflejo

le devolvió una mirada que bien merecía un apodo tan cruel como el de Triste. Él era Pena, el hombre incapaz de volver a ser feliz.

Capítulo 3

Cuando Clara Lazkano se presentó a las oposiciones de la Ertzaintza[1] sabía dónde se metía. El puesto fijo como policía traía consigo ciertos sacrificios, como los horarios intempestivos, el turno de noche en sus años como patrullera, los repentinos cambios de destino que la llevaban a localidades perdidas del País Vasco durante semanas o incluso meses, o las horas extra cuando un caso era tan relevante como para autorizar semejante desembolso. Al pasar a la Unidad de Investigación Criminal con el rango de inspectora consiguió mejorar su situación con plaza fija en Vitoria y fines de semana libres que aprovechaba para hacer algún pequeño viaje. Pero en el transcurso de una investigación de asesinato desaparecían todos los privilegios. Por eso la inspectora conducía un sábado a la mañana por las calles desiertas absorta en los entresijos del caso. Había liberado a Aitor, padre de familia, de la obligación de fichar en comisaría, y aunque eso implicaba tener que hacer de niñera de Kevin, sentía que podría soportarlo.

Había quedado con él a las once de la mañana en el despacho para ir a buscar ese misterioso lugar, el Kupula. Clara suponía que era una cafetería, o quizá un hotel que ella no conocía. El día anterior habían buscado en internet una posible dirección, pero no tuvieron suerte. Los patrulleros tampoco supieron indicarles una ubicación, así que la única opción que les quedaba era acercarse hasta el piso de Silvia, en el exclusivo Paseo de la Música, para ponerse a buscar por los alrededores. Con un poco de suerte estaría cerca de allí. Si no… Entonces habría que usar otros recursos, como pedir un favor a los taxistas. Ellos conocían la ciudad mejor que nadie, pero Clara prefería no involucrarlos hasta que no quedase otra opción. Quería evitar a toda costa que se filtrara algo a la prensa.

La prensa… La inspectora miró con rabia su ejemplar del *Crónicas de Álava*, que había llevado a la portada la foto de la camilla entrando en el furgón de la funeraria junto a un recuadro grande con el retrato de Silvia que ella misma tenía colgado en su despacho. Si eso no era una descarada filtración… El artículo continuaba con datos que solo podía conocer un policía, usados de forma morbosa y sensacionalista por el periodista para escribir la noticia. Clara había borrado de la lista de sospechosos a aquellos agentes que conocía demasiado bien. Todo parecía apuntar a Kevin, por lo que tenía intención de aprovechar el breve trayecto en coche para ponerle las pilas. Pero el muy holgazán ni siquiera se había presentado a la cita. Debía estar en las garras de Jack Daniel´s, durmiendo

la mona en su sofá tras haber visto amanecer desde la puerta de una discoteca. Aunque se había librado de la bronca mañanera, que no confiase en escurrirse de nuevo. Clara no estaba dispuesta a dejarlo pasar. El joven se iba a quedar pegado a su silla escribiendo a mano «no volveré a hablar con periodistas sobre aspectos del caso que son confidenciales» hasta que se agotase todo el papel de la comisaría. Se iba a enterar.

Gracias a que el alcohol era un elemento asiduo en sus venas, Rubén contaba con la ventaja de no tener que temer a los estragos de beber más de la cuenta. Nada de jaquecas, dolor de estómago, boca pastosa o náuseas al despertar. Un premio a su notable experiencia como bebedor profesional. La alarma del móvil le había sacado de su duermevela poco antes del mediodía y solo sentía un ligero dolor de espalda causado por haber pasado la noche tumbado en el suelo del salón tapado con la alfombra y una bolsa llena de viejos periódicos a modo de almohada. Al llegar a casa, creyó que aquella era su cama y no dudó en meterse bajo esta a dormir.

Ahora, sin el ron nublándole la mente, tocaba hacer balance de su maltrecha vida. No necesitó reflexionar mucho. Justo en el momento en el que había creído encontrar la cuerda que le sacaría del profundo agujero en el que vivía desde hacía demasiados meses, esta desaparecía sin dejar rastro. La mala suerte se había ensañado con él. El escritor salió del ascensor con la cabeza gacha y fue directo al bar de su edificio, el Bake Factory, con la esperanza de que le echasen una bola de helado de vainilla a su café con whisky. Pidió en la barra y birló el periódico de una de las mesas vacías mientras le preparaban su elixir mágico. Ya con el enorme vaso en la mano escogió el mejor sitio y dio el primer sorbo.

«Ah, los placeres del desayuno», se dijo a sí mismo mientras colocaba con mimo el *Crónicas de Álava* en la mesa y echaba un ojo a los titulares. Y entonces se dio cuenta. Triste le sonreía a dos columnas con su carita risueña, una mirada alegre y ligeros toques de maquillaje. Rubén pensó que se trataba de un espejismo, pero la foto seguía allí cuando miró de nuevo. No le costó enlazarla con la imagen principal, que ilustraba un asesinato. El titular: «Una mirada que se apaga», no dejaba lugar a dudas.

No necesitaba leer el artículo para entender por qué la chica no había estado el día anterior en el Kupula: alguien la había asesinado.

La imagen que Clara tenía de la víctima, con su elegante vestido, su buen gusto a la hora de decorar el piso y la pequeña fortuna que atesoraba le habían hecho encaminar sus pasos hacia la zona noble de la ciudad, muy próxima a la urbanización de Silvia. Tras pasar bajo el puente azul de Portal de Castilla comprobó que por esa zona no escaseaban los bares, pero ninguno se llamaba Kupula. Era muy improbable que la joven se adentrase por Ariznabarra, por lo que al llegar a la frontera con el barrio obrero desvió su ruta hacia el Batán. Allí rodeó casas y majestuosos chalets que no podría comprarse ni ahorrando su sueldo durante toda una vida, descubriendo que las cafeterías eran una especie en extinción en el barrio. Resignada, volvió al punto de partida. No había encontrado lo que

buscaba, y solo le quedaba explorar el centro de la ciudad. Aunque temía que su víctima hubiese escogido un barrio más alejado para pasar sus tardes, porque conocía demasiado bien esa parte de Vitoria y desde luego allí no había ningún local con ese nombre.

Empezaba a asumir que tendría que usar otros recursos. Clara montó en su coche sin distintivos, arrancó y avanzó hacia el parque de La Florida por Portal de Castilla. Su estómago rugía, y la idea de abrir en casa una tarrina de ensalada de pasta con la que combatir la frustración le rondaba en la mente. Se incorporó al carril para girar a la izquierda, con tan mala suerte que el semáforo se cerró antes de que pudiera dejarlo atrás. Estaba atrapada delante de un paso de cebra vacío, y tuvo la tentación de sacar la sirena y eludir la espera. Ya estaba buscando el luminoso azul cuando vio un espejismo en el retrovisor. La palabra Kupula destacaba en vertical junto a la puerta de un pequeño local justo a su espalda. No podía ser. Salió del coche y se topó de bruces con una cafetería escondida en una plazoleta, con su puerta doble invitándola a entrar. Calculó la distancia: ni quinientos metros desde la casa de la víctima. Su teoría era correcta, aunque el trabajo de campo había ido desencaminado.

Un pitido de rabia y el insulto del conductor que esperaba tras su coche la devolvieron a la realidad. El disco verde brillaba frente a ella y tuvo que meterse a toda prisa en su vehículo para girar en busca de un hueco donde aparcar.

Aunque el buen aspecto de los butacones de la recepción del *Crónicas de Álava* auguraba una espera cómoda Rubén no terminaba de encontrar la posición exacta. Llevaba casi media hora embutido en el sillón de piel sintética recordando los viejos tiempos en los que no necesitaba enseñar su DNI ni explicar el motivo de su visita para acceder a la enorme oficina en la que se cocinaba toda la actualidad de Vitoria. La redacción, que incluía la sección de deportes y el departamento de publicidad, ocupaba dos plantas enteras de uno de los edificios de la calle Dato, y hasta 2008 había sido la segunda casa del escritor. Estaba molesto porque la joven recepcionista no hubiese reconocido su nombre, tratándolo como a una vulgar visita en vez de como a una vieja gloria de la casa, autor de muchas de las portadas que colgaban por las paredes del inmueble. Vale, había olvidado que los sábados la reunión de contenidos con las cabeceras de Vizcaya y Guipuzcoa empezaba a las doce. Eso mantenía retenido a Jorge Berastegi, el director, casi una hora. El aroma a alcohol que desprendía tampoco ayudó mucho en su intento de convencer a la chica de que su visita era urgente. Por lo menos había tenido la decencia de prestarle un ejemplar para amenizar la larga espera, dándole la oportunidad de conocer casi de primera mano los entresijos del crimen.

Triste en realidad se llamaba Silvia y había sido asfixiada con un cojín en el transcurso de una cita romántica. Su acompañante, a quien la policía buscaba pese a no saber ni su nombre, debía haber aprovechado uno de los momentos más íntimos para ahogarla. Ella no ofreció resistencia y quedó tendida en el sofá hasta que la asistenta encontró el cuerpo. El texto ofrecía bastantes datos, sin duda gracias a una fuente implicada de lleno en la

investigación, y se adornaba con ese toque sensacionalista que Rubén había puesto de moda en sus tiempos ocupándose de los sucesos. Había visto y escrito sobre demasiadas muertes y sabía que la de Triste había sido, al menos, limpia. Claro que no había podido escapar de la angustia y el miedo de saber que le quedaban pocos segundos de vida mientras la ausencia de aire iba envolviéndola en un sueño eterno que, al parecer, aceptó con resignación.

El escritor notó que le invadía la rabia al imaginar la cara de sorpresa de la chica al ver cómo se aproximaba el cojín y sus movimientos se hacían cada vez más lentos hasta que al final se convertía en una muñeca rota. Apretó el periódico con fuerza, intentando controlar un ataque de furia. Deseaba con todas sus fuerzas toparse con el asesino para tener la oportunidad de pagarle con la misma moneda: una tortura lenta y esmerada en la que la sangre fuese ahogando sus súplicas de piedad.

—No me lo puedo creer. ¡Rubén! ¡Viejo granuja! —El director del *Crónicas,* que acababa de abrir la puerta de entrada, se emocionó al verle, y el escritor quedó atrapado por un fuerte abrazo nada más levantarse—. ¿Qué te trae por aquí? Espero que quieras volver a las trincheras, porque ahora mismo me hacen falta unos cuantos buenos artilleros… —Acompañó sus palabras con una amplia sonrisa mientras recorrían el largo pasillo, esquivaban las mesas vacías de la sección de local y acababan en el pequeño cubículo donde Jorge sentenciaba a diario el futuro de concejales, embaucadores y ejecutivos de ego desmesurado. El veterano periodista señaló una reluciente cafetera exprés, dispuesto a invitarle a un desayuno tardío, pero Rubén rechazó la invitación con educación.

—Como puedes ver por aquí las cosas siguen igual —dijo en referencia al desorden del despacho—. Ventajas de ser el jefe. En fin, por tu cara intuyo que esta no es una visita de cortesía para que compartamos batallitas mientras engullimos un buen pacharán. ¿Me equivoco?

—Siempre tan intuitivo… La verdad es que además de saludar a un buen amigo tengo otras intenciones menos nobles. Vengo por lo de la chica.

A Jorge le costó unos segundos descubrir a qué chica se refería su antiguo colega, y cuando comprendió que se trataba del asesinato con el que abrían la edición sintió un ligero escalofrío. Pese a sus décadas de experiencia lo que más odiaba de su trabajo era dar ese tipo de noticias. Entendía que ayudaban a vender más ejemplares, les permitían hacer un seguimiento durante varios días y representaban la oportunidad perfecta para meterles un gol a los de la competencia. Pero lo que se sacrificaba a cambio… Sabía que Rubén no pensaba igual, que el periodista reconvertido en escritor sentía un interés preocupante por los homicidios y sucesos escabrosos. Aunque lo compensaba con su gran talento para implicarse de lleno en los temas de denuncia social y pelear en primera línea contra las injusticias, su lado oscuro siempre le había dado miedo. Solo había que leer uno de sus libros para creer que cuando decía aquello de «los escritores somos psicópatas frustrados, mientras que los asesinos guardan en un cajón los manuscritos que les rechazaron» no era

en broma.

—¿Quieres escribir un libro con esto? La verdad es que tenemos muy poca información sobre el tema…

—Por lo que he leído tenéis una fuente de primer nivel. Y por eso he acudido a vosotros. Necesito investigar este asesinato.

Jorge no se esperaba una respuesta así. Querer documentarse sobre un crimen a todas luces lleno de enigmas era una cosa, pero desear meterse de lleno en la investigación, seguramente codo con codo con los agentes… Aparte de que era algo imposible para un civil, la idea era enfermiza. Casi obscena.

—Rubén, ¿por qué tienes tanto interés en este caso?

El director notó que el escritor dudaba antes de responder.

—Jorge, sé que puede parecer una tontería, pero en cierto modo conocía a la víctima, a Silvia. Y no quiero que su asesino quede libre porque no se haya hecho todo lo posible para atraparlo. Sé que el que ha escrito esta noticia tiene la posibilidad de presentarme a los investigadores y allanar un poco el camino. Créeme, si no necesitase encontrar la verdad no os pediría este gran favor.

Sus palabras parecían sinceras, y pese a que se notaba el deje tembloroso en su voz, clara evidencia de que llevaba una buena cogorza encima, Jorge se dio cuenta de que su amigo tenía una deuda pendiente. Una herida que necesitaba cerrar. Había oído en los mentideros de la profesión que Rubén no pasaba sus mejores momentos, y aunque su firme convicción y el aspecto pulcro que lucía desmentían hasta cierto punto esos rumores su mirada era la de un hombre desesperado.

—Verás, yo no sé quién es la fuente de Alex. Guarda sus contactos muy en secreto y eso le convierte en tu digno sucesor al frente de sucesos. Lo único que puedo hacer es intentar que te eche un cable, pero no sé cómo va a reaccionar.

Rubén comprendió que el director tenía las manos atadas en ese aspecto. En sus tiempos contar con una vasta agenda de fuentes policiales implicaba una discreción extrema, y para proteger la identidad de aquellas personas que se jugaban su puesto en cada filtración tenía que tener mucho cuidado. El antiguo director, Tomás Yurre, nunca supo los nombres ni el rango de quienes ayudaban a que el *Crónicas* tuviese las mejores exclusivas. Ni siquiera cuando inició su carrera literaria los que le habían asesorado con la novela le habían permitido mencionarlos en el apartado de agradecimientos. Si el tal Alex Bermejo tenía el mismo grado de confidencialidad con sus fuentes iba a ser muy difícil que quisiera ayudarle.

—Ahora mismo está en la calle intentando recoger datos para hacer un perfil de la chica. Oye, en eso podrías ayudarnos. —Rubén negó con la cabeza y Jorge comprendió que era mejor no hacer más grande su herida—. De acuerdo. De todas formas llegará en unos minutos para dar el parte.

Salvo por la pareja que desgastaba sus labios en una mesa del fondo el bar estaba vacío.

Clara fue directa a la barra, donde un hombre de anchas espaldas y larga melena oscura colocaba con destreza sobre la cafetera una hilera de tazas recién salidas del lavavajillas. El camarero se giró en cuanto notó movimiento al otro lado de su territorio y recibió a la nueva clienta con una obsequiosa sonrisa que se borró nada más ver la placa de la agente frente a él.

—¿Qué desea? —preguntó con cierto recelo, intimidado por la firmeza de la policía.

—¿Es usted el responsable del bar? —El hombre asintió y Clara buscó en su carpeta la foto de la víctima. Sin duda el hombre habría leído la noticia en la prensa y se estaría imaginando que la visita de la Ertzaintza estaba relacionada con el crimen—. De acuerdo, ¿conoce a esta mujer?

La cara del barman cambió nada más ver la foto, palideciendo por momentos.

—Sí. Es una clienta habitual. Viene a las tardes.

—¿Sabía que fue asesinada el jueves por la noche? —Era una pregunta absurda, pero cabía la posibilidad de que aún no se hubiese enterado. Clara no había visto ningún periódico en el local.

—Oh, Dios…

—Verá, antes ha dicho que ella solía venir a las tardes. ¿Se encontraba aquí con alguna persona? ¿Su pareja?

—No. Ella venía a una hora en la que apenas hay movimiento. Se tomaba un par de copas y leía un libro. A esa franja horaria la llamamos en la profesión «la hora de los solitarios». Muchos bares tienen un par de clientes así, a los que por supuesto se mima.

La inspectora anotó las respuestas en su cuaderno con una visible decepción. Otra pista agotada, esta vez la última. Encogió los hombros y ya estaba a punto de marcharse cuando cambió de idea.

—Oiga, póngame un café con leche. ¿Y preparan tortillas? —Se había fijado en el cartel con el menú colgado al lado de la puerta de la cocina. Al oír el pedido el camarero recuperó la sonrisa.

—Por supuesto. Hacemos la mejor tortilla de la zona, con los ingredientes que quiera.

—Igual una de patata y cebolla. —Clara dejó a un lado su actitud oficial y le devolvió la sonrisa—. No se imagina lo que me ha costado encontrar el bar.

—Es que estamos algo escondidos. Pero cuando un cliente nos descubre se convierte en asiduo.

—¿No es dejar el negocio un poco al azar?

—Tal vez, pero da resultado. Aquí somos una gran familia en la que todos nos conocemos y nuestra filosofía es que tomar una copa en el Kupula es el peaje para disfrutar de momentos inolvidables.

Si esa estupenda frase de marketing contase con algo de promoción externa el local estaría más lleno, pensó Clara. El camarero estaba a punto de entrar en la pequeña cocina con el pedido, pero ella lo detuvo al descubrir que había un detalle que se le había escapado en su conversación.

—Perdone. Antes ha dicho que los clientes son asiduos y ha hablado de la hora de los solitarios. ¿Suele venir alguien más por aquí a la hora en la que Silvia tomaba sus copas?

El hombre se giró con tal rapidez que devolvió el ánimo a la inspectora. Pero dudó un momento antes de contestar.

—No, no puede ser… —murmuró.

—¿El qué? —Clara notó que el camarero se sentía incómodo, como si viviese un duro debate interno, y ya estaba preparando una estrategia para sonsacarle lo que supiese cuando este empezó a hablar.

—Agente, hay algo que debe saber.

Alex Bermejo era el vivo ejemplo de la nueva generación de periodistas, el profesional 2.0. que, armado con su iPhone, volvía cada mañana a la redacción con texto, audio y vídeo en el bolsillo. El reportero vivía el mejor momento de su carrera con apenas veinticinco años y se le veía dispuesto a labrarse un buen futuro como mercenario de las letras a base de engrosar su lista de fuentes con una sonrisa fresca, zalameras promesas y el valor necesario para meterse en todos los líos. El joven cultivaba una imagen rebelde vistiendo una fina cazadora de cuero y ropa de marca que, según intuyó Rubén por el desgaste, compraba de segunda mano a precio de saldo.

Además de saber moverse, el chaval había aprendido a juntar unas cuantas letras con maestría, requisito indispensable para formar parte del equipo del *Crónicas*. Quizá por probar las mieles del éxito tan solo tres años después de salir del horno universitario rezumaba ese tufo a chulería que le provocó una sensación de rechazo casi al instante. Pero Rubén sabía que tenía que guardarse sus recelos en el bolsillo y ser aún más persuasivo que el joven para conseguir llevárselo al huerto informativo. Por eso aprovechó para pelotear sin disimulo en cuanto el director hizo las presentaciones, ensalzando su trayectoria como vieja gloria del equipo antes de retirarse a su despacho.

—Menos mal que me retiré a tiempo, que si no habrías acabado echándome — bromeó con el chaval. El halago surtió efecto y el apretón de manos fue tan cálido que Jorge podría haber encendido uno de sus puros baratos con él.

—Bueno, cada uno tiene su momento de gloria. Además, ser escritor no debe ser tan malo.

«Sí, desde luego no compramos camisetas de Hugo Boss en el rastrillo», pensó Rubén, aunque su respuesta fue muy distinta.

—Y, desde luego, tal como vas a ti te quedan muchos años en la cima.

—Bah, esto es sencillo. Solo hace falta conocer a las personas adecuadas y saber gastar algo en un par de copas de vez en cuando. —La fingida humildad con la que restó importancia a su trabajo aumentó el odio del escritor hacia el reportero.

—Y por eso mismo necesito tu ayuda, Alex. Llevo tiempo intentando encontrar una buena trama para mi nueva novela, y la verdad es que un caso así promete bastante.

—¿Y exactamente en qué te puedo ayudar? ¿Quieres que te pase los detalles que vaya

consiguiendo? —En su voz había una pizca de recelo, aunque parecía dispuesto a ceder si se le ofrecía un buen acuerdo.

—Bueno, yo pensaba en algo más, ¿cómo decir…? Directo. Estar dentro de la investigación acompañando a los policías y empapándome de los entresijos del caso. Hacer una novela de una investigación real. Por supuesto, te daré todos los datos que obtenga. Al instante.

Rubén se dio cuenta de que al periodista le había cambiado la cara. El recelo había subido a su nivel más alto y el escritor necesitaba un golpe de efecto para conseguir que se rindiese.

—Y ya estoy pensando en quién puede ser el principal protagonista. Alex Bermejo, el redactor estrella de la prensa local al que la Ertzaintza pide asesoramiento al encontrarse en un callejón sin salida. Chaval, eso gusta mucho a las chicas.

Por el cambio radical en su expresión supo que lo había conseguido.

—Es muy tentador, y por supuesto que quiero ayudarte. Pero es que… No sé si conoces a la inspectora Clara Lazkano. Es un hueso duro de roer, de las que odian a muerte a la prensa. Muy seca. Y ella es la que lleva la investigación.

El escritor se dio cuenta al instante de que la fuente del joven no era tan directa como había hecho creer a su director.

—Pero seguro que su compañero es mucho más tolerante y no le importa colaborar…

—¿San Román? Ese es de la vieja escuela, de cuando se apartaba a empujones a los reporteros y se requisaban los carretes. Su frase favorita cuando se le pregunta algo es un «que te jodan».

«¿Y tú te llamas periodista si aún no te los has camelado?», estuvo a punto de recriminarle Rubén, pero se contuvo.

—Tienes razón en lo de San Román. Me tuvo una noche en el calabozo por una nimiedad y eso bastó para que me diese cuenta de qué pie cojea… —Él también tenía anécdotas, historias que harían que ese pipiolo se mease encima—. Creo que no me queda otra que llamarte de vez en cuando. ¿Tienes mi número? Apunta… —Era mejor replegar velas e intentar recuperar el contacto con sus antiguos colegas de confidencias.

—Oye, Rubén, que estoy pensando que igual podíamos escribir juntos el libro. Ya sabes, hacer algo con un toque más moderno, que los de tu época os vais oxidando.

—Lo tendré muy en cuenta —prometió el escritor, reprimiendo sus ganas de castigar la indisimulada prepotencia del joven estrangulándolo hasta que se le salieran los ojos de las órbitas.

---

1 Cuerpo de policía oficial del País Vasco, que opera en la comunidad autónoma con competencias propias. (N. del A,)

Capítulo 4

Con la excusa de un par de combinados sobre la mesa, Rubén aprovechaba la tranquilidad del reservado del ilustre Círculo Vitoriano para rebuscar en la agenda del móvil aquellos números con solo unas iniciales y un par de dígitos. Era el sistema de códigos que siempre había empleado para designar a los agentes que le pasaban la información. Desechó a los que trabajaban en el cuerpo local y a los *ertzainas*[2] que en su día le pidieron, algunos de forma no muy amable, que se olvidase de ellos. Pero aún le quedaban unos cuantos con los que podía contactar, y entre copa y copa fue llamándoles.

Todos se alegraron de saber de él y no les importó mantener un breve intercambio de palabras sobre cómo les había ido la vida. Pero cuando el escritor les planteaba su problema se excusaban diciendo que les era imposible. Alguno fue sincero y confesó su miedo a lo que podía hacerle Lazkano si se enteraba de que ayudaba a alguien de la prensa. A casi todos se les notaba su pesar por no poder echarle un cable y más de uno le propuso quedar para tomar algo y recordar los viejos tiempos. Les prometió que les llamaría para concretar una fecha, aunque no tenía intención de hacerlo.

El enfado de su estómago se hizo evidente tras la última llamada, harto de que solo lo alimentasen con tragos de gin-tonic. El escritor se dirigió haciendo eses a un restaurante del centro en el que todavía se acordaban de sus generosas propinas. Su instinto no le había fallado, y pudo devorar unas alubias rojas de Tolosa y una lasaña de bogavante mientras se ensañaba con tres botellas de Marqués de Riscal. Pero a la hora de los postres el metre le pidió que pasase por caja a abonar la cuenta, ya que sus sollozos no dejaban comer en paz al resto de comensales. Usó la servilleta para secarse los lagrimones y se dirigió hasta la zona de barra con la cartera en la mano, vigilado por la insensible mirada de reproche del hostelero.

Pues se habían quedado sin propina.

Las nubes negras que empezaban a tapar el cielo hacían presagiar la llegada de una buena tormenta y la idea de un nuevo diluvio universal le había devuelto parte del ánimo. Aunque el chaparrón se estaba haciendo de rogar. Tumbado en un banco del parque de la Florida, Rubén se dedicó a buscar formas curiosas en el cielo hasta que se dio cuenta de que su futuro estaba igual de negro. ¿Qué iba a hacer ahora que su único salvavidas

descansaba en una de las neveras del depósito de cadáveres? ¿Merecía la pena seguir arrastrándose por las calles con la única compañía de una petaca bien cargada? Rubén ya no encontraba motivos para intentar cambiar su forma de vida. Con un poco de suerte su alcoholismo acabaría pronto con él, haciéndole un buen favor.

Pese al efecto anestesiante de todo lo que había bebido desde que descubrió que Triste estaba muerta su reloj interno funcionaba a la perfección, porque su mente (o tal vez su hígado) reclamó una visita al Kupula. Sabía que sus tardes en aquel bar ya no iban a tener el mismo encanto, pero los lazos que le unían al local y a Víctor eran mucho más antiguos que su fallida relación con Silvia. Aunque el bar estaba bastante cerca del parque, el escritor sintió que la pereza se iba apoderando de su cuerpo. Decidido a luchar contra ella, se levantó entre pinchazos de dolor en la espalda y buscó el camino más corto para llegar allí.

Los remordimientos acecharon a Víctor nada más ver entrar en el bar a su amigo. El escritor arrastraba los pies, temblaba a cada paso y tenía la mirada perdida. Se maldijo por haber sospechado de él, por pensar que era capaz de asesinar a alguien. Solo había que ver lo destrozado que estaba ante la idea de la muerte de la chica para comprender que nunca le habría hecho daño.

Intentó esquivar esos ojos apagados mientras preparaba su pedido, un kit para olvidar la derrota: botella de Absolut sin abrir, cubitera con exceso de hielos y el vaso más grande que guardaba tras la barra. Ni siquiera tuvo valor para coger el billete de cincuenta euros que le ofreció Rubén. Tras protestar por la insistencia en no cobrarle, el pobre desgraciado fue en busca de la soledad de su mesa, ubicada en la parte alta del local. Una nueva punzada de remordimiento golpeó el ánimo del camarero al pensar en lo que esperaba arriba a su colega.

Rubén torció el gesto al ver que su lugar de trabajo, lamentos y borracheras estaba ocupado por una desconocida que había desplegado un surtido de cacharros alrededor de una carpeta. La mujer levantó la mirada al oír que se acercaba y el escritor deseó que hubiese visto la mala cara que le había puesto, una invitación directa a que se marchase y le dejase agonizar en paz.

—¿Es usted Rubén Alday? —preguntó con una seriedad extrema, cargada de firmeza.

«Y el dueño de esa mesa», estuvo a punto de replicarle, aunque se contuvo al ver que la carpeta marrón lucía el emblema de la Ertzaintza. Volvió a mirar a la intrusa, esta vez con más detenimiento. ¿Sería Clara Lazkano? No parecía tan temible.

—Supongo que ha encontrado a quien buscaba. ¿Qué quiere, un autógrafo?

—Verá, necesito hacerle unas cuantas preguntas. Creo que ya sabe sobre qué.

—De acuerdo. —Rubén se sentó frente a ella—. Pregunte lo que quiera. Estamos entre amigos, ¿o no? ¿Quiere un poco de vodka?

—Creo que sería mejor que fuésemos a un sitio más discreto, señor Alday. Y no bebo,

pero gracias de todos modos.

—¿Estoy detenido, inspectora Lazkano?

Clara dudó antes de responder. Su sospechoso había sido demasiado directo con esa pregunta y, además, la había identificado por su apellido, aunque su identidad tampoco era muy difícil de averiguar. Pese a sus recelos sobre ese hombre intentó esbozar una sonrisa.

—No. ¿Acaso hay alguna razón por la que debería arrestarle?

Rubén encogió los hombros mientras se levantaba para seguir los pasos de la investigadora.

Durante el breve viaje en coche hasta la comisaría de Portal de Foronda no intercambiaron palabra alguna. Clara decidió aparcar en el exterior del inmenso edificio y entrar con Rubén por la puerta principal en vez de por el pasillo por el que se metía a los detenidos, aunque esa fue la única cortesía que tuvo con su sospechoso, permitiéndole descubrir el atajo más rápido hacia la zona de interrogatorios. La inspectora optó por la sala tres, algo más acogedora que el resto de cubículos grises, con la intención de no presionar demasiado al escritor. Tampoco tenía pruebas que implicasen a una figura relevante de la sociedad cultural vitoriana en la comisión de un crimen, más allá de la teoría del camarero, y no quería meter la pata. Sobre todo porque su sospechoso podía causarles verdaderos problemas.

Se encargó de que le ofreciesen agua o café y anotó la hora de entrada. Las cuatro y cuarto. Calculó rápidamente cuánto tiempo tardaría en volver a estar sobrio y estimó que en una hora la borrachera habría amainado. Demasiado para tenerlo esperando, pero no quería arriesgarse a que un abogado echase por tierra una hipotética confesión alegando que su cliente estaba borracho. Para cubrirse las espaldas Clara subió al segundo piso y buscó al responsable de guardia para consultarle su estrategia. De haber estado el comisario seguramente habría cuestionado su plan por temor a la repercusión mediática que podía acarrear, pero con Aramburu no hubo ningún problema. Una vez resuelto el dilema tocaba hacer tiempo hasta la confrontación con el escritor, por lo que se acercó a su departamento, dispuesta a preparar un buen cuestionario con el que ponerle contra las cuerdas.

Tal como esperaba, el despacho estaba desierto. Ni rastro de Kevin, cuyo dudoso estilo de vida sentenciaba claramente que montar guardia en el transcurso de un caso era algo de perdedores. Pues mucho mejor, porque así la prensa no se enteraría de que ya tenían un posible culpable. Si se filtraba el nombre de Rubén y luego resultaba ser inocente (algo que Clara veía muy improbable), la demanda estaba asegurada. Así actuaban los famosillos, daba igual que fuesen habituales de la prensa del corazón o simples escritores en sus horas más bajas.

La inspectora repasó la imagen que ofrecía su retenido mientras escribía la lista de posibles preguntas en su cuaderno, definiendo el mejor modo de abordar el interrogatorio. Pese a la borrachera que cargaba a sus espaldas las respuestas que le había dado en el bar indicaban que su capacidad para hacer razonamientos complejos no estaba nublada del

todo por el alcohol. Se le veía seguro de sí mismo, pero era evidente que estaba destrozado. Todos sus movimientos apuntaban a una dolorosa derrota, a una herida reciente que le atormentaba. ¿Remordimientos por asesinar a la chica? Por lo que le había explicado el responsable del Kupula Rubén llevaba varios meses prendado de Silvia. Quizá su enamoramiento había degenerado en una obsesión mortal. De ahí el gesto de ocultar sus ojos sin vida tras los párpados, casi con lástima. Era evidente que le importaba esa chica.

La alarma del móvil apagó sus pensamientos. El tiempo se habían acabado. Repasó a toda prisa el cuestionario, lo guardó en su carpeta y llamó al responsable de la zona de interrogatorios para que fuese preparando todo el equipo. Antes de salir del despacho Clara acarició la foto de Silvia. «Voy a hacer justicia», le prometió al retrato.

Cuando el escritor terminó de soplar en el alcoholímetro el agente anotó el resultado con cierto reparo. Era más de lo que esperaba, sobre todo teniendo en cuenta que minutos antes había estado hablando con el sospechoso sobre la actualidad política de la ciudad sin que a este se le notasen los efectos de esa tremenda borrachera. Clara asintió al ver el dato y puso en marcha la videocámara, que apuntaba directamente a Rubén.

—Señor Alday, quiero que quede constancia de que usted no está detenido, sino que queremos hacerle unas preguntas sobre su relación con una investigación abierta. Sé que ha rechazado la presencia de un abogado, pero tiene derecho a solicitarlo en cuanto estime oportuno. Si es necesario se le proporcionará uno de oficio. ¿Está de acuerdo?

—Por supuesto, inspectora.

—Bien, ¿conoce a esta mujer? —Clara sacó la foto de Silvia de su carpeta y anotó mentalmente su reacción al ver la imagen. Una mezcla de dolor y rabia que había intentado disimular ocultando las manos bajo la mesa.

—Querrá decir si la conocía. Hoy me he enterado de que se llamaba Silvia, aunque llevo más o menos un año viéndola cada tarde en el bar Kupula.

—¿Alguna vez mantuvieron una conversación o quedaron en otro sitio? ¿O en el mismo bar? —replicó la inspectora, consciente de que su sospechoso le había lanzado una obvia indirecta. Sabía que la chica estaba muerta. ¿Estaba intentando provocar? La tristeza de su mirada le hizo dudar.

—Por mucho que estuviésemos a solo cuatro pasos la verdad es que nunca hablamos. Ella pasaba allí un par de horas leyendo y tomando una copa y creo que durante ese tiempo apenas se daba cuenta de nada. Y yo estaba ocupado intentando encontrar un arranque para mi nueva novela. Me había fijado en ella, no lo niego. Era difícil no hacerlo. Tris…, esto, Silvia despertó mi curiosidad. Supongo que ha hablado con Víctor y le habrá contado que sentía cierto interés por ella.

—¿Qué tipo de interés?

—Sobre todo, curiosidad. Día tras día ella se sentaba allí, bebía unos cuantos sorbitos y escribía alguna frase. Ese tipo de detalles intrigan a cualquier escritor, sobre todo a uno falto de ideas. Empecé a preguntarme por qué actuaba así y sobre todo por qué parecía tan

triste…

—¿Se sentía atraído por ella?

La pregunta pilló a Rubén por sorpresa. Sabía que Clara estaba tejiendo una tela de araña y él se esmeraba en responder con sinceridad. Su lema siempre había sido que la verdad era la única fórmula para salir victorioso de un interrogatorio, siempre que se contase con el comodín de la inocencia. El escritor estaba dispuesto a jugar sus cartas, aunque el hecho de abrir su corazón a una desconocida no le resultaba agradable.

—Es difícil de explicar. Imagino que al empezar a pensar en ella pudo surgir la idea de que podía ser algo más que una chica a la que observar a hurtadillas. No sé cómo resuelve usted los asuntos del corazón, inspectora, pero yo soy de la vieja escuela. Por mucho que me guste alguien o me resulte interesante, intento comportarme como un caballero. Soy respetuoso, paciente y educado. A eso hay que sumarle que estoy hecho un desastre. Yo mismo me doy cuenta de que soy un alcohólico que se aferra a un pasado de éxito. Nunca pensé que fuera a tener la mínima oportunidad de que Silvia se dignase a devolverme el saludo.

—Pero lo iba a intentar. Así se lo prometió a su amigo el día en que la asesinaron.

—Sí. Demasiado tarde, por desgracia. Víctor me animó a ello, hizo que me diera cuenta de que tenía que intentar dejar esta mala vida.

—¿Vio a Silvia ese día después de salir del Kupula?

Rubén detectó el anzuelo nada más oír la pregunta. La policía había allanado el camino, guiando el interrogatorio hasta poder encajar su teoría. Preguntas formales, y un cuerno. Quería ponerle las esposas y buscarle un bonito rincón en la celda.

—Supongo que ahora es cuando debería llamar a mi abogado.

—¿Acaso lo necesita?

—Imagino que eso le complicaría su juego en busca del tesoro. Inspectora, ¿puedo llamarla Clara? No tengo nada que ocultar porque no maté a Silvia. Esa es mi única baza. Seguro que ha oído lo mismo demasiadas veces, y en la mayoría de los casos fue una gran mentira. Así que mi única opción es demostrarle que soy sincero.

La respuesta sorprendió a la inspectora. Era prácticamente imposible que alguien con 1,09 miligramos de alcohol por litro de aire expirado razonase de esa forma. Y mucho menos que mostrase tanta convicción. Pero no debía olvidar que se encontraba frente a un hombre que se ganaba la vida contando mentiras. El combate verbal era mutuo y tenía que ganar esa batalla.

—¿Se encontró o no con ella después de salir del Kupula?

—No, inspectora. Después de dejar el Kupula hice una visita a la librería Elkar para revisar las novedades. Creo que tengo el ticket de los que compré en casa. Luego pasé por el Jukebox a tomar un par de gin-tonics. El camarero que me sufrió puede atestiguarlo. Sobre las ocho de la tarde decidí volver a casa para afeitarme y reflexionar sobre mi futuro. Y ahí me quedé toda la noche.

—Entonces, ¿estaba en un bar entre las seis y media y las siete de la tarde?

—Exacto. Creo que el camarero se llama Iker, aunque no estoy muy seguro.

Clara no pudo evitar exteriorizar su decepción al oír esa respuesta, ya que el anzuelo que había lanzado con esa franja horaria no había hecho que el sospechoso se apresurarse a corregirle con la verdadera hora del asesinato. Aunque se hablaba de una cita romántica el dato concreto de la hora no había salido en la prensa, y si Rubén picaba gracias a su borrachera significaría que era el asesino. Pero el truco había fallado, y tuvo que admitir su derrota.

—Pero es que a Silvia la mataron más tarde, señor Alday.

«Esa cara de sorpresa es imposible de fingir», pensó al ver la reacción del escritor.

—Clara, me gustaría que fuese más directa. Por favor.

—Fue entre las once y media y la una, si es que no lo sabía ya. ¿Hay alguien que pueda justificar dónde estaba usted?

—No. —Rubén fue sincero—. Después de ducharme y afeitarme preparé unos filetes y me los comí en la terraza. Terminé el día leyendo un par de capítulos de *Pantano de sangre* y buscando algo interesante en la televisión. Durante todo este tiempo estuve solo.

—¿No tiene una coartada? —Clara esbozó una sonrisa.

—Igual mi vecino, don Isidro, puede hacer algo al respecto. Controla mis idas y venidas desde la mirilla constantemente. Creo que es su obsesión secreta. No sé cuánto tiempo estuvo despierto ni si querrá respaldar a ese molesto vecino «embajador del pecado, corrompedor de la moral y un oprobio para este ilustre vecindario» —dio a sus últimas palabras el tono de una voz malhumorada y castigada por la edad.

Clara buscó en sus apuntes la dirección del escritor para contrastarlo.

—No es algo muy sólido.

—Es lo único que tengo, Clara.

Aunque era la tercera vez que Rubén pronunciaba su nombre, la inspectora se sobresaltó al oírlo. En esta ocasión había usado un tono de franqueza para acompañarlo que solo un buen actor habría sido capaz de fingir y eso consiguió descolocarla. El interrogatorio estaba siendo confuso. Por un lado todas las pruebas apuntaban a que su sospechoso tenía el motivo y la oportunidad para cometer el crimen, pero su firmeza chocaba con esa teoría. No intentaba defenderse ni restar importancia a todos los factores en su contra, sino que él mismo se iba preparando la soga.

Era la primera vez que Clara dudaba ante un caso tan evidente. Su intuición no le había fallado nunca y ahora le decía que ese hombre era inocente. Por mucho que todo apuntase en su contra. Por eso decidió apostarlo todo a una última mano. Cogió la carpeta y rebuscó entre los papeles hasta encontrar una foto del cadáver, una panorámica del salón con Silvia como pieza central. Quería ver la reacción, esa milésima de segundo que confirmaría todo. La plantó en la mesa frente al escritor.

El rostro de Rubén se volvió blanco y tras una breve parálisis esbozó una mueca de dolor. Clara vio como un río de lágrimas se desbordaba por sus mejillas, mientras el escritor luchaba por apartar su mirada de esa imagen. Un aullido de rabia taladró los oídos de la

inspectora mientras se maldecía por haber sometido al escritor a una tortura tan cruel.

La gruesa capa de lluvia que recibió a Rubén al salir de la comisaría le devolvió a la realidad. Había pasado la última hora agazapado en una de las esquinas de la sala de interrogatorios, intentando ocultar su llanto a la cámara de vídeo. Clara había tenido la cortesía de dejarle a solas, bajando la intensidad de la luz hasta dejar la habitación envuelta en la penumbra. Durante ese tiempo el escritor había intentado frenar su respiración acelerada, controlando a duras penas la rabia y el dolor que sentía. Ahora las gotas de agua picaban como perdigones, pero Rubén agradeció su compañía. Sus ojos aún estaban enturbiados por el rastro de las lágrimas, que le impedía ver por dónde pisaba, y un movimiento en falso hizo que rodase por la larga escalinata, obligándole a caer en el charco que se había formado en la pequeña plaza de cemento que había a la entrada de la comisaría.

Intentó zafarse de ese océano que se había interpuesto en su camino, pero sus esfuerzos solo consiguieron hacer que chapotease como un pez agonizante. Unos chavales le ayudaron a levantarse y lo llevaron hasta un soportal que les refugió de la tormenta. Rubén apenas entendía lo que le explicaban los jóvenes y rechazó cualquier intento de ayuda. No necesitaba ningún taxi, ni siquiera que le acompañasen a… ¿dónde vivía? Aquella foto del cadáver de Triste había terminado de hundirle en la locura. Se despidió de los samaritanos entre balbuceos.

Caminó sin rumbo por las calles empapadas, dejando que el intenso chaparrón le refrescase mientras intentaba esquivar a la muchedumbre que colapsaba la ciudad con sus paraguas. ¿Acaso ellos tampoco recordaban el camino a sus casas? Y entonces cayó en la cuenta. Era sábado, día en que la noche se convertía en el reclamo de los adolescentes más fiesteros. Jóvenes que celebraban su efímera libertad antes de volver a la universidad unidos a los cuarentones que buscaban en el fondo del vaso el desahogo a una semana de estrés en la oficina. Él no encajaba en ninguno de esos perfiles, pero eso tampoco le excluía de sumarse al campeonato local de alzamiento de vidrio. Tenía un buen motivo para ir de bar en bar, algo mucho más importante que la diversión que buscaban los que le rodeaban. Y los camareros del Casco Viejo no ponían pegas a los borrachos desaliñados siempre que hubiese dinero con el que pagar las copas.

Decidido, esa era SU noche.

---

2 Nombre que reciben los agentes que pertenecen al cuerpo de la Ertzaintza.

Capítulo 5

Nada más abrir los ojos Rubén sintió cómo un haz de luz solar le chamuscaba las córneas. Cerró los párpados con fuerza y se revolvió en el mugriento catre, intentando escapar de la claraboya que el diablo había decidido poner encima de su cara. Una vez supo que se había librado de ese resplandor infernal intentó deducir dónde se encontraba. Su primera inspección le permitió descubrir una amplia buhardilla llena de colchones con las mantas revueltas y varias mochilas y bolsas de basura a los pies de alguno de ellos. Aunque ese lugar debía estar habitado la mayor parte del tiempo a esa hora no vio a nadie. Instintivamente buscó en su muñeca una respuesta que le permitiera saber en qué momento del día se encontraba, advirtiendo que su amado Viceroy había desaparecido.

No recordaba cómo lo había perdido, ni la forma en la que había llegado hasta allí. Descartó la hipótesis de una muerte rápida e indolora y su posterior descenso a los infiernos y se dio cuenta de que había acabado en un albergue para indigentes. No le hacía falta un espejo para enterarse de que llevaba el pelo embarrado, la ropa desgarrada y aún empapada de agua, y que lucía un doloroso corte en la frente que alguien le había vendado. Seguramente el mismo que le había confundido con un sin techo embalsamado en alcohol. Sus fugaces recuerdos no iban más allá de brindis con desconocidas, rondas de chupitos de peché cargados a su tarjeta de crédito y el empujón de algún camarero que trataba de impedir que subiese a la barra a bailar.

Apenas sentía dolor en las articulaciones, señal inequívoca de que se había librado de una posible paliza, pero le ardía el estómago a causa de su ocurrencia de convertir su cuerpo en un barril de pólvora etílica. Lo poco que había comido el día anterior debía estar aparcado en alguna farola. La cabeza le daba vueltas y la sensación de sofoco empezaba a convencer a sus pulmones de que no les estaba llegando aire. Desesperado, intentó encontrar alguna puerta por la que escapar. La luz que se filtraba por el techo no llegaba a iluminar del todo las paredes y la penumbra envolvía parte de la habitación, por lo que tuvo que entornar los ojos varias veces hasta distinguir una puerta medio escondida.

Al conseguir abrirla se encontró con una estrecha escalera por la que se colaba un fuerte olor a café recién hecho que le provocó náuseas, aunque usó su aroma para bajar en busca de alguien que pudiese ayudarle. Fue allí donde descubrió una pequeña cocina en la que dos personas se afanaban en preparar un guiso. Nada más verle, uno de ellos corrió a

llenarle un tazón con el contenido de la cafetera de latón que reposaba en la encimera.

—Menos mal. Creí que no ibas a despertar nunca. —La cara de preocupación de su rescatador evidenciaba las malas pintas que debía lucir, pero el hombre recuperó su aspecto afable y la tranquilidad al sentir cómo el escritor le estrechaba la mano con fuerza.

—¿Dónde estoy?

—En Bultzain. Bueno, en Puente Alto. No sé si conoces este albergue…

En ese momento cayó en la cuenta. Con razón le resultaba tan familiar aquel hombre. Era Satur García, el filántropo que había dedicado su vida a cuidar de los indigentes de la ciudad. Impulsor de varios hogares para los sin techo, García se había convertido en la voz de los más desfavorecidos, y gracias a ello los vitorianos le habían honrado con el galardón de Celedón de Oro.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Te encontramos en la zona de las universidades dándote cabezazos contra un árbol mientras gritabas. Cuando nos acercamos te desmayaste, e intentamos reanimarte. En cuanto recobraste el conocimiento te trajimos aquí. Pero bebe un poco de café, por favor. Te sentará bien.

Por mucho que intentó rechazar la oferta, el tazón humeante no tardó en estar en sus manos. Resignado a tener que beberse su contenido, Rubén dio el primer trago. El líquido caliente le supo a engrudo que se deslizaba hasta su estómago vacío para bañarse con la bilis. Las arcadas llegaron al siguiente sorbo, y tuvo que esforzarse para no vomitar aquel café que en otras circunstancias seguramente le habría encantado.

—¿Está bueno? —preguntó su ángel de la guarda, preocupado al ver que el escritor no recuperaba algo del color que haría que su cara dejase de parecer la de un muerto viviente.

—Sí, delicioso. —La mentira sonó convincente, aunque las tres galletas que aparecieron en la mano de García le obligaron a refugiarse en una silla, intentando huir de las atenciones de su salvador. Logró terminarse el brebaje a duras penas, pero la certeza de que este iba a durar poco en su estómago le advirtió que era hora de marcharse. Aunque intentaron evitar que se levantase Rubén ganó la batalla y empezó a despedirse de los dos voluntarios agradeciendo su apoyo.

—Muchas gracias. A todos. No sé qué me podría haber pasado si no me hubieseis recogido.

—Para eso estamos. Y puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Sin ninguna condición.

El escritor se dio cuenta de que aún seguían pensando que era un indigente, y aunque intentó explicarles que él no vivía en la calle porque era un escritor famoso ellos le dieron la razón como a un loco. La misteriosa desaparición de su cartera frustró el intento de demostrar su historia con pruebas, y al final se despidió de Satur y su compañero agradeciéndoles de nuevo su apoyo y prometiéndose a sí mismo que nada más llegar a casa extendería un jugoso cheque a nombre de tan entregada asociación.

Sin poder escapar de la condena de aquella descomunal resaca, el escritor emprendió el

camino hacia su casa a paso lento. No conseguía entender cómo había perdido su inmunidad a los estragos del día después. Claro que la noche anterior había bebido más que en toda una semana. Ese pequeño detalle podía haber influido en su condena.

Solo cuando dejó de ver el albergue, Rubén se rindió a la voluntad de su estómago. Temblando por culpa del fuerte dolor de su tripa, estuvo a punto de caer al apoyarse en la valla de una fábrica. Su necesidad de acabar con la agonía hizo el resto, y el ácido en el que se habían convertido sus jugos gástricos se desbordó por la garganta. Sin poder evitarlo, el escritor se convirtió en una fuente de bilis cuyo legado para la posteridad fue un apestoso charco en medio de la carretera.

Los espasmos que siguieron al vómito, el sudor frío que recorrió su frente y la desorientación momentánea le forzaron a arrodillarse en la acera de aquella apartada zona industrial. Su mano sujetó la cabeza en un acto reflejo, acabando con la sensación de que se le estaba cayendo. Entre tantos pensamientos incoherentes Rubén solo encontró una respuesta.

—Nunca más. Nunca... —balbuceó.

La jaqueca y los espasmos fueron reduciéndose poco a poco hasta que se encontró con fuerzas para seguir su camino. Rubén sabía que la ciudad estaba a un par de cientos de metros y se afanó en llegar al barrio de Adurza para poder tumbarse en un banco. Necesitaba reposar un poco más para calmar el dolor, y cuando por fin logró su objetivo se dio cuenta de que era incapaz de conseguir dormir un poco. Intentó cerrar los ojos y escapar de los escalofríos mientras llegaban a sus oídos los comentarios de desaprobación de los vecinos del barrio, unidos a los insultos de los más jóvenes. La crítica sin tapujos a su estado le hacía hervir de rabia, pero sobre todo estaba enfadado consigo mismo por haber bebido hasta reventar. ¿Cómo se le había ocurrido que la mejor solución a sus problemas era morir abrazado a la botella? Sobre todo cuando tenía una misión, una causa por la que luchar. El alcohol de la noche anterior no había conseguido borrar de su mente la imagen del cadáver de Triste y ahora lo agradecía. Necesitaba conservar fresco ese recuerdo para centrarse en su objetivo. Encontrar al asesino.

A pesar de la resaca Rubén sacó fuerzas para levantarse. Sabía que la salvación estaba en el botiquín de su casa y en un litro de zumo de naranja recién exprimido. Seguir ese tratamiento vitamínico era indispensable para poder cumplir su misión. «Nada de rendirse», se dijo mientras pulsaba el grifo de una fuente y colocaba la cabeza bajo el chorro. El agua obró el milagro de devolverle la serenidad, y las reflexiones que los restos de alcohol habían estado reteniendo volvieron a hacer que su cerebro arrancase. Aplacar el malestar no era el único paso que debía dar, porque para empezar a investigar necesitaba saber todo lo posible sobre Triste.

Mientras esquivaba las miradas de reproche de los viandantes el escritor recordó que Jorge le había dicho que ese periodista engreído estaba elaborando un perfil sobre la víctima. Eso implicaba hablar con sus amigas y allegados y arañar algunos datos que a

Rubén le iban a venir de perlas. Por eso se detuvo frente a un quiosco y buscó un ejemplar del *Crónicas*. Al no tener una foto nueva habían optado por un titular de enormes letras para la portada: «La Ertzaintza continúa sin pistas sobre el asesinato de la joven vitoriana». Quiso apoderarse del periódico, pero la mirada vigilante del responsable de la tienda y su falta de efectivo le hicieron desistir.

Siguió caminando con rabia por Heraclio Fournier hasta que llegó a un solitario bar con dos enormes barriles en su entrada. En uno de ellos, junto al cenicero, habían dejado un periódico bastante desgastado por la lectura de decenas de personas. Se lo colocó bajo el brazo con disimulo y tras caminar unos pasos lo abrió con ansia. Encontró lo que buscaba en la página siete, a cinco columnas y con un faldón de publicidad bajo el texto. Habían recurrido de nuevo a la foto en la que ella sonreía, y el titular no dejaba lugar a dudas. «La solitaria muerte de Silvia» clavó una nueva estocada en el maltrecho corazón de Rubén, que devoró con rapidez el artículo.

Enseguida se dio cuenta de que el inútil de Alex apenas tenía datos con los que rellenar el espacio. Salvo que Silvia había sido la encargada de coordinar las exposiciones temporales del Artium hacía ya varios años, que sus excompañeros la recordaban como «una chica muy tímida» y que era hija del afamado pintor alavés Eusebio Rivas, cuyas obras solo se podían comparar con las de Antonio López (medio reportaje repasaba la biografía del artista), la noticia no le aportó nada nuevo. Rubén ya sabía que la chica era elegante, culta y refinada, por lo que de toda la noticia solo le sirvió el dato de que el funeral era a las seis de la tarde en la parroquia de la Sagrada Familia. Frustrado, lanzó el periódico a las vías del tren desde el puente de las Trianas.

Ya tenía plan para el resto del día.

Un vistazo al viejo reloj que había encontrado escondido en un cajón sirvió para que Rubén se diese cuenta de lo estúpida que había sido la idea de acudir a pie al funeral de Triste. La falta de descanso y los estragos de la resaca que el Ibuprofeno no había conseguido borrar le estaban pasando factura en la caminata desde su casa hasta el templo. Al llegar al parque del Prado comprobó que faltaba medio minuto para que empezase la ceremonia, pero necesitaba parar un poco para recuperar fuerzas. Con lo fácil que habría sido pedir un taxi...

El aire fresco no le había sentado nada bien y su traje limpio se había convertido en una prisión para el cuerpo. El efecto refrescante de la ducha formaba ya parte del recuerdo, y al agobio del esfuerzo se le unía la certeza de que iba a llegar tarde. Avergonzado por tener que sentarse en un banco para reposar, el escritor se dio cuenta de que había metido la pata. Si ya era difícil que en un funeral los familiares y amigos quisieran responder a preguntas sobre la vida del fallecido, interrumpir la misa no ayudaba a ganarse su confianza.

Cuando sintió que ya podía respirar con normalidad inició de nuevo la marcha, con la mirada fija en el diminuto templo que se dejaba ver al otro lado del parque. Su majestuosa

cúpula contrastaba con el tamaño reducido del edificio, y al tratarse de una zona donde la mayor parte de las viviendas eran unifamiliares de las familias más ricas de Vitoria o formaban parte de urbanizaciones de lujo el escritor comprendió que el templo difícilmente se llenaba durante los oficios. Para los residentes del barrio su único Dios era el dinero.

Le costó un par de minutos llegar a la altura de la iglesia y el primer reproche lo encontró en el reloj que se alzaba en una de las torretas. Las seis y diez. Solo a él se le podía ocurrir llegar tarde al funeral de Silvia. Tras reunir algo de valor y sabiendo que para todos los presentes sería el molesto impuntual de turno, se atrevió a empujar la gastada puerta de madera. Sus enormes dimensiones chocaban con la facilidad con la que se abría y seguramente el párroco le habría explicado que era porque en el sendero de Dios no había obstáculos. Eso o un «¡tú, miserable pecador blasfemo! ¿Cómo osas corromper esta santa morada del señor?», si es que lo reconocía como ese escritor que convirtió sus tres primeros libros en el azote más cruel hacia la iglesia católica.

En contra de la promesa de su anciana abuela, que le auguró que si alguna vez entraba en una iglesia después de su herejía esta se vendría abajo aplastándole bajo los cascotes para devolverlo al infierno del que se había escapado (la mejor crítica de *Palabra de Dios* que había oído, aunque su editor se negó a incluirla en la portada de las nuevas ediciones), el templo apenas tembló cuando la puerta se le escurrió provocando un sonoro portazo que sin duda iba a centrar las miradas de todos los presentes en el incómodo tardón que estaba entrando en la nave. Pero sus temores estaban lejos de cumplirse, ya que la corta hilera de bancos estaba vacía. Hasta el cura había desaparecido. Lo único que indicaba que no se había equivocado de lugar y hora era el lienzo colocado en el altar con la ya famosa foto de Silvia, rodeado de coronas de flores compradas por algún desconocido que no había tenido la valentía de acercarse por allí.

El despliegue floral contrastaba con la sobriedad de un altar desprovisto de un retablo que se complementase con el exquisito aspecto exterior de la iglesia. Solo una figura de la Virgen y unas letras de cartulina que agradecían algo al señor en euskera decoraban la triste pared blanca que se alzaba hasta los dos pisos de altura. Rubén se sintió incómodo, como si se hubiese colado sin invitación en una exclusiva ceremonia secreta que estaba a punto de comenzar. La inmensa soledad de la nave de la iglesia le evocó la impresión que siempre tuvo sobre Silvia: la de una chica solitaria cuya única compañía eran sus libros. «¿No tenías a nadie?», preguntó al retrato, compadeciéndose aún más de la pobre Triste sin caer en la cuenta de que su vida era exactamente igual.

La única ventaja de la falta de miradas indiscretas era que podía acercarse hasta el lienzo y acariciar la foto impresa a gran tamaño de la chica a la que tanto añoraba. Pese a haberla visto solo en los últimos dos días, se había acostumbrado a esa sonrisa. Sintió que Triste se la dedicaba a él, un gesto cortés al que acompañaba la frescura de unos ojos que derretirían a cualquiera que descubriese que le estaban mirando. A sabiendas de que estaba a punto de saltarse todos los protocolos establecidos para los funerales tendió su mano hasta acariciar la fría mejilla del retrato. Esta vez sí pudo controlar el brote de lágrimas,

pero no fue ajeno a la sensación de abatimiento que hizo que su cuerpo se hundiese hasta postrarse de rodillas frente al caballete.

—Supongo que será difícil acostumbrarse al hecho de que Silvia ya no está entre nosotros —dijo una voz grave a sus espaldas, provocando al escritor un sobresalto que a punto estuvo de hacerle volcar el montículo de coronas de flores al intentar levantarse.

—Lo siento… Le aseguro que no era mi intención… —Rubén intentaba encontrar una forma de justificar su extraño comportamiento. Pero el misterioso hombre que le había sorprendido en el único momento íntimo que había tenido con Triste, su encuentro póstumo, no le recriminó nada. Todo lo contrario, tendió la mano y le ayudó a levantarse. El escritor aprovechó su lento ascenso para analizar con la mirada a la única persona que, salvo él mismo, se había acercado a dar su último adiós a Silvia.

Quizá había estado en uno de los recovecos que se repetían en la pared de la iglesia y por eso no había reparado antes en él. Lucía un traje negro de exquisito corte, camisa de un blanco impecable y corbata de luto. Las prendas se adaptaban a la perfección a su enorme corpachón moldeado a base de duro ejercicio. Debía tener unos cincuenta años, aunque apenas se le notaba el peso de la edad. ¿Un culturista con gusto por la ropa cara? El corte de pelo clásico indicaba un cierto grado de formalidad que no encajaba dentro del estereotipo de un adicto al gimnasio. Rubén estaba tan intrigado por la repentina aparición de ese curioso personaje que olvidó las cortesías propias de los lugares de duelo.

—¿Quién es usted? —le interrogó nada más estar a su altura. Por suerte la impertinencia del escritor no molestó al desconocido.

—Augusto Monreal. Era el abogado de Silvia y el encargado de cerrar todos sus asuntos ahora que, bueno, ella está muerta. —Rubén percibió el tono de dolor que acompañaba a esas palabras mientras empezaba a encajar al desconocido dentro de la vida de la chica. Seguramente era la única persona con la que Triste compartía sus reflexiones y encuentros, y no pudo evitar sentir una pizca de envidia por no haber estado en su lugar.

—Bueno, señor Monreal, yo soy…

—El hombre del bar. El que escribía mientras bebía martini. ¿Me equivoco? —El abogado tenía la extraña capacidad de sorprenderle a cada respuesta. ¿Cómo demonios sabía quién era él? Sin darse cuenta exteriorizó su asombro y Augusto se percató de ello.

—No se asuste. Silvia me habló de usted.

De modo que ella sabía que existía. Una sensación de orgullo invadió a Rubén al darse cuenta de que Triste también había reparado en él.

—Antes ha dicho que se está encargando de cerrar todos sus asuntos. ¿Podría decirme dónde la han enterrado? —El escritor quería acercarse hasta la tumba a llevar un ramo de flores y honrar la memoria de aquella desconocida cuya mirada le había cautivado. Pero nada más hacer la pregunta notó que Augusto se sentía incómodo.

—Imagino que ya sabrá que fue asesinada. La oficina del forense aún no ha entregado el cuerpo a los allegados… —Lo dijo como si estos se contasen por centenares—. De todas formas la voluntad de Silvia era ser incinerada. Ya he iniciado los trámites para ello. Pero si

quiere asistir a la ceremonia… Sé que ella hubiera querido que usted estuviese presente. Por cierto, ¿su nombre es…?

—Rubén Alday.

—¿El escritor? —Ahora el sorprendido por la revelación era el abogado—. Disculpe que no le haya reconocido antes.

—No pasa nada, señor Monreal. Muchas veces ni yo mismo me reconozco. En fin, espero que si ha oído hablar de mí, más allá de los posibles comentarios que le hizo Silvia, haya sido para bien. —Rubén temía que Clara Lazkano hubiese alertado al hombre con sus sospechas erróneas, forzando que se pusiera a la defensiva o incluso hostil.

—Lo cierto es que tenemos algunos conocidos en común, aunque nunca antes nos habíamos cruzado. Lástima que tenga que ser en un día tan triste. Pero hay algo que me intriga, señor Alday. Sé por Silvia que nunca llegó a hablar con usted, que no se atrevió a hacerlo. Así que, ¿cómo es que usted sí la conocía, al menos tanto como para venir a su funeral cuando nadie más se ha acercado hasta aquí? —El instinto protector del abogado pesaba más que el dolor que sentía, y el escritor se dio cuenta de que a su teoría no le faltaba razón. Al igual que Lazkano había encontrado en el borracho obsesionado con la chica un candidato perfecto para pudrirse en una celda, Monreal iba atando cabos con rapidez. Ambos se equivocaban, pero Rubén no podía culparlos por ello, ya que él habría hecho las mismas deducciones si estuviese investigando el caso sin estar implicado de lleno en él. Sabía que intentar mentir al hombre que acababa de conocer y que podía arrancarle la cabeza con sus enormes brazos no era la mejor opción. Así que decidió ser sincero.

—Augusto, debo confesarle que hasta que leí en el periódico la noticia de la muerte de Silvia ella solo era una misteriosa desconocida que se sentaba en una mesa frente a mí todas las tardes. Ni siquiera sabía su nombre y por eso le había puesto el apodo de Triste. Cada día que ella llegaba yo apartaba la mirada hasta que ocupaba su asiento y se escondía detrás de un libro. Entonces, cuando sabía que estaba sumergida en otro mundo, me dedicaba a observarla con disimulo, consumiendo los minutos con absurdas teorías sobre quién era ella. Desde luego eso era mejor que enfrentarme a la realidad de una hoja llena de garabatos en la que me esperaban mis propias frustraciones. Estoy seguro de que usted, que la conocía tan bien, sabe perfectamente que Silvia desprendía un aura especial, algo que obligaba a la gente a fijarse en ella, en sus ojos tristes y en cómo se encerraba en sí misma. Me compadecía día tras día de la pobre chica que se sentaba enfrente hasta que me di cuenta de que ella era lo más parecido a un reflejo de mi triste vida que podía encontrar. Y entonces fantaseé con cambiar nuestros destinos, llegando a creer que cada uno curaría las heridas del otro. Pero la cobardía me pegaba al asiento una y otra vez, y la veía esfumarse pensando que mañana sería otro día. Un experto calificaría esto como obsesión, y no voy a negarle que por eso mismo he sido interrogado por la Ertzaintza. Como sospechoso.

Rubén no tuvo tiempo de coger un poco de aire para rematar aquella explicación tan enrevesada con un rotundo «soy inocente». La enorme mole trajeada se abalanzó sobre él

con gran rapidez y los brazos abiertos de Augusto le advirtieron que su fin estaba próximo. «Maldita sinceridad», pensó mientras cerraba los ojos, consciente de que pese a haber aprendido la lección ya no habría oportunidades para engañar como un bellaco a otras personas. El escritor sintió cómo le aprisionaba en un abrazo mortal y pensó en la ironía de morir en una iglesia. Castigo de Dios, dirían algunos.

Y por eso le sorprendió oír el llanto mientras la cabeza del abogado se apoyaba sobre su hombro, provocando un tambaleo que a punto estuvo de hacerles caer al suelo de mármol. Augusto balbuceaba una súplica en su oído, tres palabras que Rubén agradeció aunque no necesitase escucharlas para saber cuál era su obligación.

—Por favor, ayúdeme.

Al salir de la iglesia Rubén tuvo que admitir que su visita al templo había propiciado un auténtico milagro. Haberse ganado la confianza del abogado implicaba contar con información de primera mano sobre Triste, ya que el hombre debía ser el único contacto humano con la chica. Por suerte, ambos compartían un dolor idéntico que se prestaba a las confidencias y Augusto no parecía dispuesto a cerrarse en banda ante unas cuantas preguntas incisivas lanzadas al vuelo. Además, el escritor no era alguien extraño en la vida de Silvia. Al menos no para ella, que había descubierto el interés secreto de aquel desconocido sin huir asustada. Esa era la baza que igualaría su investigación a la de Clara Lazkano y, con un poco de suerte, le daría algo de ventaja. ¿Y qué mejor lugar para sellar un pacto entre caballeros, una importante alianza, que una mesa de bar llena de copas vacías?

Pese a que Augusto ya había secado sus lágrimas y pedido disculpas por haber perdido el control, aún necesitaba un buen trago para terminar de calmarse y soltar la lengua. Por eso el escritor encaminó los pasos del abatido forzudo hacia la terraza de la cafetería del parque con cierto disimulo. Su víctima se prestaba a ello sin problemas y en cuanto se recostó en el armazón metálico de diseño que se atrevía a llamarse silla empezó a hablar por los codos.

—Tendría que haberla conocido, señor Alday... Silvia siempre me hablaba de usted con respeto, le admiraba. Y eso para mí es muy importante, porque ella llevaba tanto tiempo sin confiar en nadie... Siempre le animé a que iniciase una conversación, pero se escudaba en que aún no estaba preparada...

Las palabras del abogado se clavaron como cuchillos en el maltrecho ánimo de Rubén. En otras circunstancias habría disfrutado con el elogio y la idea de que Triste le admirase. Pero ahora la mujer que podía haber cambiado su vida con solo una palabra estaba muerta, y lo único que podía hacer él era vengarla.

Rubén aprovechó la pausa del abogado para anunciar al camarero que ya era bien recibido. Eran los únicos clientes de una terraza cuyo encanto quedaba deslucido por el aire gélido que envolvía el parque, pero el mozo no estaba dispuesto a que se instalasen allí sin consumir y no había dejado de lanzarles miradas intimidatorias desde que se

sentaron. El escritor se sumó al lingotazo de coñac de importación que propuso Augusto, y ambos esperaron en silencio a que llegasen las copas. Como era de esperar los tres enormes hielos que acompañaban a los dos dedos escasos de alcohol engañaban a la vista, haciendo creer a los inexpertos que la ración era excesivamente generosa. Pero tanto Rubén como Augusto apuraron las copas de un trago y reclamaron otras al instante.

—Esta vez triples, chaval —exigió el escritor mientras el camarero se escurría con su bandeja para preparar el pedido. La copa les había servido para entrar en calor, y ahora Monreal parecía más sereno.

—Perdone si antes le he incomodado. No he podido contenerme, porque a medida que le escuchaba recordaba la forma en la que Silvia se refería a usted. Casi eran sus palabras exactas. Y ha muerto sin saber que usted sentía esa misma cercanía, que no la habría rechazado…

—Augusto, por favor, no siga —suplicó Rubén, consciente de que cada palabra le hundía aún más en la frustración—. No quiero pensar en lo que ya no es posible. No podría vivir con ello presente.

—Lo siento. Pero creo que debía saberlo. —Los dos coñacs llegaron en copa grande y a rebosar junto a una cuenta escandalosamente cara que el abogado pagó sin ni siquiera pestañear—. Si yo estuviese en su lugar me sentiría orgulloso.

—Y lo estoy, se lo aseguro. Pero ahora quiero mirar de frente y no escudarme en el pasado, porque hay un asesino suelto y quiero encontrarlo.

Augusto asintió con la cabeza, admitiendo que él también compartía ese deseo. Ambos brindaron antes de beber parte del licor y el escritor retomó la conversación.

—Antes le he dicho que la policía me interrogó. Lo cierto es que los inspectores que llevan el caso son unos profesionales muy competentes, pero siempre he pensado que tres investigadores trabajan mejor que dos. Aunque uno de ellos lo haga de forma clandestina.

—¿Seguro que no tendrá problemas por ello? —Acostumbrado a la legalidad de cada uno de sus actos, el abogado no quería inmiscuir a Rubén en algo que supusiera algún riesgo.

—¿Y qué me queda por perder? Además, no sería la primera vez que lo hago. Cuando trabajaba como periodista ya tuve que enfrentarme alguna vez a la ira de jueces y policías. El problema es que en esta ocasión estoy solo. Ningún agente me va a ayudar a escondidas. Y por eso tengo que saber todo lo que pueda sobre la víctima. Necesito que me cuente lo que sepa, si últimamente Silvia estaba preocupada por algo, si había alguien más en su vida o si le había pasado algo raro. Y, sobre todo, las razones por las que ella no se atrevía a confiar en la gente.

Rubén se dio cuenta de que sus últimas palabras habían puesto a Augusto a la defensiva. Por mucho que Triste hubiese dicho maravillas sobre él, no dejaba de ser un desconocido. Y romper la confidencialidad de los asuntos de un cliente, aunque este estuviese muerto, no era algo a lo que los abogados estaban acostumbrados. Especialmente los caros.

—Augusto, debe entender que cualquier detalle es fundamental para entender las

razones. Un asesino siempre tiene un móvil y, aunque muchas veces sus razones tienen que ver con el dinero o con el amor, los celos o el despecho, en ocasiones detrás de ello se encuentra un conflicto del pasado que nunca se cerró del todo. Cuando entiendes los motivos resulta más fácil atar cabos y dar con un nombre.

—Es que no sé si debo…

—Piense por un momento en lo que hubiese querido Silvia.

—Lo cierto es que ella jamás me habría permitido contárselo a alguien. Ni siquiera a usted.

La mente truculenta de Rubén empezó a esbozar una larga lista de posibles sucesos que hubiesen marcado a Triste, muchos de los cuales insultaban su memoria sin pudor. El escritor intentó desechar esas ideas centrándose en presionar a Augusto.

—Hagamos una cosa. Reflexione sobre ello, porque sé que no es una decisión que se puede tomar en tan poco tiempo. De todas maneras también tiene que hablar con la inspectora Clara Lazkano y contarle todo lo que sepa, aunque sin explicarle que yo también estoy detrás de este caso. Lo que usted sabe es de vital importancia para nuestras investigaciones. Y ahora necesito algo por lo que empezar. ¿Notó algo raro en el comportamiento de Silvia estos últimos días?

—Bueno, la verdad es que las últimas semanas estaba mucho más animada que de costumbre. Volvía a sonreír, sobre todo cuando hablaba de usted, y se esmeraba en preparar planes para salir que nunca cumplía, como ir al teatro o a cenar… Por supuesto, acompañada por su hombre misterioso del bar. Y cuando todo se desmoronaba volvía a encerrarse en sí misma, hasta que comenzaba a ilusionarse de nuevo.

—¿Acudió a algún médico, buscó la ayuda de un especialista?

—¡No se atreva a insinuar que estaba loca! Silvia llevaba más de cinco años sin relacionarse con la gente, y enfrentarse de repente a la idea de volver a confiar en alguien le provocaba cierta confusión. —El repentino enfado del abogado se apagó con un largo trago y las disculpas de Rubén—. Sé que debería haber acudido a alguien que le aconsejase, pero ella no quería. Ni siquiera lo compartía todo conmigo.

—¿Tenía algún enemigo o problemas con alguien? Vecinos, antiguos conocidos…

—Ella intentaba ser lo más discreta posible y había pasado página con todos sus conocidos. No, desde luego no tenía enemigos. —El tono con el que hizo esa afirmación llamó la atención de Rubén, que sospechó al instante de que por ahí había un hilo del que tirar, aunque fuese más adelante.

—¿Seguro que no pasó nada raro?

—No. Aunque hay algo que me llamó la atención. Hace una semana me pidió que hiciese las gestiones para retirar una buena suma de dinero. Fue algo raro, no me explicó para qué era y, salvo algunos caprichos, Silvia apenas gastaba. Era el sueño de cualquier contable.

—¿Cuánto le pidió?

—Cincuenta mil euros en billetes de veinte. Acudimos juntos al banco para retirarlo y

ella lo dejó en su casa. Aquello me parecía una imprudencia, ya que allí no tenía caja fuerte ni otras medidas de seguridad. Pensé que se quería comprar un coche, llevaba meses hablándome de un Mercedes descapotable que conducía el protagonista de su serie favorita.

Bingo. Dinero en efectivo, mucho dinero. «Una jugosa tentación para cualquier asesino», pensó Rubén. Sería interesante saber si Lazkano había encontrado la pasta en el registro del piso. El escritor compartió su teoría con Augusto, que también vio en esa cuestión un buen punto de partida y se comprometió a intentar descubrir qué había sido de los cincuenta mil euros cuando hablase al día siguiente con la Ertzaintza.

—Sobre todo, que no se enteren de que me está ayudando. Necesitamos estar a la par en la investigación.

—¿Y qué haremos si encontramos antes al asesino?

—Esas cosas no hay que preguntarlas, Augusto.

Rubén se dejaba guiar por sus piernas mientras su mente intentaba digerir la información que acababa de recibir. Se había despedido del abogado con un caluroso apretón de manos y la promesa de llamarse en cuanto tuviesen algo nuevo, y ahora el escritor intentaba atar cabos. ¿Para qué era el dinero? Esa era la pregunta clave, y debía encontrar una respuesta. Su paseo por las calles desiertas estaba resultando muy útil para sus especulaciones, a pesar del riesgo de congelarse por culpa de las corrientes de aire. Sin darse cuenta acabó metido en medio de Ariznabarra, desfilando entre los bloques de pisos de ladrillo llenos de locales comerciales en venta cuyos dueños no habían podido defenderse de la crisis. Aquellas callejuelas tenían un significado especial para el novelista, ya que cometió el primer asesinato de su carrera literaria en una plazoleta escondida en la zona tras recrear una espectacular persecución por el barrio.

Resistirse a la tentación de hacer una parada allí era difícil, aunque Rubén dudó un instante. Desde hacía tiempo el lugar era frecuentado por los trúhanes del barrio, que se reunían allí para beber alcohol, repartirse los botines obtenidos en su dura jornada laboral y vaciar cajas de condones. Aparecer por allí vestido casi de gala era una clara invitación a ser asaltado, y no le apetecía tener que hacer otra denuncia en menos de un día por el robo de su cartera. Así que se quedó parado a medio camino, furioso por no poder sentarse en la plaza a pensar tranquilamente.

Y entonces, al girar para volver a ponerse en marcha, notó que alguien se metía con prisa en un portal, esquivando su mirada. El escritor paró de nuevo y contó hasta treinta mientras fingía orinar contra la pared. Después comenzó a andar en dirección a una zona más transitada al tiempo que forzaba un sonoro ataque de tos que le obligó a doblarse, lo que le permitió ver de reojo que la sombra volvía a ponerse a sus espaldas, intentando disimular el eco de sus pasos caminando de puntillas. «Menudo aficionado», pensó Rubén. Abandonó su estado reflexivo dispuesto a defenderse con uñas y dientes de un posible ataque. ¿Sería un ladrón, o quizá alguien con intenciones muy diferentes? No podía

descartar que llevase siguiéndole desde que salió del funeral de Triste, ni tampoco que su perseguidor fuese el asesino de la chica.

El escritor sintió que la ira se desbordaba por sus venas, y tuvo que reprimir el impulso de dar media vuelta y abalanzarse a toda prisa sobre el desconocido. Si quería sacar algo en claro lo mejor era prepararle una emboscada, a ser posible en un lugar donde no pudiera defenderse, y conseguir hacerle hablar. Su radar para los bares le ayudó a encontrar el lugar idóneo para ello, un pub a tan solo unas manzanas en el que ya era un cliente conocido y respetado. Mejor sitio, imposible. Y si de paso se agenciaba un tenedor en la barra…

Sin alterar el ritmo de sus pasos, Rubén atravesó el barrio obrero en dirección a la zona nueva de Zabalgana. Traspasó la frontera entre ambos distritos y comprobó que la sombra le seguía a varios metros. Fingiendo estar desorientado, el escritor dio un par de vueltas para dejarle acortar distancias y se encaminó hasta el Slora. La chica de la barra sonrió al verle entrar y se apresuró a servirle un botellín de Paulaner, dándole margen para escoger el mejor sitio desde el que poder vigilar al acechador. La enorme pantalla de plasma apagada se convertía en un buen espejo desde el que espiar los movimientos a sus espaldas y por suerte una de las mesas que ofrecía el mejor ángulo de visión estaba libre. Rubén conquistó el lugar con su cerveza, miró el reloj y se dispuso a esperar a que llegase su perseguidor.

Kevin se desabrochó el abrigo nada más entrar en el bar, agradeciendo que su sospechoso fuese animal de costumbres. Clara le había dado el peor de los encargos, perder todo el día persiguiendo al escritor que ella había interrogado el día anterior en vez de permitirle seguir en la cama digiriendo la resaca. ¡Con el frío que hacía en la calle! Había estado casi dos horas fumando en un banco del parque del Prado mientras veía a su sospechoso entrar en una iglesia y ponerse después morado de copas con un amigo. ¡Qué envidia le había dado! Pero ahora le tocaba la revancha en forma de cubata bien cargado. Pensaba disimular con él su tarea de investigación desde una de las mesas cercanas al sospechoso. Quizá hasta podría meter la copa como gasto, porque al fin y al cabo estaba haciendo horas extra y eso no era lo mismo que estar de servicio.

El tintineo de los hielos de su copazo le acompañó hasta una mesa desde la que veía a Rubén ahogar las penas con una cerveza mientras miraba la pantalla fundida en negro de la tele. «Sí que lleva una buena cogorza», pensó con sorna al imaginarse al escritor viendo espejismos en el plasma apagado. Bueno, qué demonios, a él también le tocaba su ración de alcohol. Se acercó la bebida a los labios y dejó que el intenso sabor del ron *premium* le quitase todo el frío al deslizarse por su garganta. Kevin cerró los ojos para disfrutar plenamente del trago, pero al abrirlos se llevó el susto de su vida. Tenía a Rubén sentado en su mesa, a solo diez centímetros y con cara de pocos amigos. Su mano apretaba una botella vacía que, si su expresión de rabia no engañaba, pensaba usar para atacarle. El instinto le hizo echarse hacia atrás, lo que provocó que el contenido de su copa acabase

derramado en la entrepierna.

—¿Tu madre no te enseñó que no hay que echarse el alcohol en los calzones? —El escritor estaba dispuesto a provocar al desconocido para que estallase.

—Usted… no puede…

—¿Quién eres? ¿El monstruo de los cubatas?

—Yo… ¡Soy policía! —A Kevin se le veía nervioso, aunque cuando Rubén dejó la cerveza vacía en la mesa comenzó a envalentonarse—. ¿Qué hace aquí?

—Eso mismo quería preguntarte yo. ¿Por qué me seguías? Y ya que dices que eres policía no estaría mal que me enseñases tu identificación.

—¡No tengo por qué explicarle nada a un borracho! Y menos a uno sospechoso de asesinato.

A modo de respuesta el escritor sacó su móvil, que había sobrevivido al saqueo de la noche anterior al ser una reliquia de museo, y empezó a marcar el 112.

—No creo que te importe que avisemos a los agentes de verdad. —Rubén estaba oyendo los primeros tonos cuando el joven sacó una cartera de piel bastante nueva que contenía la placa de la Ertzaintza y su tarjeta de identificación. El escritor las estudió antes de colgar—. Bueno, agente Parra, veo que tu madre tampoco te enseñó lo que es la educación.

—Podría detenerlo ahora mismo por su insolencia.

—Sería divertido escuchar cómo le explicas a Clara Lazkano el hecho de que tu bragueta huela a Cacique 500.

—¿Y si le digo que me atacó?

—Ah, el futuro de la policía. Sobrio, responsable, sincero y todo un caballero. Sin olvidar tu sigilo siguiendo a la gente. —Rubén estaba disfrutando provocando al policía a modo de venganza por el mal rato que le había hecho pasar Clara la tarde anterior. Ver que la cara de bobo de Kevin enrojecía por momentos no tenía precio—. Lo malo es que con profesionales como tú los casos se resuelven tarde y mal. O ni siquiera eso. ¿Eres el típico pipiolo recién salido de la academia porque el examinador no descubrió tu chuleta en el examen de acceso? —Una vena empezaba a latir con fuerza en la sien de Kevin, y el escritor comprendió que no se estaba poniendo rojo de la vergüenza. Era el efecto de la ira acumulada.

—¡A mí no tiene por qué darme lecciones un puto asesino! Mírate, eres un andrajo del que ya nadie se acuerda, alguien que no le importa en absoluto a la gente de bien. ¿Crees que en el fondo del vaso está la salida a todos tus problemas? Porque la estás cagando, tío. —El novato se había envalentonado, devolviendo el ataque a Rubén con la certeza de que su placa le convertía en un ser superior—. ¿Qué sentiste cuando mataste a esa putita? ¿No quería acostarse contigo, te rechazó porque te temblaban las manos al sobarla? Seguro que no se… —El policía no pudo terminar su puya. La mesa se volcó de repente sobre él, aprisionándole en el asiento mientras su sospechoso saltaba desde la silla con un grito de rabia y empezaba a golpearle con todas sus fuerzas. El primer puñetazo le fracturó la nariz

y el segundo hizo que su ojo izquierdo estallase de dolor. Con los brazos atrapados, Kevin no pudo desviar el ataque, que le arrancó dos dientes de un certero gancho de izquierdas. Suplicó a su agresor que parase, pero las únicas palabras que retumbaban en los oídos de Rubén eran los insultos que el policía había dedicado a Triste.

El escritor apenas se dio cuenta de que tres personas le agarraban por la cintura para intentar separarlo de su víctima, pero pataleó con fuerza cuando vio que se distanciaba de Kevin. Su férrea resistencia le permitió liberarse y volver al ataque. Fueron solo unos segundos, pero bastaron para arrearle otros dos puñetazos antes de ser arrastrado hasta una esquina por los asustados parroquianos.

—Te mataré, cabrón —amenazó antes de caer rendido.

Capítulo 6

Clara Lazkano se dirigió con paso firme al ascensor de personal nada más entrar en la comisaría, para sorpresa del agente que se encargaba de custodiar la recepción. Pulsó con rabia el botón de llamada sin reparar en la mirada que le había echado el policía, preguntándose de nuevo qué hacía allí a esas horas. Como siempre, el viejo aparato tardaba en llegar, y la inspectora insistió varias veces con el botón hasta que alguien paró su mano.

—Disculpe, señorita, pero no puede usar ese ascensor. Tiene que dejarme su DNI y explicarme qué quiere. —La voz era autoritaria, pero logró identificarla al instante y se quedó sorprendida por el hecho de que el policía no le hubiese reconocido. Claro que el viejo chándal que aún llevaba puesto de su sesión de ejercicio en casa y la pequeña coleta con la que había recogido su melena no encajaban con la imagen que tenían de ella en el trabajo.

—No quiero saber con qué tipo de persona me has confundido, Diego. —Lanzó su réplica al tiempo que se daba la vuelta y comprobaba que el agente se llevaba un buen susto.

—Perdona, Clara, no había visto que eras tú —se justificó tras unos segundos de silencio, y ella recuperó la sonrisa.

—No pasa nada. ¿Qué habéis hecho con el detenido que han traído hace media hora?

—¿El que le ha roto la nariz a Parra? Creo que ya lo han metido en una celda. Y tu compañero está arriba, rellenando el informe para que los juzgados decidan mañana qué van a hacer.

—De acuerdo. Avisa que voy abajo, no sea que allí también se lleven un susto al verme así —bromeó.

El descenso hasta el segundo sótano le sirvió para reflexionar de nuevo sobre los motivos de su apresurada salida hacia la comisaría sin ni siquiera cambiarse de ropa. Desde luego, no le preocupaba lo que le hubiese pasado a Kevin, pero aun así... Dios, ¿cómo se le había podido ocurrir a Rubén darle una paliza a un *ertzaina*? La noticia le había pillado por sorpresa, sobre todo porque no hacía ni veinticuatro horas que se había resignado a descartarlo como sospechoso. Tampoco es que a ella le faltasen ganas de abofetear a ese

inútil, pero sabía que no podía hacerlo. Le intrigaba saber qué había pasado realmente entre ambos, y su instinto le decía que si tenía que fiarse de alguna de las versiones era de la del escritor. Pero también podía haberlo hecho al día siguiente, con mucha más calma y aprovechando la ventaja de que el agresor se habría ablandado un poco al pasar la noche entre rejas.

Las puertas del ascensor protestaron al abrirse en su destino, dejando ver el largo pasillo de hormigón que llevaba a los calabozos. A Clara siempre le había recordado a un bunker y su escasa iluminación le ponía los pelos de punta, por lo que respiró aliviada al ver al fondo la mesa del vigilante del área de retención.

—Buenas noches, Miguel. Me han dicho que tienes compañía.

—Hombre, Clara. Hacía tiempo que no te veía por las cloacas. —El agente había sido uno de sus compañeros en la época en la que solo era una patrullera—. Acabo de meterlo hace veinte minutos, después de rellenar todo el papeleo. Dicen que le ha hecho una cara nueva a tu compañero.

—Parece que sí. ¿Cómo lo ves?

—Pues... Es un tío raro, desde que ha entrado en la suite está sentado en el suelo, quieto como una estatua. Yo diría que está pensando en lo que ha hecho, pero la patrulla que lo ha traído asegura que se siente orgulloso de la paliza. He visto a muchos detenidos hacer cosas raras, pero este... Joder, me tiene acojonado.

Al contrario que a su excompañero, la imagen que Clara vio a través de la pantalla del circuito cerrado le provocó lástima. Rubén parecía derrotado, mucho más que cuando lo dejó a solas en la sala de interrogatorios la noche anterior, y no podía evitar el sentimiento de culpa al saber que ella era una de las responsables de ese duelo. Aquella estampa en blanco y negro que le ofrecía la cámara oculta en la celda le hizo darse cuenta de por qué había ido hasta allí olvidándose de la cena. Sentía compasión por el escritor.

—Sé que no te va a gustar esto, Miguel, pero necesito hablar con él.

—¿Estás segura? No es buena idea, Clara. Si hubieses visto sus ojos... Parece un loco.

—O tan solo es alguien desesperado porque lo ha perdido todo.

—¿Y por eso va y le pega a un compañero? No te compadezcas de él, no se lo merece. Y si entras ahí ni te acerques a los barrotes.

—Lo tendré presente —prometió antes de dirigirse a la puerta blindada para esperar a que el policía desbloquease el cierre automático.

De no ser por las rejas que cerraban cada uno de los quince calabozos, cualquiera que entrase por primera vez en el recinto habría pensado que estaba en el recibidor del paraíso. Quien diseñó el edificio había optado por cubrir las paredes y suelos de esa zona con pequeños azulejos blancos que le daban un aspecto puro y celestial, al menos hasta que alguno de los presos se pegaba con un compañero de celda y acababa decorando las paredes de rojo escarlata. Por suerte casi nunca colgaban el cartel de completo, y esa noche solo había un invitado. Miguel había tenido el detalle de asignarle el calabozo más

alejado de la puerta, el del fondo, tal vez para evitar tener cerca al detenido, y por eso Rubén pudo ver sin apenas moverse a la persona que acababa de entrar allí.

Clara supo que los ojos de aquella estatua humana estaban vigilándola, atentos a cualquier indicio que hiciese presagiar un posible intento de venganza, y el sonido de sus deportivas al arañar el suelo marcó el ritmo de ese momento incómodo. Al final, cuando solo les separaban unos metros, ella rompió el silencio.

—¿Por qué? —La policía fue directa, aunque no consiguió nada más que una mirada llena de tristeza. Su detenido parecía avergonzado y muy poco hablador—. Rubén, por favor, necesito que me explique por qué ha hecho esto. —De nuevo, nada. Clara se dio cuenta de que estaba hablando con un hombre encerrado en sí mismo al que en ese momento solo podía ayudar el mejor abogado de la ciudad. O un buen psicólogo—. De acuerdo, si no quiere contármelo… Pero tendrá que explicárselo mañana al juez. Mientras tanto estará bajo custodia policial. Es un calabozo muy cómodo. —La inspectora se giró para marcharse, molesta por haber perdido el tiempo yendo hasta allí.

—¿Le dijo que insultase a Silvia? ¿Esa era su estrategia para ver si confesaba? Porque creo que les ha salido muy mal.

Clara frenó nada más oír el grito entrecortado que había lanzado Rubén, intentando entender lo que acababa de explicarle. La tristeza seguía en su mirada, pero en ella se veía además el brillo de una rabia que aún no se había apagado del todo.

—Explíquese, Rubén. —A medida que escuchaba lo que había pasado en el bar, incluida la provocación previa del escritor, la inspectora sentía una imperiosa necesidad de estrangular a Kevin. El testimonio se ajustaba a la perfección a la personalidad de su inútil compañero y le ayudaba a entender por qué el agresor había soltado una amenaza tan comprometedora como un «te mataré» durante la paliza.

Al volver el silencio, Clara respiró hondo tres veces antes de salir del recinto. Su indignación hizo que las palabras de despedida de Miguel se quedase flotando en el aire mientras optaba por subir corriendo las escaleras hasta el tercer piso, forzando a su corazón a acelerar aún más el ritmo. «¿Cómo se ha atrevido Kevin a cruzar esa línea?», se repetía la inspectora mientras recordaba el rostro pálido del cadáver de Silvia, condenado a no volver a sonreír. Nadie merecía la ofensa que había hecho el agente, y mucho menos una víctima. Al igual que Rubén había deseado que pagase por sus palabras, ella necesitaba encararse con él para dejarle claro cuál había sido su error. Encontró al agente sentado en su escritorio provisional, tecleando en el portátil el informe sobre los hechos, y la visión de su nariz escayolada, la brecha en la sien tapada por un apósito y las magulladuras alegró a Clara.

—¿Ha terminado ya su informe? —preguntó con el tono más profesional que pudo, conteniendo la furia. El policía se tocó la nariz con gesto de dolor y señaló con la mano libre la impresora.

—Es la primera versión, ahora estoy corrigiéndola.

Sin decir nada más, su jefa cogió el papel y empezó a leerlo. El texto arrancaba con la

provocación que había lanzado el escritor y continuaba con un intento de Kevin por calmarlo, ante lo que el detenido había lanzado más agresiones verbales antes de empezar a golpearle. Ninguna referencia a sus insultos o al hecho de que el agente estuviese tomando una bebida alcohólica. Aquello le indignó aún más.

—Levántese. Ahora.

El agente obedeció la orden al instante, asustado por el giro que estaba dando el encuentro. En vez de preocuparse por su estado de salud, Clara estaba fulminándolo con la mirada y hablándole en un tono que solo se usaba en las conversaciones con los comisarios. La rapidez con la que se levantó le provocó un doloroso pinchazo a la altura del pecho, regalo de la costilla que se había roto al recibir el impacto de la mesa.

—Clara, ¿qué está pasando?

Sin responder a la pregunta, la agente se acercó a Kevin y lanzó una fugaz mirada a sus vaqueros negros antes de agacharse y acercar la nariz. El gesto puso aún más nervioso al policía, que intuía ya el motivo de aquella actitud hostil.

—Agente Parra, ¿ha bebido alcohol mientras estaba de servicio?

—Yo... No es lo que piensas. Intentaba pasar desapercibido.

Ella ignoró su excusa, sorprendida de que aún no hubiera entendido que estaba metido en un gran lío. Estaba dispuesta a mantener la frialdad en las siguientes preguntas, a pesar de que se trataba de un compañero, porque jamás habría consentido una actitud así a un colega.

—Aun así, parece que la persona a la que debía vigilar notó que le estaba siguiendo.

—Fue un fallo y creo que ya tengo suficiente castigo.

—¿De qué hablaron antes de que empezasen a lloverle golpes?

—Pues... —Seguía confundido por el tono autoritario de Clara, y la pregunta logró acobardarle—. Yo me identifiqué como ertzaina al ver que intentaba amenazarme, y eso le cabreó más. Empezó a hacerme preguntas, a provocarme y, luego, me pegó.

—¿Y no se lo merecía?

—¡¿Cómo puedes decir eso?!

—¿Silvia Rivas es una putita que no quiso acostarse con el señor Alday?

—¡No entiendo a qué viene esto!

—¡¿Dijiste eso o no, Kevin?! —Clara había perdido la paciencia, y pese a su intento de llevar el asunto desde la distancia y con suma profesionalidad la rabia había ganado la batalla. Ni siquiera merecía que lo tratase de usted. Ahora estaba dispuesta a hacerle pagar caro el insulto. El hecho era lo suficientemente grave como para abrirle expediente, aunque para ella ese castigo era demasiado blando. Tuvo que dar un paso atrás para reprimir su deseo de rematar la nariz de su subalterno con un nuevo golpe.

—¿Qué importa? Es un asesino, pero aquí parece que solo yo tengo la culpa.

—Y la tienes. Vaya si la tienes, Kevin Parra. ¿Has tomado algo más aparte del cubata de ron?

—¡No me lo he llegado a beber!

—¡Responde a mi pregunta!

—Joder, solo una cerveza.

—Esto es increíble. ¿Es que no sabes hacer nada sin cagarla? No, si la culpa es mía por encargarte algo. Pero esto se va a acabar.

—Espera...

—Estás suspendido de tus funciones por incumplir el reglamento y faltar en reiteradas ocasiones a tu puesto. Puedes recoger tus cosas, pero no te vayas aún.

—¡No puedes hacer eso!

—Claro que sí. Soy tu supervisora en la brigada.

—Te estás equivocando, Lazkano, y te vas a arrepentir.

—¿Es una amenaza, Kevin?

La valentía con la que el agente se estaba encarando a un superior, unida a su furia, hizo que Clara entendiese a la perfección la situación a la que se había enfrentado Rubén. Y detrás del mal genio del policía había algo más. Drogas. Lo notó al ver cómo se acercaba hasta ella, desafiándola con su mirada. Se apartó, no por miedo sino para alcanzar el teléfono y pulsó el botón que comunicaba con la centralita.

—Diego, soy Lazkano. Quiero que me mandes a dos técnicos para realizar un test de alcoholemia y otro de drogas. Sí, a mi departamento. El examen es para el agente Kevin Parra y los resultados se van a mandar a asuntos internos. No, no me he vuelto loca. Sí, las solicitudes oficiales te las mando en un rato.

—¡Esto es un insulto! —le espetó el aludido cuando ella colgó.

—¿Vas a esperar pacíficamente a los técnicos o tengo que bajarte a los calabozos?

—Haz lo que quieras. Pienso presentar una queja.

—Adelante. En cuanto a este informe... —Clara rescató de la mesa el atestado que relataba su desencuentro con Rubén—. Creo que no va a hacer falta abrir diligencias por esto. A no ser que quieras que él presente cargos contra ti.

—Rómpelo, pero estás protegiendo a un asesino. Si tanto te importa la chica deberías encerrar a ese cabrón.

La conversación con los dos compañeros de la científica había sido breve y muy extraña. Seguramente era la primera vez que alguien daba un paso así con un colega, y mientras volvía al sótano donde estaban las celdas Clara se dio cuenta de que había perdido el control en su enfrentamiento con Kevin. La ira acumulada durante las últimas semanas había influido mucho. Pero ninguno de los que conocían a su incómodo ayudante iba a discutir su decisión y seguro que el juez hasta se alegraba. El único problema que podía tener era una charla con asuntos internos, y ahí sí que se la podía jugar por su férrea defensa de la inocencia del escritor. Lo más fácil era seguir apretándole las tuercas hasta que el caso diera un giro, pero ella estaba convencida de que el asesino era alguien muy diferente.

—Hola de nuevo, Miguel. Ve preparando los trastos de Alday. Se han retirado los cargos

por agresión a la autoridad.

—¿Es una broma? ¿En serio quieres que suelte a ese chalado? ¡No se ha movido desde que has salido de ahí!

—De momento eso no es ningún delito. Pero si prefieres que me encargue yo de abrirle la puerta...

—No es que no quiera, pero si tienes tantas ganas...

—Anda, dame las llaves y busca su caja.

El policía tardó un tiempo en volver con los objetos personales del detenido, dando margen a la inspectora para intentar buscar una explicación a su fe en Rubén cuando todo el mundo creía que era culpable. ¿Se estaba equivocando? No, el dolor que sentía el escritor era real. Así que cuando entró de nuevo en los calabozos tuvo que esforzarse para mantener una actitud distante.

—Olvide lo que le he dicho antes. Tras estudiar su caso con mi compañero hemos decidido retirar todos los cargos en su contra, por lo que ya no está detenido. En nombre de la Ertzaintza le pido perdón por las molestias causadas y le animo a que presente una queja formal contra el agente Kevin Parra, si lo considera oportuno.

«La profesionalidad ante todo», se dijo al girar la llave para abrir la celda, consciente de que su ocupante había ganado la batalla.

El papeleo se había alargado más de la cuenta y la visita obligada al supervisor del turno nocturno había rematado la noche. Casi media hora después de haber soltado a Rubén, Clara pudo por fin respirar el aire de la calle. Con un poco de suerte el *vending* que había al otro lado de Portal de Foronda aún tendría un par de sándwiches vegetales con los que calmar el rugido de su estómago. La calderilla tintineaba en el bolsillo, y ya estaba pensando en el sabor del pan y la lechuga cuando vio la sombra que esperaba en una esquina, justo a los pies de la escalinata. Aunque estaba de espaldas reconoció al escritor por su indomable melena. ¿Qué estaba haciendo aún allí?

La inspectora se acercó con sigilo, descubriendo que estaba parado con la mirada perdida y la caja de cartón con sus pertenencias apretada contra el pecho. La escena le recordaba a su actitud dentro de la celda e hizo que se sintiese culpable de nuevo, sobre todo al darse cuenta del motivo por el que todavía no se había marchado.

—Señor Alday, ¿necesita algo? —Su pregunta hizo que Rubén se asustase, aunque solo tardó unos segundos en recuperar la compostura y parapetarse tras su escudo, recelando de Clara.

—He pedido un taxi, pero está tardando en venir.

«Lo que suponía», se dijo ella. Tras varios sustos al recoger a personas que acababan de salir de la comisaría después de una estancia en una celda los taxistas de la ciudad habían adoptado la norma de no atender las llamadas que pidiesen un servicio a la dirección del complejo policial, salvo que fuese hecha desde la recepción. La telefonista que se encargaba de asignar las carreras omitía ese detalle siempre que se solicitaba un coche allí

para evitar que los maleantes pudiesen sentirse discriminados y optasen por vengarse en alguna de las paradas. Rubén acababa de pagar la novatada.

—No creo que venga. ¿Quiere que le lleve a su casa?

—No hace falta, inspectora. Al ser de noche habrá menos taxis en las calles, por eso están tardando.

Con cualquier otro Clara habría desistido, pero sus remordimientos vencieron a la necesidad de cenar. Decidió insistir, dispuesta a derribar cualquier excusa.

—Si después de media hora aún le queda alguna esperanza... Pero ningún taxista quiere venir aquí a recoger clientes, nunca aceptan los avisos por si se trata de un delincuente al que acaban de soltar. Va a esperar para nada.

El escritor reflexionó unos segundos antes de replicar.

—¿Y si cruzo la carretera y pido otro a la dirección de ese bonito portal?

—¿Tantas ganas tiene de que la carrera le cueste un ojo de la cara? Va a ser tarifa nocturna.

—Sinceramente, usted me da más miedo, inspectora. —Lejos de ser un reproche, el comentario estaba cargado de sinceridad. Clara no supo qué responder. Al final decidió ceder.

—De acuerdo. Usted gana. Pero la próxima vez que golpee a alguien y acabe en una celda no me voy a preocupar por salvarle el culo. —Aquellas palabras descolocaron por un momento al escritor, que vio por primera vez el lado humano de la inspectora. Sus ojos pasaron del portal a las llaves que ella tenía en la mano y aunque el dinero no era un problema decidió aceptar la oferta. Si Clara había hecho que Kevin no le denunciase, solo podía haber una razón: que confiaba en su versión. O tal vez intentaba interrogarle de forma discreta en el coche. Pero, ¿qué podía perder?

—¿Sabe dónde vivo?

En el quinto semáforo que se encontraron en rojo Clara tiró la toalla. Su acompañante no estaba dispuesto a pronunciar una sola palabra y el viaje se estaba convirtiendo en una auténtica agonía. Sin saber qué tema sacar para romper el hielo, la policía se resignó a seguir encabezando la lista de personas odiadas por Rubén Alday. Bueno, quizá solo fuese la segunda, porque ese primer puesto seguramente correspondía al asesino de Silvia. Ella había esperado un momento de sinceridad, una explicación convincente que justificase el interés del escritor por la víctima o algo que acabase con sus dudas y le ayudase a defender su inocencia delante de los compañeros.

No quería pensar en la posibilidad de que tal vez llevaba en el coche a un asesino, alguien capaz de asfixiar a una chica y ser lo bastante frío como para fingir su duelo, pero las palabras de Miguel y el rostro magullado de Kevin volvían a su mente. ¿Tenían razón? La duda le acompañó hasta el primer tramo de la calle Olaguíbel. Rubén vivía en la arteria peatonal paralela y su ático ofrecía unas vistas maravillosas a la plaza de los Fueros. Clara lo había comprobado en su visita al vecino, ese anciano que según él se dedicaba a

espiarle. Aparte de por su mala mano con el café, no podía culpar a Isidro Ventura de más cosas. Había sido todo un caballero. Hasta se esforzó por recordar si el escritor se había quedado en casa la noche del crimen, aunque insistió en que para las once él ya se había ido a la cama. Su testimonio dejaba al sospechoso sin coartada.

—¿Le dejo aquí o quiere que le acerque un poco más? —Fue como hablar con una pared. Ante el silencio acercó el coche a la acera y pisó el freno. Fin del trayecto. A ver si tenía el detalle de darle las gracias…

—Clara, ¿aún sigue pensando que maté a Silvia?

La pregunta pilló desprevenida a la inspectora. ¿Acaso le había leído el pensamiento durante el viaje? Había descartado a Rubén como sospechoso tras el interrogatorio, pero a falta de otras vías de investigación el protocolo obligaba a someterlo a un seguimiento discreto, que en otras circunstancias habría encargado a San Román. Su error había sido optar por llamar a Kevin y dejar el día libre a su colega. Y ahora la interrogada era ella.

—Debo seguir todas las pistas y aún no puedo descartarle, señor Alday. —La policía mantuvo su tono formal—. Y la escenita de hoy no ayuda mucho a que dejemos de considerarle uno de los sospechosos.

—¿Ha encontrado el dinero? Lo digo porque en vez de seguir pistas erróneas debería centrarse en si alguien quiso robar los cincuenta mil euros.

Por mucho que quería disimular su sorpresa Clara no tuvo más remedio que preguntarle de qué estaba hablando.

—Yo también he hecho algunas averiguaciones. Silvia sacó una importante cantidad de dinero en efectivo días antes de morir. La cuestión es si estaba en la casa cuando ustedes hicieron el registro, o no. Y me acaba de confirmar que no lo han encontrado.

—¿De dónde ha sacado esa teoría?

—He tenido una conversación muy interesante con el abogado de Silvia. Por cierto, la policía aún no ha hablado con él. Le animo a hacerlo. —Rubén hizo una pausa para reflexionar sobre su siguiente paso—. Clara, quiero que sepa que no voy a ser un estorbo. Todo lo contrario. Quiero atrapar al asesino tanto como ustedes. Y si me necesitan estoy dispuesto a ayudar en lo que sea.

A la inspectora le costó un tiempo responder a la propuesta del escritor.

—No puedo permitir que un civil participe en una investigación oficial. Usted lo sabe mejor que yo. Y en cuanto a lo de estorbar, estoy segura de que cualquier paso que dé por libre va a afectar a nuestro trabajo. Rubén, le ruego que deje que esto lo lleven los profesionales.

—Tengo experiencia…

—¿Escribiendo novelas? Por favor, estamos en la vida real. Aquí no hay una trama y un desenlace que esté marcado desde el principio. Por mucho que su especialidad sea escribir sobre asesinatos no está preparado para un caso real. Si realmente quiere que se haga justicia no nos ponga obstáculos.

—¿Es una decisión inamovible?

—Por supuesto.

—Prométame al menos que investigará lo del dinero.

—Le aseguro que será una de mis prioridades —prometió, zanjando la conversación. Para Rubén fue suficiente y Clara notó que recuperaba algo de esperanza. En todo caso, no lo exteriorizó, ni siquiera al salir del coche.

Solo cuando arrancó reparó en que el escritor le había sonreído. Supuso que era su forma de dar las gracias.

Capítulo 7

El estruendo del timbre del móvil taladró los oídos de Rubén. Asustado, el escritor saltó del sofá y, aún dormido, buscó el teléfono en la mesa del salón. El número de la pantalla le sonaba de algo, pero no supo quién le llamaba hasta que respondió.

—¡Maldito capullo! Estarás contento, ¿no? Muchas gracias por hacer que echen a mi fuente de la investigación. ¿Tú llamas colaborar a eso, Rubén? Porque me has jodido bien.

Los gritos de Alex Bermejo terminaron de arrancarle del sueño, permitiéndole comprender que el maltrecho Kevin era, además de la misteriosa e ineficaz fuente de información del reportero, agua pasada en la investigación. Un buen logro, aunque ahora tenía que librarse del lastre que suponía el periodista. Así que se preparó con su mejor registro de acento mexicano para replicar.

—¡Licenciado! ¡Por favor, no soy un maleante! ¡No me mate, no!

—Ah… Usted disculpe, creo que me he equivocado. Lo siento, de veras. —Alex colgó con vergüenza, sin poder oír la carcajada que Rubén soltó al recibir sus disculpas. «El día empieza con buen pie», se dijo antes de asustar al espejo del baño con su reflejo. Tocaba volver a afeitarse y una ducha rápida antes de desayunar e ir a la caza de los vecinos de Triste. Seguramente ellos podrían aclararle algunos aspectos de la solitaria vida de la chica. Existía la posibilidad de que los agentes que les habían interrogado se hubiesen dejado algo en el tintero, y la colaboración de Augusto le garantizaba tener la dirección exacta de la vivienda. Tendría que llamarle para concretar el dato, pero aún eran las nueve y media de la mañana y sabía por propia experiencia que con los abogados había que respetar estrictamente los horarios de oficina.

La barba apenas se resistió a la afilada cuchilla y Rubén batió un nuevo record con apenas dos cortes que festejó con una buena sesión de hidromasaje en la ducha de diseño. Solía perder la noción del tiempo en aquella cabina acristalada, y por eso se sobresaltó al oír el tono de llamada de su móvil en la otra punta del piso. «Mierda», masculló. No podía arriesgarse a perder ni una sola llamada, por lo menos no en plena investigación. Completamente mojado, Rubén salió corriendo de la ducha, dejando una estela de agua a su paso. Al llegar al salón comprobó que la carrera merecía la pena.

Augusto le dio los buenos días al otro lado de la línea justo antes de preguntarle si llamaba en buen momento. El escritor mintió como un bellaco asegurándole que estaba

preparándose una taza de café y dejó que el abogado empezase a disertar con la esperanza de que la conversación le regalase otra pista jugosa con la que adelantarse definitivamente a la desagradecida Clara Lazkano. Tras varios minutos dando rodeos su interlocutor desveló el motivo de la llamada.

—He estado dándole vueltas a lo que hablamos ayer a la tarde. Sabe que no debería contarle nada del pasado de Silvia, pero creo que puede ser importante en su investigación. Así que si puede pasarse por mi despacho a lo largo de la mañana le pondré al corriente de los problemas que tuvo hace unos años.

—De acuerdo, Augusto. ¿Su oficina está en…?

—En General Álava, en el 21. Es el segundo C.

—Estaré allí en diez minutos.

Con el pelo empapado y el pegajoso tacto del jabón en el cuello de la camisa, Rubén se plantó en la puerta del despacho del abogado haciendo gala de una puntualidad extrema. La secretaria de Augusto, una cincuentona enfundada en un traje clásico, le lanzó una mirada escrutadora al reclamarle un encuentro con su jefe. La agenda, testimonio sagrado del buen discurrir de la oficina, no indicaba que Rubén Alday tuviese hora reservada, y las quejas del escritor no aplacaron a la estricta empleada. Tuvo que ser el propio abogado, alertado por los gritos, el que zanjase la pelea verbal con un apretón de manos que obligó a la mujer a volver a la lectura de su pesado libro de jurisprudencia.

—Perdónela, señor Alday, pero Marina es muy protectora. A veces tenemos problemas con algunas personas que no están contentas por cómo les fue en los tribunales y vienen aquí con ganas de montar bronca —se justificó mientras atravesaban el pasillo.

—¿Clientes insatisfechos?

—Al contrario. Son los que perdieron la batalla con mis clientes.

—¿Alguno de ellos se vio las caras con Silvia en los tribunales?

—Veo que va directo al grano. —El abogado dudó un instante y Rubén temió que estuviese a punto de echarse atrás—. Lo que voy a contarle es absolutamente confidencial. No podrá decírselo a nadie, ni siquiera a la policía. Mi amigo Eusebio Rivas, el padre de Silvia, invirtió mucho dinero para que este asunto se mantuviera en secreto y no quedase constancia de él en los juzgados. Para mí siempre ha sido un tema tabú y aún me cuesta hacerme a la idea de compartirlo con usted.

El silencio les acompañó hasta el amplio despacho amueblado con piezas clásicas y un enorme escritorio que enamoraría a cualquier anticuario. Mientras se acomodaba en el butacón para las visitas el escritor no pudo dejar de pensar en que iba a conocer un aspecto oscuro de la vida de Triste. Tanto esfuerzo por taparlo, con sobornos de por medio, daba a entender que en esa ocasión Silvia no había sido la víctima. Y de ahí se podía tirar del hilo hacia una posible venganza. ¿Estaba seguro de que quería descubrir lo que escondía la abultada carpeta que Augusto acababa de sacar de la caja fuerte? Por desgracia no le quedaba más remedio. Lo necesitaba para su investigación.

—Nada de lo que le diga puede salir de aquí. Es una información, ¿cómo la llaman ustedes…?

—*Off the record*. Datos que no se pueden publicar bajo ningún concepto. Augusto, no se preocupe por ello. Puede confiar en mí. —El escritor se estaba cansando de la insistencia del abogado, pero su respuesta pareció apaciguarlo porque rompió el sello de la carpeta y empezó a extender papeles sobre la mesa.

—Lo que voy a contarle se remonta al año 2005. Silvia había estudiado bellas artes porque estaba enamorada del mundo bohemio en el que había crecido. Su padre era un gran artista y ella había heredado su talento para la creación. Al acabar la carrera consiguió un puesto como comisaria de exposiciones del Artium, y un año antes del suceso que nos ocupa le tocó encargarse de preparar la muestra de un artista novel, alguien a quien ella había conocido y admirado en la facultad.

—¿Profesor o compañero de clase?

—Compañero, por supuesto. El caso es que Silvia pasó varias semanas estudiando el trabajo de Ignacio Lasa con el fin de seleccionar sus mejores cuadros para la muestra de la sala Norte del museo, y quedó fascinada por las obras que veía. Si ya en la facultad había surgido la chispa, esos encuentros fueron el detonante para que comenzasen un romance. Ambos se movían en los mismos círculos artísticos, compartían su pasión por el arte y se admiraban. Todo fue perfecto los siete primeros meses, con viajes por Europa para ver museos, cenas románticas y noches de teatro.

—¿Y cuándo se destapó la caja de los truenos? —Rubén ya intuía por dónde iban los tiros y habría preferido mil veces que Triste hubiese sido una delincuente juvenil o se hubiera visto involucrada de forma involuntaria en la comisión de un delito en vez de lo que estaba a punto de explicarle el abogado.

—Veo que ha comprendido lo delicado del asunto. A los ocho meses decidieron irse a vivir juntos y el padre de Silvia les consiguió un piso en una de las urbanizaciones privadas de la calle Salvatierrabide. Era una casa muy grande que se iba a convertir en el estudio de pintura de ambos, pero Lasa encontró allí el escenario perfecto para organizar fiestas con colegas de profesión. En ese momento él estaba en la cima de su carrera y las galerías privadas de todo el País Vasco se lo rifaban. El éxito se le subió a la cabeza y empezó a consumir grandes cantidades de alcohol y drogas. Pasó de ser alguien amable y bondadoso a convertirse en un déspota que se encerraba en el estudio horas y horas, y Silvia acabó pagando los cabreos y sus momentos de frustración.

El escritor escuchaba cada una de las palabras de Augusto intentando controlar su ira. Durante su época como periodista había visto en demasiadas ocasiones los estragos de la violencia de género en mujeres que se negaban a denunciar a sus parejas, e imaginar a Triste en esa situación le hizo sentir en carne propia cada uno de los golpes que ella recibió.

—Fueron tres meses de pesadilla diaria, primero con maltrato psicológico y luego con algunos empujones de vez en cuando, hasta que todo se agravó. La carrera de ese ser

despreciable empezó a caer en picado, sobre todo porque sus nuevos cuadros psicodélicos eran una basura, y los intentos de Silvia de aguantar el temporal creyendo que Lasa volvería a ser el de antes se vieron recompensados con una sucesión de golpes a diario que culminaron en una brutal paliza que la dejó en coma durante varios días. Estuvo ingresada en la UCI, debatiéndose entre la vida y la muerte.

—¿Qué hizo la policía?

—Detuvieron a Lasa, por supuesto, ya que los vecinos avisaron a la Ertzaintza ante los gritos de terror que escucharon. Estuvo en el calabozo varios días hasta que pagó la fianza, pero en aquel momento Eusebio ya se había movilizado. Acudió a mí y empezamos a preparar la acusación contra ese canalla. Necesitábamos que Silvia despertase para que declarara en el juicio, pero mientras tanto conseguimos echar de la casa a Lasa y dinamitamos su carrera artística.

—¿Cómo fue el juicio?

—Se decretó secreto de sumario, y la verdad es que el propio acusado acabó reconociendo los hechos. No había encontrado una buena defensa y me aproveché de ello. Además estaba el asunto del menudeo de drogas, ya que Lasa se estaba dedicando a trapichear en su círculo de amistades para sacarse un dinero extra. Pero lo que más ayudó fue el testimonio de Silvia. Salió del coma unos días antes de que se celebrase el juicio. Nos había costado mucho esfuerzo conseguir que lo organizasen tan rápido y no podíamos retrasarlo en ese momento, aunque teníamos miedo de que ella lo echase todo por tierra defendiendo a su agresor por amor.

—Pero no fue así.

—Testificó con la cara llena de magulladuras, un brazo escayolado y varios puntos de sutura. Para moverse necesitaba una silla de ruedas. Solo con esa estampa teníamos ganada la batalla. Pero Silvia fue más allá y durante casi dos horas desgranó cada una de las humillaciones que sufrió, todo lo que recordaba que podía incriminar a su expareja y los detalles de la paliza que la dejó al borde de la muerte. Sus palabras sirvieron para conseguir una condena a cinco años de prisión, una cuantiosa indemnización que Silvia donó a varias asociaciones de atención a mujeres maltratadas y una orden de alejamiento de cinco kilómetros de por vida. Tanto para Eusebio como para mí fue una sentencia muy pobre, pero ella quiso dejarlo así. Solo deseaba olvidar la mala experiencia, y mientras seguía con su recuperación nos encargamos de borrar cualquier rastro, expediente o informe que pudiese revivir la pesadilla.

—¿Y sus compañeros de trabajo no se enteraron de nada?

—Su padre se ocupó de avisar a los responsables del museo de que Silvia se cogía un año de excedencia por motivos creativos. Él era uno de los pilares del Artium y no le pusieron ninguna pega. En cuanto a los policías que investigaron el caso, todos consiguieron un buen ascenso a cambio de la promesa de mantener la boca cerrada. Pasado el año ella volvió al museo dispuesta a rehacer su vida, aunque se encontró con una gran barrera emocional a la hora de confiar en quienes hasta ese momento habían sido

sus amigos. La muerte de Eusebio terminó de encerrarla en sí misma y decidió dejarlo todo. Podía permitírselo, desde luego, y optó por abrazar la soledad y refugiarse en algunos caprichos de vez en cuando.

—Augusto, tengo que volver a preguntarle…

—No acudió a un psicólogo porque sentía una gran vergüenza. Después del juicio me hizo prometer que nunca hablaríamos de este trauma y yo lo respeté. Fui su apoyo durante los últimos años e intenté hacerlo lo mejor que pude. No soy un profesional, pero Silvia solo confiaba en mí.

—¿Sospecha que él puede estar detrás de su muerte?

El abogado tardó unos segundos en responder a la pregunta, y Rubén se dio cuenta de que estaba pensando cómo continuar con la historia.

—Le he estado dando vueltas desde que me habló ayer de los motivos más habituales por los que se cometen asesinatos. En este caso podría encajar la venganza, el odio hacia la persona que él puede pensar que le traicionó y forzó su entrada en prisión.

—Pero hay algo más, ¿verdad, Augusto?

—Ayer no fui del todo sincero cuando me preguntó si había pasado algo fuera de lo normal en los últimos días. Hace dos semanas Silvia vino al despacho. Estaba aterrada. Había ido a hacer la compra a la plaza de abastos y se encontró allí con su torturador. Reconoció a Lasa al instante y salió corriendo del mercado sin mirar atrás. Llegó hasta aquí a la carrera y me pidió ayuda. Noté que estaba desesperada, pero no entendía qué le pasaba porque apenas podía explicarse. Conseguí que se calmase y entonces me contó que había visto de lejos a su agresor. Lo más seguro es que no se hubiese dado cuenta de que ella estaba en la zona, pero le prometí que iba a investigar un poco sobre la nueva vida de ese cabrón. Estuvimos hablando un poco más y al final se marchó mucho más tranquila. Pero ese mismo día empezó a recibir llamadas en su casa desde un número desconocido. Cuando ella respondía no contestaba nadie.

—¿Cree que era Lasa? ¿Cómo pudo conseguir el número?

—No lo sé, pero los dos sospechábamos que él era el responsable de ese acoso. Silvia estaba bastante preocupada, pero el pasado lunes volvió a ser la misma de siempre. Parecía que no había pasado nada, estaba contenta de nuevo y hacía planes de futuro. Esa actitud me sorprendió, y cuando le pregunté qué había pasado con las llamadas esquivó el tema. Y luego está el dinero que me pidió…

—¿Un posible chantaje?

—Quizá. Quise pedir una orden a un juez amigo mío para ver quién estaba realizando esas llamadas, pero ella se negó en redondo. Si se reunió en su casa con ese psicópata…

—¿Llegó a investigarle?

A modo de respuesta Augusto sacó una serie de papeles.

—Llevo detrás de Ignacio Lasa desde que entró en prisión. Lo primero que hizo cuando ingresó en la cárcel de Nanclares de la Oca fue apuntarse a un programa de desintoxicación. A los tres meses estaba limpio, y se volcó en hacer méritos colaborando en

las tareas rutinarias del penal. Nada de peleas ni infracciones. Era un preso ejemplar, muy bien considerado por sus guardianes, y eso le ayudó a salir a los dos años por buena conducta. No sé si todo fue un teatro para conseguir marcharse de allí cuanto antes, pero nada más salir solicitó permiso al tribunal para irse al extranjero. A Colombia, para ser más concretos.

—¿Y cuándo volvió?

—Hace un año. Casado con una chica que conoció allí. Desde entones viven en uno de los pueblos de la periferia de Vitoria sin llamar la atención.

—Pero volvió a encontrarse con Silvia.

—Y eso es lo que más me preocupa. Lasa es muy capaz de…

El timbre del teléfono cortó su reflexión. El abogado cogió el auricular y Rubén adivinó quién le había llamado por la conversación que mantuvo.

—Sí, soy el encargado de la contabilidad de Silvia Rivas. Por supuesto, inspectora, de hecho estaba esperando que me llamase. ¿Vernos? Tengo libre toda la mañana. ¿Necesita la dirección? Ah…, vale. Entonces a las doce. Adiós.

Ambos cruzaron una mirada cómplice nada más colgar.

—Parece que Clara cumple sus promesas. Imagino que querrá saber qué fue de los cincuenta mil euros. —El escritor resumió el breve encuentro con la inspectora la noche anterior, previniendo a su aliado sobre el inminente interrogatorio—. ¿Va a explicarle lo que me acaba de contar?

—No. No quiero que nadie más conozca esta tragedia. Sé que usted va a dar buen uso de la información, pero ella… No me fío.

—Sabe que el siguiente paso es hablar con Ignacio Lasa.

—Empiezo a asimilarlo.

—¿Tiene su dirección actual?

Augusto le entregó un informe que había preparado antes de que llegara con una foto reciente de su nuevo sospechoso y una serie de datos que abrían la puerta a que el escritor le hiciese una visita amistosa.

—Tenga mucho cuidado, señor Alday.

Con el papel a buen recaudo en el bolsillo de su americana Rubén se encaminó hacia la parada de taxis del parque de La Florida con una idea perversa en mente. Tenía que prepararse para su encuentro con Lasa, y el mejor lugar para hacerse con el kit básico del interrogador hostil se encontraba demasiado lejos para ir hasta allí a pie. Sentía que estaba a punto de resolver el caso y no quería desperdiciar ni un segundo en tonterías. El chofer se alegró de ver un cliente tan decidido y acarició el taximetro para activarlo al tiempo que arrancaba. Pero no pudo evitar poner mala cara al conocer el destino, ya que apenas iba a arañar nueve euros. A pesar de ello fue todo un profesional durante el silencioso trayecto, que se zanjó con una jugosa propina.

Al abrir la portezuela el paisaje había cambiado bruscamente y Rubén se unió a la

multitud que andaba sin rumbo por el barrio de Coronación. La tienda de empeños y compraventa del Tenazas estaba a unos pasos, y al entrar en el local se encontró al perista discutiendo con un joven sobre una venta imposible.

—Te aseguro que no tengo bicicletas. No las compro, son productos peligrosos.

—Venga, que necesito una barata. Ya te he dicho que la mía se ha jodido en ese choque…

—Pues no puedo ayudarte. Mira todo lo que quieras en la tienda y verás que no tengo ni una bicicleta.

Rubén sonrió al pensar en el trastero que su conocido tenía en la zona de Zaramaga abarrotado de bicis robadas que compraba en Logroño a treinta euros la pieza o cambiaba allí por las que sus hombres conseguían en las calles vitorianas. Pero la insistencia del joven llamaba demasiado la atención, y como no encajaba en el perfil de un poli Rubén detectó enseguida que era un periodista novato. Al final el chaval tuvo que desistir en su empeño. Tras ver cómo se marchaba frustrado, el propietario del local se dirigió al escritor.

—Joder, Rubén, que cada día Berastegi me los manda más verdes.

—Seguro que era un becario. Pero tú ya sabes manejarlos bien. —Le dio una palmada amistosa en el hombro—. ¿Cómo te va la vida, tío?

—De puta madre. Ahora con la crisis la gente trae auténticos chollos. Han tirado los precios por los suelos. Ayer mismo me trajeron un iPad de 64 gigas y les pagué solo noventa pavos. ¿No es maravilloso? Por cierto, ¿no te interesará? Te lo dejo baratito.

—Prefiero las moleskines, atraen menos a los ladrones. Pero sí que quiero comprarte algo. ¿Vamos a un sitio más discreto?

El Tenazas captó en la mirada del escritor que aquella no era una visita de cortesía y llamó a uno de sus empleados con un silbido para que le relevase en el mostrador.

—Ya conoces el camino hasta el almacén.

La puerta estaba tapada discretamente por una estantería repleta de microondas, cafeteras y batidoras a precios escandalosamente bajos, pero el escritor tuvo que esperar a que el usurero le alcanzase y marcara la contraseña en el panel electrónico.

—¿Ya no es suficiente con tus matones? —bromeó Rubén mientras entraban en una zona de estanterías abarrotadas con cacharros de segunda mano.

—Los chorizos de ahora le han perdido el respeto a los de la vieja escuela, amigo. Será eso de que quien roba a un ladrón... —Llegaron al cuartucho donde Miguel el Tenazas cerraba los tratos más jugosos e ilegales y el escritor se hundió en el sofá.— La verdad es que me has sorprendido con tu visita. ¿Estás dando rienda suelta a tu lado criminal?

—Algo parecido.

—¿Comprar o vender? —El delincuente pasó sin rodeos a su faceta comercial.

—Miguel, necesito una pistola.

La cara del perista cambió su expresión alegre por una mezcla de recelo y seriedad. Esas eran palabras mayores, una mercancía mucho más peligrosa que una triste bici robada. Por mucho que el Tenazas pusiera la mano en el fuego por Rubén, su experiencia de ratero le

impedía meterse en ciertos terrenos.

—Sabes de sobra que aquí no vendemos eso. Es una gran responsabilidad y si te pillan se te cae el mundo encima. Aunque sea solo una.

—Imaginaba que me dirías eso. Ya venía con la idea de marcharme de tu tienda sin ella, pero quiero pedirte un favor de amigo. ¿Dónde puedo conseguirla?

—Joder, Rubén, que me pones en un aprieto.

—Tú conoces este mundillo mejor que yo.

—¿Para qué la quieres? ¿Vas a cargarte a alguien?

—Es solo para intimidar.

El perista se quedó más tranquilo con esa respuesta, aunque seguía sumido en un dilema. No meterse en líos, esa había sido siempre su filosofía. O por lo menos no en los más gordos. Hasta se había convertido en soplón de la policía solo para que estos tuviesen más reparos a la hora de hacerle una visita. Pero ahora alguien al que admiraba le pedía que dejase a un lado la prudencia para poder intimidar a un desconocido.

—¿No te vale con una réplica?

El escritor negó con convicción, pasando de nuevo la pelota al Tenazas.

—Conseguir una pipa en Vitoria es algo difícil y caro. No estamos en una gran ciudad. Habrá un par de personas dedicadas a ello.

—Y seguro que tú conoces a una de ellas. —Rubén no le dejaba alternativa.

—De acuerdo. Pero de esto ni una palabra a nadie. —Garabateó un par de datos en una papeleta de empeño caducada y se la entregó a su amigo—. Ten cuidado, estos tíos son peligrosos.

Cuando el escritor se bajó del taxi en el centro comercial de Salburua el corazón le latía con fuerza. Miró de nuevo a sus espaldas para comprobar que nadie le seguía y se alegró de que su truco de saltar de un taxi a otro por toda la ciudad hubiese dado resultado. Ni rastro del sustituto de Kevin, si es que Clara había enviado a otra persona a seguirle. Rubén conocía la zona de sus tardes degustando el mejor gin-tonic de Vitoria en el Vietato, pero en esta ocasión su destino era uno de los bloques bajos que albergaban pisos de alquiler social. El vendedor de armas con el que iba a tratar vivía en uno de sus portales, y los nudillos del escritor ensayaban sobre el aire todos los movimientos que debían realizar sobre la puerta, el santo y seña sonoro para avisar de la llegada de un cliente en busca de su mercancía. Pese a contar con esa ventaja que le aseguraba ser bien recibido no podía ocultar su nerviosismo ante el inminente encuentro. Ya se había reunido con delincuentes en el pasado, pero en esta ocasión no iba acompañado por alguien que garantizase que era de fiar. Solo tenía la contraseña.

Además, estaba a punto de cometer una ilegalidad que podía llevarle a la cárcel. Por eso se detuvo antes de llegar al portal, miró a su alrededor y activó su radar para encontrar el mejor bar del entorno. Necesitaba una copa, o tal vez dos, antes de comprar su pistola.

Rubén supo que la ronda de crianzas para reunir algo de valor había sido una buena idea al ver el videoportero del portal completamente destrozado por el efecto de un pequeño incendio, tal vez provocado por la unión de un aerosol con un mechero. Aquella era una señal de que alguno de los vecinos no quería que sus compañeros de escalera viesen a sus visitas, aunque a la hora de hacer su barbacoa se le había ido la mano y los botones de los últimos pisos también se habían derretido. Sus sospechas recaían en el del quinto C, el piso al que le había mandado el Tenazas, y la cerradura reventada dejaba claro que sus clientes podían seguir entrando en el bloque aunque ya no hubiese timbre al que llamar.

La puerta cedió al empujón sin problemas y el escritor se coló en el recibidor con cierto recelo. Algunos de los buzones estaban destrozados, el espejo había recibido demasiados arañazos con llaves y navajas y un charco amarillento advertía que la esquina era el retrete de alguien con la vejiga floja. «Ah, las maravillas del alquiler social», se dijo al descubrir las pintadas que adornaban el rellano. Las escaleras carecían de iluminación, y eso no animaba a subir por ellas, por lo que optó por usar el ascensor.

Como esperaba, el interior de la cabina era un diccionario de insultos y expresiones obscenas que en determinados museos habría pasado por arte moderno, y los botones estaban demasiado estropeados como para garantizar que el viaje no tuviese una parada inesperada. Lo único que habían respetado era la webcam colocada en una esquina, seguramente un sistema casero para controlar a los intrusos. ¿Le estaría viendo el vendedor de armas? La idea le provocó un escalofrío.

Rubén sabía que no podía echarse atrás. Necesitaba la pistola, aunque los ruidos que se escuchaban a través de las puertas del ascensor cuando llegaba a un nuevo piso intimidaban hasta al más valiente. El llanto de un niño había dado paso a una vecina del tercero que llamaba puta a otra mujer, y en el cuarto un residente golpeaba la pared con rabia. En su juventud se había apuntado a las listas para optar a uno de esos pisos de alquiler en función de la renta. «Menos mal que no me tocó», pensó agradecido.

Las puertas tardaron más de lo previsto en abrirse, quizá por obra del hombre al que quería visitar o tal vez como protesta por los numerosos golpes recibidos, pero al final pudo salir a un descansillo sospechosamente limpio de pintadas. Quienes vivían allí imponían respeto a sus vecinos, o tal vez en sus ratos libres pintaban de blanco las paredes. Intentando no pensar en ello, se colocó frente a la puerta y puso en práctica su juego de nudillos. La delgada lámina de madera se prestó al improvisado concierto, aunque no recibió respuesta alguna del interior del piso.

¿Y si no estaba en casa? Por mucho que fuese un traficante de armas, el inquilino tendría que salir a hacer la compra o a darse aires de malote en la tasca frente a los colegas. El escritor se imaginó a un fornido albanés saliendo del ascensor con sus bolsas cargadas de cerveza, patatas fritas y un juego nuevo de cuchillos Ginsu, preguntándose con cara de idiota quién diablos le esperaba en la escalera. No era la mejor carta de presentación, pero si el segundo intento no funcionaba... Rubén acercó la mano sin mucha convicción, pero

no tuvo tiempo de repetir la contraseña. La puerta se abrió como un relámpago y el hombre que había estado en todo momento tras la mirilla se dejó ver, asustándole con su mirada furiosa. No se trataba de un musculoso sicario del Este, ni era un colombiano de patillas feroces y camisa hortera, pero el cuarentón bajito y sus ojos de loco provocaba el mismo efecto intimidatorio. La descuidada barba y sus greñas contrastaban con su extrema palidez, y la sucia camiseta de propaganda le iba grande. Pero a pesar de su aspecto abandonado y lo débil que parecía, aquella vieja gloria del trapicheo de la ciudad seguía conservando su territorio frente a los nuevos profesionales del crimen.

—¿Qué coño quieres? —El delincuente escupió las palabras, ofreciendo al intruso la posibilidad de bajar las escaleras corriendo antes de que se decidiera a hacerle rodar por ellas. Pero el escritor ya se había recuperado de la impresión y no estaba dispuesto a abandonar.

—Vengo a hacer negocios contigo.

Ambos quedaron atrapados en un incómodo silencio en el que el delincuente repasó con la mirada al hombre que se atrevía a llamar a su puerta. Al final, como si Rubén hubiese aprobado con buena nota el examen, el tratante de armas le indicó con la cabeza que pasase dentro. Cualquier otro habría aprovechado el momento en que se dio la vuelta para huir a la carrera, pero el escritor le siguió como un dócil perrito faldero hasta un salón con pocos muebles y una enorme pantalla plana en la que se veía un programa de deportes extremos. El televisor pasó al luto cuando el anfitrión cogió el mando, y Rubén aprovechó para sentarse en un sofá duro como una tabla.

—¿El señorito quiere un whisky, coñac o algo de Jerez? —La ironía quedaba eclipsada por el tono de fastidio con el que el anfitrión reprochaba a Rubén que tomase asiento sin permiso—. Venga, suelta lo que quieres y déjame en paz.

—Sé que no me conoces y que no tengo pinta de ser uno de tus clientes, pero te aseguro que puedes confiar en mí.

—¡Oh, por supuesto! Está claro que no eres un poli, porque ni siquiera con el mejor disfraz uno de ellos podría pasar de forma tan eficaz por un borracho. Apestas a alcohol, te tiemblan las manos y se te nota en la mirada que te has bebido un viñedo entero. ¿El señorito decide pasarse por aquí a molestar después de tomarse unas copas y se espera que le pongamos la alfombra roja porque dice que es de fiar? —La mirada del traficante echaba chispas, y desde su posición en el sofá el escritor estaba en desventaja—. ¿Quién te ha dado esta dirección?

—Si te lo dijese, esa persona tendría que matarme.

—Yo también puedo rajarte, gilipollas. ¿Cómo te llamas?

—Rubén.

—Pues bien, Rubén, si te crees que me vas a impresionar con tu traje de marca y tu cháchara lo llevas claro. Quiero saber quién es el idiota que te ha mandado aquí para recordarle que yo no trato con figurines.

—Pues te vas a quedar con las ganas. No traiciono a los míos. —Rubén ya estaba

perdiendo la paciencia y no se iba a dejar amenazar y humillar de esa forma por un delincuente de poca monta. Se levantó de un salto, obligando al hombre a alzar la cabeza para seguir taladrándole con la mirada—. Y menudo vendedor estás hecho si dejas pasar así una oportunidad para conseguir dinero fácil.

—¿Tú me vas a dar lecciones de cómo tratar…?

—¡¡¿Me vas a dar una jodida pistola o tengo que hacerte entrar en razón a hostias?!! —El escritor había perdido los estribos y descargó en su amenaza la rabia acumulada, provocando al aludido un indisimulado temor al comprobar que el encuentro se le había ido de las manos.

—Vale, tampoco hay por qué ponerse así. Si lo que quieres es una pistola has venido al lugar adecuado. —Ahora el tono era cordial, muy a su pesar—. Por cierto, me llamo Jaime. —Tendió una mano que Rubén rechazó.

—Quiero un arma nueva, o por lo menos que no se haya usado antes para cometer delitos. Pequeña, que se pueda esconder tranquilamente en el bolsillo de la americana y no abulte. Y la entrega ha de ser rápida. —Ahora que llevaba la batuta, el escritor se veía en condiciones de plantear sus exigencias. Por mucho que eso pudiera molestar a Jaime, este no lo exteriorizó.

—Necesito algo de tiempo para poder conseguir algo tan concreto…

—La quiero para esta tarde.

—Pero…

—Si hay que pagar un extra por ello no hay problema. Pero si no puedes cumplir con ese plazo...

La alusión al dinero hizo que el traficante de armas cambiase por completo su actitud.

—Si tienes tanto interés debes saber que el precio es bastante alto.

—¿Cuánto?

—Dos mil quinientos. En metálico y antes de la entrega.

Rubén buscó un grueso sobre en un bolsillo interior de su americana y sacó de él tres montones de billetes de cincuenta euros atrapados por una goma. Había sido una buena idea pasar por la oficina que su caja de ahorros tenía en el barrio antes de ir de compras. Jaime se abalanzó sobre el dinero antes de que pudiese separar la cantidad acordada, apoderándose de los tres mil euros.

—Ahí hay más de…

—No te olvides de la munición. Eso infla el precio. Por cierto, ¿para qué la quieres? ¿Vas a atracar un banco?

—No. Me han despedido del trabajo y quiero hacer entrar en razón a mi jefe. Se han equivocado al echarme, ¿no crees? —El escritor disfrutó con la cara de susto que puso el delincuente.

—Pase lo que pase yo no te he dado nada.

—Eso sin problemas.

—Déjame tu número y en cuanto la tenga te confirmo cuál será el lugar de entrega.

—A la tarde. Acuérdate, Jaime. No me la juegues, no quiero cabrearme.

Mientras bajaba en el ascensor Rubén disfrutaba del recuerdo de la cara de terror que se le había quedado a Jaime al oír las últimas palabras. Menudo matón de medio pelo. Pero mientras cumpliese…

El escritor contaba los segundos que faltaban para las tres y media de la tarde con la vista pendiente en el enorme reloj digital que anunciaba a los viajeros las llegadas y salidas de los autobuses. Esa era la hora a la que, según el mensaje de texto que le había mandado un número desconocido, podía pasar a recoger su pedido en el último retrete del cuarto de baño de hombres de la estación de autobuses. La cita clandestina tenía su encanto, aunque llevaba ya media hora sentado en los bancos del viejo edificio y ni rastro de Jaime o alguien que por sus pintas pudiera ser uno de sus secuaces. Por la puerta azul del váter solo desfilaban ancianos con problemas de incontinencia y reticencia a gastarse la pensión en los bares de la zona. Iban bien provistos de sus periódicos y radios, pero ninguno con una pistola escondida. ¿Le habían tomado el pelo? Cinco, cuatro, tres…

El bip bip de su móvil le indicó que tenía un nuevo SMS, también de número oculto. «Ahora. Borra los dos mensajes». Extrañado, Rubén miró a todas partes para ver si encontraba al autor del aviso. Nada. Así que fue directo al cuarto de baño y se coló en el cubículo indicado, asqueado por el repugnante olor que salía de la taza. El suelo estaba encharcado y el escritor avanzó de puntillas un par de pasos antes de cerrar la puerta y lanzarse a la búsqueda del tesoro. «No podían haber encontrado un lugar peor para esconderla», se dijo al detectar el paquete encajado en el hueco entre la taza y la pared, casi a ras del suelo. El primer tirón no dio resultado y el segundo le dejó varios trozos de papel de estraza en la mano. Se resignó a arrodillarse en las baldosas llenas de orines y se retorció encogiendo la nariz para sacar con más facilidad el pedido. Desde esta nueva posición el paquete apenas presentó resistencia, y en unos segundos tuvo el premio en sus manos. No quiso esperar a llegar a casa para abrirlo y desenvolvió la pistola allí mismo, sentándose en el retrete.

Le sorprendió lo pequeña que era y las numerosas muescas que tenía a lo largo de su armazón metálico negro. Pese a todo, parecía lo suficientemente cuidada como para descartar que le hubiesen dado una pieza estropeada. Remataban el encargo cinco diminutos cargadores con las balas más pequeñas que el escritor había visto en su vida y una nota escrita a mano con las instrucciones de manejo y el modelo del arma: una Walther PPK 22 LR. A Rubén le sonó a chino.

Por lo menos el pack completo cabía sin problemas en el bolsillo, tal como exigió en el momento de la compra. Ahora que ya tenía lo que necesitaba solo debía dar un último paso. El más complicado. Se había grabado en la memoria los datos de Ignacio Lasa y era el momento de hacerle una visita de cortesía con unos cuantos gramos de plomo como regalo para romper el hielo.

Capítulo 8

El motor de su Audi TT protestaba a cada cambio de marcha, molesto por haber estado acumulando polvo en el garaje durante varios meses. Coger ahora el volante se convertía en todo un reto y Rubén quería ser cauto en la conducción para evitar que una patrulla de tráfico le parase y el alcoholímetro girase hasta mostrar los tres racimos de uvas del premio gordo. Aunque él se sentía completamente sobrio y coordinaba sin problemas todos sus movimientos los policías no iban a tener clemencia. Pero su impaciencia le hizo forzar al máximo el límite de velocidad hasta llegar a Argómaniz.

Allí, entre las casas antiguas del pueblo, los promotores inmobiliarios habían hecho crecer unos preciosos chalets de dos plantas con unas cristaleras que regalaban las mejores vistas del entorno. Un capricho para gente de clase media-alta al que Rubén no habría hecho ascos de haber tenido la oportunidad, aunque tras dar varias vueltas en busca de un hueco para aparcar descubrió que el único bar del pueblo era el del parador nacional. La zona perdía encanto por momentos.

En ese remanso de paz y tranquilidad se había refugiado uno de los seres más repulsivos de la sociedad. Ignacio Lasa, maltratador de vocación, vivía en una de las casas de la calle Galzar con su nueva víctima, si es que ella no estaba enterrada ya en el jardín después de una amena paliza. El chalet estaba cerca del edificio del parador y, muy a su pesar, el escritor acabó dejando el coche en una de las plazas del solitario aparcamiento. Si la cosa se torcía y Lasa se convertía en un daño colateral existía el riesgo de que alguien se acordase de su coche. Pero vengar a Triste bien valía unos cuantos años en prisión.

Por suerte el majestuoso edificio de piedra no estaba provisto de cámaras de seguridad, posiblemente para garantizar la intimidad de los amantes que se refugiaban en sus alcobas de la rutinaria vida que les ofrecían sus respectivos matrimonios. Eso le permitió volver a comprobar la pistola, amartillarla y jugar con el seguro tal como indicaban las instrucciones de Jaime. Dejó que el frío trozo de metal se deslizase dentro de la chaqueta, se ajustó la corbata, agarró su vieja cartera de piel y ensayó su mejor sonrisa de vendedor de seguros. Cuando salió del coche representaba a la perfección el papel de respetable hombre de negocios del que nadie sospecharía.

Al llegar a la altura de la verja de la casa comprobó con alegría que la puerta estaba abierta. Se coló en el cuidado jardín, mirando de reojo el viejo todoterreno aparcado fuera

del garaje. «Así que estás en casa», masculló Rubén mientras presionaba con suavidad el timbre. Medio minuto después un hombre cuya escasez de pelo encajaba con la del que aparecía en la foto que le había dado Augusto se asomó por una de las partes de la doble puerta de madera y cristal, repasando de arriba abajo al desconocido.

—¿Sí?

—Soy Saúl Gálvez, secretario de los juzgados de Vitoria. Vengo a entregarle unos documentos en relación a una causa de 2005 en la que usted se vio implicado. —El escritor enseñó un abultado sobre de papel marrón con el sello de «confidencial» en uno de sus extremos, disfrutando al ver que la cara del maltratador perdía el color—. Tiene que firmarme la ficha de recepción. Ah, y tengo el encargo de realizarle una serie de preguntas rutinarias.

—¿Tiene que ser ahora?

—Señor Lasa, he hecho un buen viaje hasta aquí y no me gustaría tener que volver a otra hora. En cuanto a hacer que usted tenga que venir hasta la capital solo para responder a cinco preguntas… Me parece hacerle perder el tiempo.

—Es que…

—Estoy seguro de que a su señoría no le va a gustar tener que hacerle comparecer.

Había tocado la tecla indicada. Lasa abrió las dos partes de la puerta con cierto apuro y dejó que Rubén entrase en su casa. El escritor fue hasta el salón sin que le indicasen el camino y se puso a sacar del maletín el cuestionario a rellenar mientras su víctima tomaba asiento con evidente fastidio. Todo iba como había previsto, y al dejar su moleskine sobre el regazo fingió buscar el bolígrafo en los bolsillos de su americana.

—Dios, no sé dónde he dejado el maldito boli.

—Voy a buscarle uno —se ofreció Lasa, apresurándose a levantarse.

Perfecto. Con la mano en la empuñadura de su Walther PPK, Rubén le interceptó en pleno ascenso, agarrándole por el cuello de su jersey a rayas para empujarlo contra el sofá al tiempo que le metía el cañón corto en la boca, impidiéndole gritar.

—Bien, maldito cabrón. ¿Hay alguien más en la casa? —Con cara de pánico, Lasa se limitó a negar con un gesto—. ¿Sabes por qué estoy aquí? Te lo imaginas, ¿verdad? A todo el mundo le toca pagar por sus pecados. Y tú has sido especialmente malo, Ignacio. ¿Quieres comer plomo? Porque tengo una ración para ti y muchas ganas de ver cómo te estallan los sesos. Pero eso sería rebajarme a tu nivel. Yo soy mucho mejor que un maltratador de mierda, ¿no? —Empujó hasta el fondo la pistola—. ¡¿No?!

En solo unos segundos, y con argumentos dignos de una película de acción de bajo coste, Rubén había conseguido que Lasa empezase a llorar. Unos gruesos lagrimones empaparon la tela blanca del tresillo. Su víctima estaba temblando por completo. Si se animaba un poco más podía conseguir que el maltratador se orinase encima, y aunque la estampa era tentadora el escritor no tenía todo el tiempo del mundo, por lo que pasó a la segunda fase de su interrogatorio.

—Te voy a dar una oportunidad para que sigas vivo, aunque no te la mereces. De ti

depende aprovecharla o no. Así que ahora te voy a sacar la pistola de la boca y vas a responderme a todo lo que te pregunte. No quiero mentiras, me cabrea que me mientan. Y si me intentas engañar o se te ocurre gritar… El primer tiro va a ir directo a tus cojones. Castración inmediata, como a los perros. ¿Lo has entendido?

Lasa movió la cabeza de nuevo, esta vez con un gesto afirmativo, lo que sirvió a Rubén de garantía para sacar el arma y sentarse con la mirada fija en el acobardado maltratador sin dejar de encañonarle.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? Tengo...

—¡Las preguntas las hago yo, gilipollas! Si no obedeces te van a tener que follar por el culo. ¿Eso es lo que quieres? Porque yo estoy deseando dispararte.

—Perdón…

—Oh, qué bonita palabra. ¿Es lo mismo que le dijiste a Silvia antes de ahogarla con el cojín? ¿Ella te perdonó o te escupió en la cara? Seguro que no, que fue ella la que te suplicó. ¿Verdad? —Rubén notó que Lasa se quedaba sorprendido por sus últimas palabras y eso le desconcertó. El interrogado parecía intentar reunir valor para decir algo, y finalmente habló.

—No sé de qué me estás hablando.

—Mientes. Fuiste allí por el dinero. Después de acojonarla con tus llamadas le exigiste los cincuenta mil euros para dejarla en paz. ¿Por qué no te los llevaste sin más? Querías vengarte por lo que dijo en el juicio, ¿no?

El destello en los ojos de su víctima le indicó que había tocado un punto sensible. Ahora Lasa ya parecía saber de qué Silvia le estaban hablando.

—Yo no he hecho nada.

—¡No me cabrees! ¡Tú la viste en la plaza de abastos y te acordaste de que ella consiguió que te metieran en la cárcel. ¿Qué sentiste? Imagino que toda la rabia que habías acumulado estalló en ese momento. E ideaste el plan. La mataste.

—¡No! Te juro que yo… No le haría daño.

El fuerte bofetón hizo que Lasa torciese la cara, mostrando una mejilla que enrojecía por momentos mientras Rubén intentaba controlar el intenso dolor de su mano.

—¡No vuelvas a decir eso! Ya la dejaste al borde de la muerte una vez y apenas te importó.

—Yo… Lo siento. Nunca tuve que… —Las lágrimas se hicieron más constantes, y el escritor sintió una punzada de remordimiento al comprender que nada tenían que ver con las agresiones físicas o el miedo. Lasa sentía de verdad aquella paliza que le dio a Triste y eso podía significar que sus esfuerzos por desengancharse de las drogas en la cárcel y de intentar iniciar una nueva vida eran reales.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Silvia?

—En el juicio. Hace casi siete años. Te lo juro.

—¿Qué hacías en la plaza de abastos hace dos semanas?

—Fui allí a comprar comida.

—¿Y no te cruzaste con ella? ¿No llamaste después a su casa?

—¡No! Cuando la vi declarar en el juicio quise morirme allí mismo. No me vas a creer, pero yo no me daba cuenta de lo que le estaba haciendo. Cada día me metía más y más droga y muchas veces despertaba sin acordarme de lo que había pasado.

—Bonita excusa. «Señor juez, creo que el perro mató a mi novia».

La mirada llena de rabia que Lasa lanzó a Rubén hizo que este comprendiese que hablaba en serio.

—No es que cometiera un error, es que la cagué hasta el fondo. Yo quería que el tribunal me castigase de la forma más dura, aunque el peor de los castigos fue ver a Silvia en ese estado. Los primeros días en prisión intenté que alguien la tomase conmigo, cabrearle hasta que decidiera clavarme un pincho en las duchas. Y a los presos no les faltaban ganas. Pero allí me di cuenta de algo muy importante: yo no era ese que había maltratado a la persona que más quería. Las drogas me empujaron a…

El segundo bofetón les dolió a ambos.

—¿Por qué tendría que creerte?

—Porque si de verdad sientes por Silvia lo que yo sentí en su día, y por tu actitud veo que es así, querrás encontrar al culpable. Y no soy yo. ¿Qué motivos tendría para matarla? Llevo pidiendo perdón a su recuerdo demasiado tiempo, odiándome por haber perdido a una persona tan maravillosa. Me ha costado rehacer mi vida, y cada día me avergüenzo de lo que he sido.

Un ruido en el pasillo sobresaltó a Rubén, que había bajado la guardia al oír la reflexión de Lasa. Empezaba a creer sus palabras, aunque sabía que no debía fiarse de él. Pero ahora, al descubrir que había alguien más en la casa y que se estaba acercando, el escritor levantó la pistola sin saber bien cómo actuar.

—Por favor, mátame. Acaba conmigo, pero no… —El hombre no pudo terminar su frase. Un niño de apenas dos años entró en el salón con un cuento en la mano y un peluche en la otra. El escritor se dio cuenta de que había interrumpido la sesión de lectura y el hijo de Ignacio había bajado para saber si Caperucita se libraba del lobo. Rubén se sintió tan malvado como el hambriento personaje del cuento por irrumpir en ese hogar feliz para revivir las heridas del pasado. Lasa le estaba suplicando con sus gestos y su mirada que no matase al niño, y sus lágrimas de miedo se le contagiaron.

—Papá, ¿quién es ese señor?

Lasa dudó antes de responder.

—Un amigo, Pablo. Estamos jugando a polis y cacos. Anda, sube al cuarto, que enseguida estoy contigo.

Pero el pequeño se había quedado mirando fijamente a Rubén, y no pudo evitar preguntarle cuál de los personajes era él.

—El malo, Pablo. Ve a leer el cuento con tu padre, que yo ya me voy.

El escritor se apresuró a recoger su maletín y la libreta y se marchó esquivando los ojos de Lasa, que tenían un único mensaje grabado: gracias.

Rubén cerró la puerta con la pistola aún en la mano y el rostro húmedo por el llanto. Se dejó caer sobre el cemento de la entrada, intentando controlar el odio que sentía hacia sí mismo. Ignacio le había hablado de su metedura de pata colosal, pero él no se había quedado corto. Dios, ¿a qué estaba jugando? Clara Lazkano tenía razón, solo era un estorbo en esa investigación…

—¡Alto! ¡Policía! Tire el arma y levante las manos. ¡Ya!

Aunque las lágrimas le impedían ver con claridad a la autora del aviso esa voz era imposible de confundir. El escritor obedeció a la inspectora dejando caer al suelo la pistola y enseñó las palmas a modo de disculpa. Oyó los pasos de Clara acercándose, la creyó ver recogiendo la pistola y sintió cómo le levantaba a la fuerza, empotrándolo contra la puerta.

—Inspectora Lazkano, puedo explicárselo…

—¡Silencio! —El tono autoritario que la policía había utilizado terminó de convencer a Rubén de la magnitud de sus problemas, y por eso se mostró colaborador mientras ella le cacheaba con manos expertas. Contenta de no encontrar una nueva pistola, puñales o un kalashnikov escondido en la pernera del pantalón, Clara se levantó y suspiró aliviada. Con la lección bien aprendida de la noche anterior, su nuevo detenido bajó las manos y las colocó juntas en la espalda a la espera de que la inspectora le pusiera las esposas y le leyese sus derechos. Agresión, amenazas, tenencia ilícita de armas… ¿Augusto le haría un precio de amigo o tendría que rascarse el bolsillo?

—Bueno, señor Alday, veo que no entiende un no por respuesta. —Las esposas no llegaron y Clara le hizo girar hasta estar cara a cara—. Y bien, ¿qué le ha dicho Lasa? —Aunque la policía no le estaba dedicando precisamente una sonrisa, su actitud había cambiado. ¿Acaso era un truco para que metiera la pata y se autoinculpase? Parecía sincera, aunque Rubén sabía que con ella no podía bajar la guardia.

—Preferiría que estuviese presente mi abogado, si no es mucha molestia.

Clara le miró fijamente durante unos instantes, y él sintió el duro reproche que le dedicaban esos ojos. Al final ella suspiró con resignación.

—Rubén, ahora mismo hay dos caminos posibles. He llegado hace cinco minutos y he visto desde la cristalera del salón cómo golpeabas y amenazabas al propietario de esta casa. Solo con eso un juez daría palmas con las orejas. —Había empezado por fin a tutearle, aunque eso podía ser malo—. Pero si tenemos en cuenta que el arma que tenías estaba descargada y que por la información que tengo ese cabrón se merecía que alguien le diese una lección, podríamos fingir que nos hemos encontrado casualmente por la calle y has decidido invitarme a un café y contarme qué es de tu vida.

La idea de compartir confidencias con la inspectora era muy tentadora, y la oferta añadida de olvidarse de su faceta de matón patoso convertía la opción del café en una proposición que no podía rechazar.

—De acuerdo. Aunque hemos escogido un pueblo con muy pocas opciones hosteleras para encontrarnos por casualidad.

—No te irás a poner sibarita ahora, porque en la comisaría tenemos un café delicioso.

—Entendido. Espero que en el restaurante del parador se apiaden de nosotros y nos sirvan algo.

—Hombre, si se niegan siempre puedes amenazarles con tu pistolita. Has empezado una carrera de éxito como bravucón. —Clara le dio la espalda para que no viese su sonrisa.

La noticia de la presencia de un pistolero violento debía haber corrido por el pueblo, porque el botones ataviado con una chaquetilla de terciopelo verde se ofreció al instante para salir de la recepción y hacer de barman. Aunque su prioridad era convencer a la pareja de que la mejor opción para ellos era una de las suites de lujo. Si San Román hubiese escuchado el comentario no habría podido parar de reír, pero la inspectora tenía otros planes para él. Al encontrárselo fumando un cigarro en el aparcamiento le había encomendado la misión de preguntar a Lasa sobre su vinculación con el asesinato de Silvia, de forma algo más cortés que Rubén. «Te quedas con lo más divertido», le había soltado su compañero mientras lanzaba una mirada de desdén a su acompañante. Ambos rechazaron la oferta del recepcionista con cierta incomodidad y desviaron la mirada hacia la barra. El escritor tomó la iniciativa nada más evaluar las opciones que tenían.

—Un Cardhu doble y… Clara, imagino que un café con baileys no incumplirá el reglamento.

—Dos cafés con leche y doble de sacarina. Nada más. —El camarero se rindió ante el tono autoritario de la inspectora—. Si voy a pagar yo al menos quiero tener la certeza de que no caerás desmayado en medio de la conversación —añadió con cierta preocupación por el lamentable estado que presentaba él.

Ante las quejas de Rubén, su propuesta de pagar él el alcohol y su insistencia de que no era un blandengue Clara le concedió la posibilidad de pedir un vaso con hielos para echar el café en él y hacerse la falsa ilusión de que se trataba de una copa. Resignado, el escritor se dirigió a la mesa más alejada de la barra con las dos consumiciones a cuestas. Eran los únicos clientes en el local y eso les permitía extenderse en detalles truculentos sin asustar a los parroquianos.

—Agredir a un policía y amenazar al más puro estilo *cosa nostra* a otra persona no es la mejor forma de que deje de pensar en ti como un sospechoso, aunque todo depende de lo que hayas descubierto en tu entrevista a mano armada. —La inspectora fue directa al grano nada más sentarse en la mesa.

—Estoy seguro de que no ha sido él. Cuando le he empezado a preguntar sobre el asesinato ni siquiera sabía de lo que le estaba hablando. Y no estaba precisamente en condiciones de ponerse a mentir.

—Cierto. Aún debe tener tus huellas marcadas en la cara. Con eso no le va a resultar difícil conocer tu identidad.

—¿Crees que me va a denunciar?

—Si ves llegar a Aitor con la misma sonrisa que el día en el que se abren los regalos de navidad será porque Lasa ya no está tan acobardado. ¿Cómo se te ha ocurrido venir así?

—No me quedaba más remedio.

—Nosotros nos íbamos a encargar de su interrogatorio. No hacía falta montar el numerito.

—Pero Augusto me dijo que no os iba a contar nada de esto...

—Y no lo ha hecho. Ese hombre es muy reservado en todo lo que concierne a sus clientes. Al menos cuando los que preguntan son policías. Pero siempre nos quedan los informes de la unidad especial de violencia de género, por mucho que sean archivos clasificados. La verdad es que este sospechoso promete.

—¿Más que yo?

—Hombre, si ahora me dices que piensas que es inocente… No es que tengamos una larga lista de personas que pudiesen haber asesinado a Silvia. A ver, dime cuáles son tus razones.

—Me ha quedado claro que ha rehecho su vida y que está atormentado por lo que hizo. No ganaba nada matándola.

—Primer consejo para un interrogador novato: la gente acostumbra a mentir. Aunque les estén torturando. Puede más que su instinto de supervivencia.

—Pues yo creo que era sincero.

—Y supongo que lo has comprendido al segundo bofetón.

—No. Ha sido su mirada al ver a su hijo entrando en el salón, suplicándome con los ojos que no le hiciese nada al pequeño. Alguien que se preocupa así por otra persona no puede ser un canalla. Su miedo a perder a la persona que más quería era real, y no le importaba que le matase con tal de que no tocase al pequeño.

La inspectora volvió a sentir lástima por el escritor al recordarle agazapado en una esquina, llorando tras haberlo puesto contra las cuerdas. En ese momento ella había hecho la misma reflexión sobre él.

—Vale, puede que tengas razón. Aitor hará el resto, es muy persuasivo.

—¿Haciendo de poli malo?

—No. Ese es mi papel.

—Doy fe de ello.

Ambos se vieron envueltos en un silencio incómodo de casi un minuto hasta que Clara entendió que debía dar el paso.

—Oye, Rubén, lo siento mucho. Te lo juro. Creía que eras el asesino y que estabas jugando conmigo. No pensé que fuese a hacerte tanto daño. Si hay algo que pueda hacer para compensarte...

Él no dudó en aprovechar la oportunidad.

—Acéptame como compañero ocasional. Por lo que he oído se os ha quedado una plaza vacante en el equipo. Y no os voy a costar dinero.

Aunque la inspectora ya tenía decidida su respuesta dejó pasar unos segundos mientras evaluaba los riesgos.

—Coincido contigo en que va a ser la mejor opción. Así podré vigilarte y evitaré que

vuelvas a meterte en líos. Y tal vez consiga que en la cena de navidad tus familiares no unten tu hígado en panecillos.

—¿No podemos obviar esa parte?

—A cualquier agente se le exige lo mismo. Nada de alcohol.

—Kevin se perdió esa clase en la academia.

—Y por eso asuntos internos se está frotando las manos al leer mi informe.

El escritor se dio cuenta de que aquella era una batalla perdida, así que se resignó a beber a escondidas por las noches en su terraza.

—Me rindo. Pero cuando me veas sufrir y suplicar por una gota de martini espero que se te ablande el corazón.

—Supongo que el sacrificio que vas a hacer merece tener que aguantarte. —Clara brindó con su taza de café, sellando el trato—. No hagas que me arrepienta.

—Te aseguro que no te voy a decepcionar. Pero necesito preguntarte algo. ¿Por qué cedes ahora? Anoche estabas completamente convencida de lo contrario. Y no me digas que es para controlarme. —Nada más terminar su pregunta se dio cuenta de que había puesto a Clara en una situación delicada. Ella reflexionó antes de responder.

—Antes, al verte interrogando a Lasa, me he dado cuenta de lo importante que es este caso para ti. No entiendo cuál puede ser la razón, pero sé que estás decidido a encontrar al culpable. Y si eso lo podemos hacer juntos, mucho mejor. Aunque antes tengo que pedir permiso a mis superiores. No te puedo confirmar nada hasta bien entrada la tarde.

—¿Estás segura de que puedes fiarte de mí?

—Tengo que reconocer que lo que ha hecho que me decida ha sido ver cómo te desenvolvías cuando ha entrado el chaval. Pocas personas habrían actuado en una situación tan tensa como lo has hecho tú. Y entre ellas nunca estaría un asesino.

—Muchas gracias, Clara.

—Perdonad que interrumpa vuestra charla. —Ambos se sorprendieron al encontrar a Aitor San Román a su lado—. He terminado de interrogar al sospechoso y su coartada es firme. Esa noche era el segundo cumpleaños de su hijo y organizaron una fiesta en su casa. Además de la esposa lo confirman algunos vecinos que fueron invitados. Él no pudo matar a la chica, por lo menos no directamente. Por cierto, ¿sabéis qué le ha pasado? Cuando he llegado estaba temblando y tenía la cara hinchada, y al verme ha empezado a llorar. —El inspector clavó su mirada en Rubén.

—Nada que no haya tenido ocasión de denunciar. —Clara zanjó el debate, terminó el café de un trago y se levantó para acompañar a su colega rumbo al coche—. Rubén, te llamo con lo que sea.

—¿Tienes mi número? —La sonrisa de respuesta de la policía dejó claro que no solo lo tenía, sino que le habían pinchado el teléfono. El escritor se alegró de estar en su bando.

La vuelta a casa se le hizo lenta y pesada. Estaba avergonzado por lo que había hecho a la tarde y quería desahogarse en compañía de una botella de tequila, sal y limón. Pasó por

una tienda de *delicatessen* nada más aparcar el coche y escogió la mejor marca disponible tirando de tarjeta de crédito. De regalo, cómo no, los accesorios y una efusiva despedida comprensible por las tres cifras del ticket. Con ese quitapenas en una bolsa de tela caminó hasta su portal, ansioso por arrancar el tapón a la botella. Pero mientras subía en el ascensor se dio cuenta de que necesitaba que alguien le acompañase en su momento de lamento y buscó en la agenda del móvil ese número reservado para las ocasiones especiales.

—Hola, soy Rubén. ¿Podrías pasarte por mi casa sobre las diez? Vale. Muchas gracias. Te estaré esperando.

A Clara no se le iba a olvidar tan fácilmente la mirada de «te has vuelto loca» que le había lanzado el comisario responsable de la sección de Investigación al proponerle la incorporación de Rubén como asesor independiente en el caso. Esa figura era una posibilidad para las investigaciones más complejas, aunque el listado de expertos aceptados para ello no incluía a un escritor de novela negra. Y menos uno que había sido sospechoso de ese crimen. La inspectora se había quedado sin argumentos para defender su propuesta, y cuando ya estaba todo perdido Aitor había intervenido para recomendar al escritor como «un excelente investigador de campo al que no tendremos que pagar». Estaba sorprendida por ese inesperado apoyo, que había permitido que el veredicto fuese favorable, y no sabía cómo agradecer a su compañero el enorme sacrificio que había hecho.

Ninguno de los dos se refirió al tema hasta que se sentaron frente a la barra del Basajaun. Aunque no era el bar donde se reunían todos los policías al terminar su turno, ambos preferían el acogedor local y la buena conversación con el propietario del restaurante a tener que escuchar a otros agentes protestar por los casos de su jornada. Además, los pinchos que preparaban a esa hora en la cocina bien merecían un par de estrellas Michelín y el maridaje con una cervecita helada convertían al Basajaun en un pequeño paraíso para hablar tranquilamente y relajarse.

El pedido llegó, desprendiendo un aroma irresistible, y fue entonces cuando Clara se sinceró con su compañero.

—Muchas gracias por tu apoyo, Aitor. Jamás pensé que quisieras tener a un civil como acompañante. Y menos a uno que ha sido periodista y ahora escribe novelas.

—Bueno, no es que sea exactamente un plumilla. Tú no lo has conocido porque llevas dos años en la unidad, pero para muchos de los compañeros Rubén Alday es lo más parecido a un colega de profesión. Tiene una buena experiencia en eso de meter las narices donde no le llaman y atar cabos. Y lo bueno es que no suele equivocarse.

—¿En serio?

—Ahora ya no hay tantos asesinatos por aquí, pero antes cada vez que teníamos un caso complicado él era el encargado de cubrirlo para el *Crónicas*. Se entregaba a esa investigación en exclusiva y buscaba lo que el resto de policías se habían dejado por el

camino. Y en cuanto encontraba algo nuevo no dudaba en compartirlo con los agentes, antes incluso de publicarlo. Si era un dato clave retenía la noticia el tiempo que hiciese falta para no perjudicar el caso. Y ellos le correspondían ofreciéndole todos los datos que podían. Se ayudaban mutuamente.

—Vaya. Ahora es cuando me vas a confesar que has sido su topo en la Ertzaintza durante años.

La mera insinuación ofendió a San Román.

—¡No me insultes así! Por mucho que el resto de agentes fuesen permisivos yo no le pasé ni una. A ver, agradecía la información que nos traía, pero odiaba sus métodos. Y una vez me hartó tanto que acabó pasando la noche en el calabozo.

—¿No fuiste demasiado duro?

—Al contrario. Se hizo amigo de un par de detenidos y los incorporó a su lista de confidentes. Si lo llego a saber…

—Pero antes has dado la cara por él.

—Clara, este caso es una jodida mierda. No tiene ni pies ni cabeza y nuestros sospechosos se van cayendo de la lista. El que mejor pinta tiene es Rubén, pero tendré que fiarme del «instinto Lazkano» y dejarlo en paz. De momento. Falta saber si Lasa recurrió a un sicario, pero veo complicado que lo logremos. Así que si a un tío que se mueve por los bajos fondos y, pese a su alcoholismo, es capaz de seguir pensando como un policía se le ocurre ofrecerse a echarnos un cable no le voy a decir que no.

—¿Y por qué está tan interesado en Silvia? Es algo que no comprendo. Y luego está su adoración a la bebida… ¿Cómo ha podido caer tan bajo?

—Creo que tengo la respuesta a eso. —Aitor dudó antes de compartir su información con Clara—. Hace algo más de dos años él estaba en la cima. Cuatro *best sellers*, firmas de libros por todo el país, propuestas para hacer una película con *Palabra de Dios*… Un éxito que se juntó con su inminente boda. Estaba a punto de casarse con el amor de su vida. Alday había conseguido todo lo que quería en un tiempo record, y nunca se le ocurrió pensar que podía derrumbarse en un solo instante.

—¿Qué pasó? —Clara estaba intrigada.

—Su novia, Eva, desapareció una semana antes del gran día. Él llegó a casa tras pasar un fin de semana en Madrid en un acto de promoción y se encontró con el armario vacío. Se había llevado todas sus pertenencias y no había dejado una nota que explicase las razones de su marcha. Él creyó que se trataba de un secuestro. Tras comprobar que el móvil de la chica estaba permanentemente apagado esperó cinco días a que alguien llamase para pedir un rescate. Habló con los conocidos y familiares de Eva, pero ninguno le supo decir si ella quería marcharse por algo en concreto.

—¿Por qué no acudió a la policía?

—Creía que la matarían si daba ese paso. Además, pese a sus sospechas todo indicaba que su desaparición había sido voluntaria, así que la investigación no iba a cuajar por mucho que insistiera. Pero al sexto día venció sus miedos y se presentó en el despacho de

Anitua, el antiguo comisario. Estaba completamente desaliñado, con pelos de loco, y llevaba el traje sucio y arrugado. Quienes lo conocíamos nos asustamos al verle así, y aunque el jefe le dijo que tenía las manos atadas los compañeros nos volcamos en investigar por nuestra cuenta lo que había pasado. Se lo debíamos. Y tampoco se podía descartar la posibilidad de que él fuese el responsable de esa desaparición.

—¿Fue considerado sospechoso?

—Era el procedimiento habitual. Se investigó en su entorno, buscaron posibles evidencias de malos tratos y la existencia de amantes… Por ese camino no se sacó nada, y se pasó el aviso con su foto al resto de cuerpos policiales. Teníamos la matrícula de su coche, el DNI… Comprobamos que no había salido del país, pero tampoco supimos dónde podía estar hasta que un juez amigo de Rubén nos autorizó a hacer el seguimiento de sus cuentas bancarias. Si te marchas por voluntad propia necesitas dinero. Y ella había sacado el suyo de su cuenta en la Vital para ingresarlo una semana después en CajaSur. Una simple llamada bastó para obtener su dirección en Sevilla y los compañeros de la Nacional le hicieron una visita para preguntarle los motivos de su huida.

—¿Y qué les dijo?

—Nada interesante, por lo menos en cuanto a un posible delito. Era mayor de edad y libre para rehacer su vida lejos de los focos de la fama a los que su pareja la había expuesto. Ella odiaba que la prensa estuviese pendiente de ellos y sabía que tras la boda la cosa iba a ser peor. Por eso renunció al amor que sentía y se rindió al deseo de convertirse de nuevo en una persona anónima. Obviamente, la decisión de todos los compañeros fue no contarle esto a Rubén y explicarle solo que la habían encontrado y estaba bien, pero que no quería verle. No se sabe cómo consiguió la dirección y se fue hasta allí para intentar convencerla de que volviese a casa. No le dio resultado, porque a los dos días estaba de vuelta, solo y destrozado. Algunos hablaron de organizar una cena con él para animarlo e intentar encontrarle una nueva pareja. Les dejó plantados en el restaurante. Durante tres meses se encerró en su piso, haciendo los pedidos de comida y alcohol por internet. Algunas noches los vecinos llamaban para alertar de ruidos en la casa, como si alguien se estuviera peleando, y las patrullas que llegaban allí se encontraban con botellas y platos rotos, un hombre con mirada de loco y lágrimas en los ojos.

—Dios… Se odiaba a sí mismo, quería destruirse.

—Esa fue la peor fase. Cuando la superó llamó a una empresa de limpieza para que adecentasen el piso, se rascó la roña acumulada en el cuerpo y salió por fin a la calle. Lo primero que hizo fue entrar a un bar. Se hizo la ruta completa del Casco Viejo sin caer rendido, supongo que porque su hígado ya se había acostumbrado con tanto autocastigo. Se esforzó en evitar a sus amigos y se centró en empezar un nuevo libro, creo que lo quería llamar *A golpe de porrón*. Y así ha seguido durante todo este tiempo, sin levantar cabeza ni encontrar un motivo por el que vivir.

Clara no necesitaba más datos para entender por qué el escritor estaba dispuesto a llegar hasta el final con el asesinato de Silvia. La breve conversación que tuvo con el camarero

del Kupula le había servido para comprender el interés que Rubén sentía por su víctima: para él suponía el camino hacia una nueva vida. La chica no era solo alguien que le atraía físicamente, sino su salvavidas. La oportunidad de encontrarse a sí mismo de nuevo. Y alguien había asfixiado su única esperanza.

La inspectora había descubierto aquella cruz que arrastraba el escritor, sus motivos para encañonar a alguien y su necesidad de descubrir al asesino. Quien había matado a Silvia había terminado de hundir al pobre hombre. Y ahora su única oportunidad de encontrar la luz empezaba con el encuentro que ella había programado a las doce de la mañana en el piso de la víctima para que Rubén se sumergiese en el terreno antes de empezar a indagar. Recordó el «Nos vemos allí. Muchas gracias» de respuesta a su SMS y se arrepintió de no haber llamado para preguntarle cómo se encontraba. Con lo que sabía ahora ya no iba a poder mirar igual a Rubén. «Pobre hombre», pensó antes de dar un largo trago a su cerveza.

El vestido corto de Svitlana se ajustaba a sus exuberantes curvas a la perfección, y don Isidro estuvo a punto de sufrir un infarto al verla salir del ascensor. Por mucho que reprochase a su díscolo vecino la mala vida que llevaba, los recuerdos de su ya lejana etapa de galán le advertían que la moza estaba de muy buen ver. Al veterano cascarrabias no le habría importado echar mano a los ahorros de la caja de galletas para tener una noche de pasión con ella en vez de espiar su escote desde la mirilla. Por eso, al ver que Rubén abría la puerta y ambos se fundían en un abrazo Isidro Ventura reafirmó su odio hacia el escritor. Sobre todo cuando este levantó la mano y le saludó con picardía. La puerta del piso se cerró mientras el anfitrión engatusaba a la deslumbrante rubia con unos cuantos piropos.

—Hoy estás más radiante que nunca, Svitlana.

Ella encogió sus hombros desnudos, esquivando las seductoras palabras del escritor, y se dejó caer en el enorme butacón de cuero blanco que él le reservaba en cada una de sus visitas. Tuvo que esperar allí a que Rubén volviese de la cocina con su bandeja repleta de rodajas de limón, un salero y dos vasos largos de chupito.

—¿Tequila? ¿Qué te dije sobre tu espiral de autodestrucción la última vez que nos vimos, Rubén?

Svitlana sabía que su consejo iba a caer en saco roto, aunque se alegró de poder lanzarlo. En su trabajo como prostituta de lujo no tenía muchas posibilidades de decir a los clientes cómo debían llevar su vida. El escritor murmuró algo antes de servirse el primer trago y rematar el chute de alcohol con el mordisco a la rodaja de limón, y ella sonrió al ver su cara de niño malo al que acaban de pillar en una travesura.

La joven ya sentía admiración por el prestigioso escritor mucho antes de que este estuviese a punto de golpearle con su deportivo en la rotonda de Abetxuko tras una noche de mala borrachera. Ella había aprendido el castellano gracias a las truculentas novelas de Rubén Alday y las lecciones de un maestro jubilado que la había tomado bajo su

protección al llegar desde Ucrania. Cuando el Audi TT frenó a pocos centímetros de su rodilla ella empezó a golpear la carrocería del coche con su bolso al grito de ублюдок (cabrón), y se quedó de piedra al ver salir del coche al hombre que aparecía en la contraportada de sus libros favoritos. Él se tambaleaba, intentando encontrar las palabras para pedir perdón, y ella no dudó en sentarlo en el asiento del copiloto y conducir hasta un hotel barato para acompañarlo mientras dormía la mona.

Cada vez que recibía una de sus llamadas no podía evitar recordar la cara de susto que puso cuando despertó y se encontró en una cama desconocida, siendo observado por una prostituta que lo primero que hizo fue pedirle un autógrafo. Rubén era el único de sus conocidos que sabía que se había licenciado en psicología en Ucrania, y su amistad se había convertido en una especie de terapia en la que ella escuchaba las preocupaciones del escritor y le ofrecía sus consejos. Por su parte, él había luchado por sacarla de la calle, y ante su negativa a abandonar el oficio se encargó de recomendarla a clientes de alto standing. Era su forma de devolverle el favor, garantizándole que ya no tendría que correr riesgos cada vez que realizase un servicio. Ahora ella escogía a sus clientes, tenía control sobre ellos y ganaba lo suficiente como para haber dejado la mala vida a un lado.

—Si me quitas esto, ¿qué me queda?

—¿Toda una vida por delante?

—No sé para qué te llamo si ni siquiera tú me comprendes… —El escritor solía fingir ese abatimiento para hacer que ella sonriese, además de llamarla «pequeña conciencia rubia» y hacer malabares con los vasos. Un intento sutil de que olvidase sus esfuerzos de llevarlo a un estilo de vida más sano. Por eso Svitlana se rindió, esperando que él se decidiese a compartir sus inquietudes.

Rubén no tardó en arrancar con el relato de sus recientes problemas con la policía, llegando hasta el momento en el que jugó a ser cartógrafo con la cara de Kevin. Ella le escuchó sin apenas moverse, analizando cada uno de sus gestos y reprochándole con un leve carraspeo cada nuevo chupito.

—Si esa inspectora te conociese de verdad sabría que no eres un asesino.

—Eso mismo habría dicho yo, al menos hasta esta tarde. Svitlana, hoy he estado a punto de matar a un hombre inocente. Y lo peor es que deseaba hacerlo. —El escritor le describió con todo lujo de detalles su encuentro con Lasa, avergonzado por su comportamiento.

—Pero eso no significa que seas una mala persona. Cuando alguien se enfrenta a una situación límite hace cosas movido por la desesperación, la rabia o el dolor. Y no se le puede juzgar por ello. Rubén, has dado ese paso porque has vivido un momento traumático. Sé lo importante que era Triste para ti porque no es la primera vez que hablamos de ella. Y si yo estuviese en tu situación… Habría hecho lo mismo.

—Fíjate, somos dos honorables criminales. Como Bonnie y Clyde. —Rubén brindó en el aire, celebrando su cinismo, aunque se contuvo al ser reprendido por su terapeuta.

—Pero tú no mataste a Triste. Tienes que tener eso claro.

—Tampoco hice nada por evitarlo.

—¿Qué podías haber hecho? No estaba en tu mano.

«Eso no es del todo cierto», pensó Rubén al recordar las palabras de Augusto sobre la admiración que Silvia sentía hacia él. Podía haber estado a su lado, protegiéndola. Esa era la parte que había omitido en su relato con la ilusa esperanza de conseguir borrarla de su mente si fingía que ese sentimiento mutuo nunca existió.

—Tienes razón, aunque no puedo dejar de culparme por ello.

—No, Rubén, no te estás culpando por perder a Triste. Por lo menos no solo por perderla a ella. Necesitas superar lo de Eva, pasar página y centrarte en escapar de tu calvario.

—¿Acaso no nos castigamos todos por lo que no somos capaces de hacer? —El escritor sabía que aquel era un dardo envenenado, ya que Svitlana se flagelaba con su trabajo para intentar reprimir lo que sentía por él. Su relación era demasiado compleja, estaba totalmente alejada de los convencionalismos y ambos sabían que una vida en pareja era imposible por mucho que fantaseasen con ello. Rubén sentía un respeto absoluto por esa tenaz superviviente, y ella lo admiraba demasiado como para atreverse a descubrir que no era el príncipe azul con el que había soñado toda su vida. Ninguno de los dos respondió al ataque, lo que dio tiempo al anfitrión para rematar la botella de tequila.

—Anda, cuéntame qué te parece esa inspectora de la que me has hablado, la tal Clara. —La chica retomó la sesión antes de que volvieran a encallarse en uno de sus silencios incómodos.

—Es la persona más compleja que he visto en mi vida. Juraría que me odia, que me considera alguien que le estorba en su camino, pero hay momentos en los que descubro compasión bajo su coraza. No sé, a pesar de todo creo que la admiro. Pero sigo sin entender por qué ahora quiere que le eche un cable.

—Parece que pese a lo dura que crees que es ha comprendido que eres inocente y que puedes ayudarle en la investigación. No hay razones para sospechar que sea una trampa.

—¿Estás segura?

—Tienes que dejar de pensar en negativo sobre todas las personas que te encuentras en tu vida. No te van a traicionar. Además, tú mismo has reconocido que solo está haciendo su trabajo.

—Sí, y si yo fuese policía tampoco lo dudaría. Todo está en mi contra y golpear a su compañero no ayudó precisamente. Pero es que la que he liado ahora ha sido mucho más grave, y en vez de detenerme me ha tendido la mano para que la próxima vez que juegue a inspector le pueda servir de ayuda. No sé, por un lado estoy deseando poder confiar en Clara, pero mi instinto me dice…

—Tu instinto se ha equivocado otras veces. No hace falta que te lo recuerde.

—Y esto me lo dices cuando me he acabado la bebida… —Se levantó en dirección al mueble bar dispuesto a escoger un sustituto para el tequila. Le tocó el turno al Cutty Sark, y tras llenarse un vaso de tubo hasta el borde volvió a la sesión de terapia—. Hasta ahora la única persona que ha confiado ciegamente en mí ha sido Augusto. Es un buen hom…

Svitlana, ¿qué te pasa? —Había vuelto a notar cómo ella torcía el gesto al escuchar el nombre del abogado.

—No es nada… Solo una tontería. Pero es que cada vez que lo mencionas me acuerdo de alguien.

—¿De un cliente? No creo que Augusto sea de los que… Parece un perfecto caballero, siempre atento.

—¿Algo canoso y muy musculoso?

—Sí. —La confirmación hizo que la chica palideciera—. ¿Es él? —preguntó el escritor, intrigado.

—Rubén… Ese hombre no es trigo limpio. Por lo menos no la faceta que conozco de él. No puedes confiar...

—¿Por qué? —Rubén era incapaz de entender el temor que sentía la chica.

—Antes de que pudiese escoger a mis clientes hice cosas terribles. Demasiado sucias incluso para una puta barata. Necesitaba el dinero y Augusto siempre venía con la cartera llena. Era el cliente que más odiaba, pero cuando estaba sin blanca esperaba que se pasase por la rotonda. Él… no podía…

—¿Qué te hizo, Svitlana? —Rubén se acercó hasta ella y dejó que le agarrase el brazo. Se aferró a él con fuerza. Estaba temblando de puro terror y el azul intenso de sus ojos se había empañado por las lágrimas que luchaban por salir.

—Eran juegos de torturas. Reales. Sumisión, dolor, sexo duro. La peor pesadilla para cualquier mujer. Pagaba por días y en ocasiones podía estar una semana entera sin parar. Algunas compañeras no aguantaron aquello y se marcharon de la ciudad para evitar que él las encontrase. Mil euros por sesión… Era calderilla a cambio de lo que pedía.

—¿Dónde os llevaba?

—No lo sé. Era un pueblo, íbamos directamente en su coche hasta allí. Por mucho que gritásemos nadie nos podía oír, estábamos en un sótano. Alguna vez llegué a pensar que no salía viva de aquella casa. Y me planteé… —Svitlana no fue capaz de terminar la frase y Rubén la estrechó en sus brazos.

—Tranquila. Ahora estás conmigo.

Pasaron varios minutos hasta que ella se relajó, y entonces se bebió de un solo trago la copa del escritor, intentando que su fuerte carga etílica prendiese fuego a los recuerdos.

—¿Sabes? —habló en un susurro, como si se sintiera culpable de lo que estaba a punto de decir—. Cuando se olvidó de mí pensé que había sido un milagro. Pero fui una idiota.

—¿Por qué?

—En ese momento decidió que las morenas menuditas le gustaban más.

Los dos se abrazaron en silencio, intentando digerir la parte de esa confesión que afectaba a cada uno de ellos.

En la lista de asuntos pendientes de Rubén había un nuevo nombre.

Capítulo 9

Haciendo gala de su puntualidad extrema, Clara aparcó el coche y se dirigió hacia la urbanización de Silvia cuando aún faltaban quince minutos para su encuentro con Rubén. Siempre le había gustado llegar antes de la hora, y en esta ocasión prefería estar un tiempo a solas en el piso de la víctima para reflexionar sobre cómo abordar su nueva colaboración con el escritor. Pero al verle apoyado en la verja que rodeaba los bloques de pisos del Paseo de la Música supo que no tendría tiempo de subir a echar un vistazo y preparar la casa. No había imaginado que pudiese ser tan puntual y tuvo que levantar la mano para saludarle cuando él la reconoció. Al alcanzar su posición ambos se dieron la mano.

—¿Siempre llegas tan pronto a todos los sitios?

—Quería estudiar antes el terreno para hacerme una idea de lo que pudo pasar. No sabía que tuviesen cámaras de vigilancia —se justificó él señalando los aparatos que se repartían a lo largo de la zona ajardinada.

—Yo también me hice ilusiones cuando las vi, pero las cámaras son falsas. Las tienen ahí para espantar a los intrusos. Sí, parece increíble —añadió al ver la expresión de incredulidad de su nuevo compañero.

—Adoro a los ricos que racanean en las cosas más necesarias. ¿Cómo se han tomado que se cometa un crimen en su portal? ¿Temen que eso haga bajar el valor de sus apartamentos? —Rubén no podía ocultar su enfado mientras Clara abría la puerta y le guiaba hasta el portal correcto de la urbanización privada.

—Creo que alguno de ellos sintió la muerte de Silvia.

—¿Y no oyeron nada? ¿Ni el forcejeo?

—Al contrario de lo que tú piensas de tu querido don Isidro la gente normal no se preocupa de las idas y venidas de sus vecinos. Además, aunque parezca extraño ella no se resistió. No encontramos indicios defensivos ni tampoco restos de drogas que pudieran servir de sedante.

—¿Me estás diciendo que no atacó a su agresor? Eso es imposible, en una asfixia el mismo instinto de supervivencia hace que la víctima patalee, muerda la almohada, intente arañar... No pudo rendirse sin más.

—¿A cuántas mujeres has ahogado para dar forma a esa teoría? —La inspectora se permitió la broma al salir del ascensor. La puerta precintada les recibió en el descansillo y

Clara cortó la pegatina de la Ertzaintza con un cutter al tiempo que ofrecía al escritor un par de guantes de látex—. No puedes tocar nada ni apoyarte en ningún sitio. No debes contaminar la escena del crimen.

La llave abrió sin problemas. Atravesaron el pasillo a oscuras hasta que Clara encontró el interruptor y sus ojos descubrieron la galería que distribuía el apartamento. La estancia, un largo pasillo con paredes de color granate, agradó a Rubén, que no perdió detalle de los cuadros que adornaban el camino.

—Fíjate, las mejores obras de Eusebio Rivas. Y Silvia le seguía los pasos, aunque en abstracto. —Una de las pinturas, firmada con una estilizada S, le había fascinado. «Sería interesante hablar con Augusto para ver si puedo comprarla», pensó el escritor justo antes de recordar su reciente odio hacia el abogado. Tal vez cuando tuviese sus tripas en la mano este aceptase su amable petición de adopción del lienzo. Pero no, ya no podía actuar por libre. Tenía que comentarle a Clara lo que había descubierto la noche anterior. Se giró con intención de explicarle sus sospechas, pero ahora ella parecía demasiado ocupada buscando algo en su bandolera.

—Toma. —Consiguió arrastrarlo desde el pasillo hasta el salón—. Son las fotos de cómo estaba todo antes de que los de la científica se dedicasen a la rapiña.

Antes de coger el fajo de papeles Rubén se deleitó contemplando la lujosa estancia, que tendría unos cuarenta metros distribuidos en tres zonas: salón comedor, pequeño despacho repleto de libros y área artística con varios lienzos en blanco y un caballete esperando a su dueña. Todo estaba decorado con muy buen gusto y había sido diseñado para que fuese la parte más acogedora del hogar, un sitio en el que refugiarse y disfrutar de la soledad. Desde luego, no era un lugar para morir.

Y, sin embargo, su Triste había terminado de apagarse sobre ese sofá. Desanimado, el escritor se centró en las fotos, en las que se veía una mesa puesta con el codillo frío y los cubiertos sin usar, las dos copas de vino sobre la mesita del salón y primeros planos del funesto cojín.

—¿Había preparado una cena romántica?

—Eso parece. Tampoco forzaron las cerraduras, por lo que suponemos que conocía a su asesino.

—O se trata de un maldito montaje. —Rubén intentó dejar a un lado su teoría sobre Augusto, al menos de momento.

—No lo creo. Por mucho que limpiasen a fondo las copas está claro que Silvia bebió de una de ellas. Había restos de vino en su estómago.

Aunque le doliese admitirlo, la teoría que barajaba Clara era buena. Rubén intentó imaginar cómo se habría producido ese encuentro y se acercó hasta la puerta de entrada para tratar de situarse dentro de la escena.

—Si sucedió como dices, Silvia habría acudido a la llamada del timbre. Le abrió la puerta sin dudar, ya que le conocía. —El escritor realizó la misma acción, encontrándose con un descansillo vacío—. Puede que le diera un abrazo, que le ayudase a quitarse la

chaqueta y la guardase en el armario de la entrada. Quizá eso dejó fibras en su ropa.

—No se encontró nada en el examen de su vestido.

—Entonces vuelven juntos hasta el salón, donde les esperan las copas de vino. Ella le ofrece una, brindan por estar juntos mientras él mira de reojo la mesa puesta. «Silvia, ese plato tiene una pinta estupenda», le dice, y ella se sonroja por el halago. Intenta disimularlo con un trago largo de su copa, pero él lo nota. Tal vez eso le hace sentirse un hipócrita, porque no tiene intención de probar la comida. Solo ha venido a matarla.

Rubén necesitaba una pausa para coger aire. Sentía que la inspectora estaba pendiente de su escenificación y oía el sonido de su bolígrafo rasgando las hojas de una libreta. Estaba tomando notas.

—¿Cuánto tiempo le da de tregua? Hablan durante un rato de sus intereses comunes mientras Silvia le regala una de sus escasas sonrisas. Ella consume su copa, se sirve otra y de repente se da cuenta de que él apenas ha bebido. «¿Te pasa algo?», le pregunta. Teme haber hecho algo mal, pero su asesino resta importancia a ese detalle. «No es nada, no tengo mucha sed», se excusa mientras su mano busca el cojín que hay a su espalda. Lo coge con cuidado, se acerca hasta estar a unos centímetros de ella y entonces salta sobre su cuerpo menudo. Silvia se sorprende, no entiende qué sucede pero no opone resistencia. Solo desea que acabe cuanto antes y muere con la amarga certeza de que él también le ha traicionado.

Pese a su fría objetividad a la hora de describir lo que se imaginaba, cuando terminó su observación estaba temblando. Clara le ayudó a sentarse sobre uno de los sillones que completaban el mobiliario del salón y fue a la cocina en busca de un vaso de agua. Rubén lo apuró de un trago e intentó recobrar la calma.

—Parecía que lo estuvieses viviendo, era muy detallado. —La inspectora lanzó el comentario con cierta intención, ya que el realismo de su relato le había inquietado.

—En cierto modo, sí. Al menos es como yo hubiese hecho que actuasen unos personajes en esa situación. Puede que me equivoque, pero si no hubo signos de violencia, si los dos bebieron del vino...

—Siento haberte puesto en esta situación.

—No te disculpes. Es algo que debo hacer, aunque sea una tortura. Porque nos sigue faltando un nombre. —Era incapaz de apartar de sus pensamientos el del abogado—. Es más, ¿de dónde sale este misterioso novio si Silvia no se atrevía a confiar en nadie? ¿Cuándo conoció a míster perfecto? Porque no me creo esta escena de parejita feliz.

«O no quieres creértela», pensó la inspectora.

—Rubén, ahora necesito que me digas qué ves en esta escena. Lo que más te llame la atención.

—Pues..., ¿qué vino bebieron?

—No estamos aquí para hacer una cata con lo mejor de su bodega —le reprochó Clara, sorprendida por la pregunta.

—No es por eso. El vino trae consigo una escala social de aprecio. Cuando vas a cenar

con tus suegros llevas una botella que se deja beber, pero no muy especial. A casa de unos amigos llevas algo mejor, con el jefe tiras la casa por la ventana, y con tu pareja... Es un momento muy especial, porque en una cena romántica lo que quieres es que todo sea perfecto. Escoges el mejor, el que gusta a ambos, y no hace falta que nadie lo lleve porque siempre hay un par de botellas en cada casa. Pero si has preparado un montaje el vino es lo que menos te preocupa. Coges la primera botella que ves sin reparar en su calidad. Ahí puede estar la clave.

—Vale, te creo. Era una botella de… —Clara consultó el informe—. Petrus de 1950, creo que es un burdeos.

—¿Estás de broma? Eso no es un vino, es el néctar de los dioses. —Corrió a la cocina y comprobó la vinoteca, que tenía diferentes cosechas del burdeos y botellas de otras marcas. Todas exquisitas y muy exclusivas, aunque la encontrada en la escena del crimen era la mejor—. No puede ser, lo que hay ahí solo se consigue de la mano de profesionales dedicados en exclusiva a su venta.

—¿Tan especial es?

—Imagínate, cada botella del que encontrasteis cuesta más de cinco mil euros. Y a pesar del precio cuando lo bebes piensas que ha sido una ganga. A esto sí que se puede llamar la sangre de Cristo. Adiós teoría del montaje.

—Quién me iba a decir que el vino sería una de las claves de la investigación...

—Pero esto nos deja con la misma duda. ¿Quién es este novio misterioso, o ese mejor amigo con tendencias homicidas? —El silencio ahogó su reflexión durante unos segundos —. Ella dejó de tener miedo a Lasa una semana antes de morir, justo cuando pidió el dinero. ¿Contrató a un guardaespaldas? No, eso no encaja con su forma de ser, y le habría acompañado al Kupula. ¡Espera! Tuvo que escribir algo sobre él en su diario. ¿Sería posible echarle un vistazo?

—¿Te refieres a su agenda azul? Cuando la revisamos no vimos nada que apuntase a...

—¡No! Hablo de su diario, un cuaderno de piel bastante grueso. Ella lo llevaba siempre al bar, solía tomar notas en él. Pero alguna vez vi que tenía páginas escritas por completo y sospeché que se trataba de su diario personal. ¿No lo habéis encontrado en el registro?

La negativa de Clara terminó con su euforia. Si los investigadores no tenían esa libreta las pistas se acababan ahí. Seguramente el asesino se la habría llevado, consciente de que las reflexiones de Silvia podían incriminarle. Pero Rubén se negó a asumir esa derrota. El salón era demasiado grande y las cosas más íntimas solían guardarse en cajones o estanterías, nunca a la vista de las visitas.

—¿Mirasteis en el escritorio?

—Pues... Supongo que echarían un vistazo, y aunque no solemos llevarnos todos los objetos personales que encontramos te aseguro que los agentes no pasarían por alto un diario.

—¿Estás segura de ello?

La inspectora no respondió. Ella no había hecho el registro y no se atrevía a afirmar

nada. Él notó sus dudas y los dos fijaron sus miradas en el escritorio. Avanzaron hasta el mueble dispuestos a hurgar en su interior. Pero ella le detuvo antes de que pudiera posar sus manos sobre el cierre de los cajones.

—Sé que quieres ayudar, pero tengo que buscar yo sola. Si lo encuentras tú tendría que reflejarlo en mi informe, y cualquier abogado defensor exigiría que se invalidase esa prueba. ¿Lo entiendes?

El escritor se vio obligado a darle la razón y, aunque estaba impaciente por saber si dentro de los seis cajones de aquella mesa se encontraba el punto y final de la investigación, se quedó al margen mientras Clara abría uno de ellos y revolvía su interior de forma concienzuda. Pero el papel de espectador empezó a aburrirle, por lo que se dio la vuelta hasta encontrarse frente a una de las estanterías donde Triste atesoraba sus libros. Para un novelista la posibilidad de espiar la biblioteca de una mujer era como contemplar una parte de su alma, y la primera impresión que tuvo Rubén fue que la joven tenía su lado oscuro. Solo coleccionaba novela negra.

Lo había intuido ya a través de su discreta vigilancia en el Kupula, pero toparse con más de mil novelas le provocó envidia. Ni siquiera él tenía tantos libros en casa, aunque la mayor parte de los de Silvia ya los había leído. Descubrió algunas de sus historias favoritas entre ellos, y lamentó que el destino les hubiese negado compartir una amena tertulia literaria sobre ellos. Aunque seguramente ella hubiese preferido hablar de la colección que ocupaba una de las baldas, apoyada sobre unos sujetalibros de diseño. Eran las novelas que él había escrito, y cuando se acercó hasta su hueco descubrió algo extraño en la balda.

Silvia tenía dos ejemplares de la primera edición de *Palabra de Dios* y uno de ellos había sido leído muchas más veces que el otro. Sospechando los motivos de su excesivo uso, cogió el libro que le había llamado la atención y lo abrió. La dedicatoria que encontró en ella acabó de desanimarle.

—Rubén, ¿recuerdas que te he dicho que no tocases nada? Pues ese libro también está incluido dentro de la palabra nada. —Clara se había colocado a su lado y llevaba las manos vacías. Pese al comentario su tono de voz no indicaba enfado.

—Mira. —El escritor le acercó el libro y ella leyó las frases manuscritas.

—«Para Silvia, que da vida a esta historia mientras devora cada una de sus frases. Espero que disfrutes con el libro». Oh, espera, esta firma... ¿Es uno de tus libros, no?

—Sí. El primero. —Al escuchar las palabras que le había dedicado a Triste se sintió más abatido.

—Es una frase muy personal. ¿No te acordabas de ella, de habérsela escrito?

—No es tan personal. La usé en todas las firmas que tuve de *Palabra de Dios*, a los lectores les gustaba ese estilo. Y fíjate en la fecha en la que se lo dediqué. Recuerdo perfectamente ese día porque fue la primera vez que tuve uno de estos actos. Fue aquí, en Vitoria. Nunca pensé que acudiría tanta gente, apenas quedaba hueco en la librería Elkar. Estaba nervioso, no sabía qué decir, pero salí del apuro. —Paró para tomar aire, atormentado por su falta de memoria—. Pensar que Silvia estaba allí, que solo nos

separaron unos centímetros... ¿Por qué no me fijé entonces en ella?

—Rubén, por favor, no te culpes por ello. —Clara había notado que el escritor intentaba contener las lágrimas y se aferró a su brazo para darle ánimos. Al principio pensó que era un gesto inútil, pero poco a poco él se fue calmando y ella pudo guiarlo hasta el sofá. Allí, sentados en silencio, dejaron pasar el tiempo hasta que el escritor tomó la iniciativa.

—Por favor, dime que has encontrado el diario o algo que pueda ayudar a atrapar al culpable.

La inspectora esquivó su mirada y siguió en silencio un minuto más, hasta que reunió el valor para reconocer su derrota.

—No había nada útil en su escritorio. Ni su diario ni hojas con anotaciones. Estaba todo limpio. —Rubén asintió con tristeza y ella se contagió de su frustración—. No sé qué podemos hacer. No hay ningún hilo del que tirar, no tenemos más sospechosos... Estamos en un callejón sin salida.

—Puede que no. —La firmeza de la respuesta del escritor le sorprendió.

—¿Tienes alguna teoría?

—Algo parecido. Prefiero llamarlo corazonada y no sé hasta qué punto nos puede servir. —Las palabras se atascaron en su garganta, como si no supiera cómo continuar, hasta que se atrevió a admitir que tenía un sospechoso—. Me he dado cuenta de que hay alguien en quien aún no hemos pensado como sospechoso.

—¿Quién? Cuenta.

Con los ojos de Clara pendientes de cada uno de sus gestos Rubén volvió a acobardarse. No porque creyese que estaba equivocado, sino porque sentía que ésa no era la mejor forma de contarle a la inspectora sus dudas sobre Augusto. Había fantaseado con el momento en el que ambos compartiesen los indicios y llegasen a la misma conclusión y eso implicaba un entorno más acogedor. Al final reunió el valor para sugerirle el plan que deseaba proponerle desde que la había visto llegar a lo lejos.

—Hay ciertas cosas que se explican mejor delante de un entrecot poco hecho y una ensalada a la Alday.

La invitación a comer pilló por sorpresa a la inspectora.

—¿Me estás intentando envenenar?

—Si esa fuese mi intención te prepararía un rape al horno. Pero los bomberos me lo tienen prohibido.

—Mucho me temo que tendré que aceptar. —Clara sopesó que solo fuese una excusa para comer con ella y aun teniendo en cuenta esa posibilidad cedió encantada. Ver la alegría reflejada en los ojos de Rubén terminó de convencerla de que había hecho lo correcto.

La inspectora rechazó la propuesta de ir juntos hasta el ático con la excusa de que tenía un recado que hacer, aunque lo que quería era poner a prueba la escala de afecto que le había descrito Rubén. Por eso se desvió de su ruta para visitar una vinoteca especializada

ubicada en Sancho el Sabio con la idea de escoger un buen vino con el que corresponder a la invitación. Tras muchas dudas hizo caso a la recomendación de la dependienta y pagó a precio de oro un Remírez de Ganuza reserva de 2005 con el que esperaba rematar la disculpa que le debía a su anfitrión. Al llegar a la casa colocó la botella junto al felpudo y pulsó el timbre. Mientras esperaba a que le abriese se dio cuenta de que no estaba arreglada para la ocasión y aprovechó para colocarse bien el pelo. Rubén la sorprendió así, aunque ella no le dio tiempo a decir nada, ya que no pudo contener una carcajada al ver al escritor con el delantal puesto. Por suerte él no se avergonzó. Su mirada se desvió hacia el vino que descansaba en el suelo. Recogió la botella y examinó su etiqueta con cara de fingido disgusto.

—Dios… Clara, ¿tanto me odias? —La broma hizo que su risa aumentase, y él acabó sucumbiendo a las carcajadas. Ambos estuvieron riendo en el descansillo hasta que necesitaron coger aire. Una vez repuestos, entraron en la casa sin perder la sonrisa, y él la acompañó hasta el salón.

—Perdona el desorden, pero la asistenta se niega a volver a poner un pie aquí. Tuvimos una pequeña discusión.

—¿Por?

—Se atrevió a limpiar. ¿Te imaginas? Llegué y el salón brillaba, había quitado el polvo y hasta ordenó el mueble bar. Eso no se lo podía consentir.

A Clara le costó no volver a reírse sin control, y decidió seguir el juego irónico de su anfitrión.

—Deberías haber llamado a la policía. Le podían haber caído cinco años solo por intentar juntar el baileys con la crema de orujo... —Rubén inclinó la cabeza a modo de reverencia, un elogio para su alumna más brillante—. De todas maneras, si los ácaros guardan la distancia no protestaré. ¿En qué te ayudo?

—Perfecto, una voluntaria. Tengo la tarea perfecta para ti. ¿Ves ese sofá? Tienes que vigilar que no cobre vida y se escape. La mejor forma de hacerlo es sentarse sobre él.

—¡Eh!

—No protestes, que la comida estará en unos veinte minutos.

Clara oyó cómo ponía el cerrojo en la puerta de la cocina y se resignó a quedarse esperando. Por mucho que él hablase de desorden la inspectora tardó solo cinco minutos en ponerlo todo en su sitio. Al terminar con la limpieza decidió husmear en las estanterías de su anfitrión para matar el tiempo, hasta que encontró un ejemplar de *Palabra de Dios* con marcas de haber sido leído varias veces. A ella no le gustaban las novelas policíacas porque odiaba encontrar en ellas fallos evidentes o detectives con superpoderes que resolvían los casos por arte de magia y sin ninguna lógica. Pero el hecho de conocer al autor del libro le intrigó y decidió sacarlo de la librería para ver el arranque.

No pudo evitar imaginarse la persecución con la que empezaba la trama, ponerse en la piel de la joven que estaba a punto de morir para pasar después al papel del inspector Santos en el momento en que llegaba a la escena del crimen.

—Si lo quieres es todo tuyo. —La oferta de Rubén, cuya voz se coló en sus divagaciones, le hizo dar un salto—. Y no me ofenderé si dejas que se enfríe la comida con tal de llegar al momento en el que el obispo aparece crucificado.

—Tentador, muy tentador… —Clara cerró el libro y cogió la copa de vino que le ofrecían—. Pero prefiero hablar con el hombre que se imaginó a un ilustre obispo crucificado.

—Señor, perdónala, porque no sabe lo que dice… Y no era tan ilustre como pensaba la gente.

—¿Te ayudo a traer la comida hasta aquí?

—No, la mesa ya está puesta. Tenía que aprovechar el sol que hace hoy.

—¿Cómo…? —Se calló al ver que en la terraza había otra mesa, varias sillas y un juego de sofás impermeables, y que el escritor había salido allí desde la cocina por otra puerta para preparar el banquete—. Rubén, gracias por todo.

—Ya querrás que te devuelva los halagos cuando te haga fregar los platos.

—Sin problema.

—Bien, las damas primero. —Rubén le abrió la puerta corredera y se apresuró a seguir sus pasos para retirar la silla para que ella se sentase—. Si no te gusta la comida no la tires a la calle, por favor. Luego tengo a un grupo de glotones todos los días a la misma hora esperando que lluevan entrecots del cielo. —Ella sonrió al tiempo que el escritor levantaba los cubreplatos, dejando al descubierto una jugosa pieza de carne acompañada de pimientos del piquillo y una ensalada de brotes con gulas, jamón, queso de cabra, nueces, mousse de oca y maíz, todo ello bañado en crema de Módena.

—Tiene muy buena pinta.

—¿Nunca has oído eso de «no importa el físico, sino lo que hay en el interior de cada uno»? Muerde y luego me comentas.

La segunda parte de la orden quedó en el aire, porque nada más masticar el trozo de ternera y dejar que su jugo estimulase sus papilas gustativas Clara se quedó sin palabras. Cada mordisco era un placer prohibido y el exquisito vino parecía de brick en comparación con el contraste de sabores de la ensalada.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —Fue lo único que pudo decir, tras varios bocados, para elogiar el talento culinario del escritor.

—En el fondo del pozo, buscando la salida por el sitio que no era.

Rubén podía pasar de la ironía más divertida a la absoluta franqueza en solo un segundo. Ella volvió a sentirse culpable, lamentando que se hubiese visto envuelto en esa terrible pesadilla. «Un asesinato no acaba solo con la víctima, también destruye a su entorno», recordó. La comida continuó con un incómodo silencio que ninguno se atrevió a romper, y con vergüenza Clara dio buena cuenta de la botella de vino, de la que el anfitrión solo se sirvió dos copas. Ella sentía que había metido la pata, pero Rubén sabía que su comentario había roto aquel momento tan especial que estaban disfrutando y se maldecía por ello. Cuando se les acabó la excusa de la comida ninguno supo cómo

retomar la conversación, y la inspectora decidió recoger la mesa. Él la detuvo.

—No pensarías en serio que te iba a hacer fregar los platos. Además, aún nos falta el postre.

—¿Y no quieres que recojamos antes la mesa?

—Si esperamos un poco tal vez una buena ráfaga de viento lo haga por nosotros. —Él volvió a la carga dispuesto a hacerle olvidar la incomodidad del último cuarto de hora—. Y también te tengo que contar mi teoría.

Clara se había olvidado por completo del motivo de su encuentro, e intentó descubrir al misterioso sospechoso de Rubén mientras este hurgaba en el congelador. ¿Qué dato podía tener que se le hubiera escapado? Era incapaz de dar con la respuesta. Al menos en esta ocasión estaba dispuesto a compartir su teoría en vez de cometer una locura. Ahora iba por el buen camino.

A su regreso con una tarrina llena de helado comprado en una tienda que habían abierto hacía unos meses en la calle Dato y dos enormes cucharas se encontró a Clara bien preparada con su libreta y un bolígrafo para tomar notas. Había escogido los sofás de la terraza para tomar el postre, y Rubén le pasó uno de los cubiertos.

—¿De qué es?

—Si te lo digo no te lo vas a querer comer. Pruébalo antes.

Ella le hizo caso, llenando la punta de la cuchara con una pizca de helado que le supo a gloria.

—No es dulce de leche, ni avellana o turrón. Pero el color…

—Es de baileys. —Clara puso cara de susto y él se apresuró a asegurarle que no tenía ni una gota de alcohol.

—Eres único. ¿Es tu postre favorito?

—No, también me encanta la tarta al whisky o las cerezas al marrasquino.

—Chico sano… Bueno, ¿quién es tu asesino misterioso?

—Clara, anoche estuve con una prostituta. Quiero decir, con una buena amiga que se dedica a ese oficio. —Rubén se apresuró a corregir sus inoportunas palabras ante la expresión divertida de la inspectora, a la que el sonrojo del escritor le pareció lo más gracioso del mundo—. Y estuvimos hablando, solo hablando, de la investigación y sus protagonistas.

—Espero que la chica sepa guardar el secreto, porque todo lo que sabes ha pasado a ser confidencial ahora que colaboras con nosotros. El caso está bajo secreto de sumario. —Ella intentó ponerse seria, aunque no podía dejar de imaginarse la curiosa escena de Rubén charlando toda la noche con una chica de vertiginoso escote y minifalda corta. Típico de él.

—Por eso no te preocupes. El problema es que al salir a relucir el nombre de Augusto ella me contó algo que cambió completamente la imagen que tengo de él.

Clara intentó encajar el comentario. ¿Augusto como asesino de Silvia? Lo poco que había hablado con el abogado le había hecho pensar todo lo contrario. Por su dolor al

referirse al crimen se notaba que sentía verdadero afecto por la chica. Pero Rubén parecía muy convencido de su acusación, por lo que le pidió que expusiera sus argumentos. Y a medida que escuchaba el relato de Svitlana ella también fue creyendo en esa posibilidad. Sus palabras le hicieron dejar a un lado el helado, que se fue derritiendo poco a poco, y cuando el escritor acabó ya no se acordaba del postre.

—Rubén, esto lo cambia todo. Hasta ahora hemos buscado a alguien de su entorno con el que ella pudiera haber estado saliendo, pero al único que conocíamos era a Augusto. Y él es el que nos ha dado todos los datos sobre la personalidad de Silvia y su vida solitaria… ¿Nos ha estado utilizando?

—A mí me pareció tan sincero… Aunque la verdad es que me habría agarrado a un clavo ardiendo con tal de poder encontrar una fuente fiable que me guiase en mi propia investigación y no se me ocurrió sospechar de él. Pero anoche caí en la cuenta de que fue Augusto el que me dio todos los datos sobre Lasa, conociendo mi sed de venganza.

—Si lo hubieses matado nunca podríamos comprobar si él era realmente el asesino. Todo apuntaría a que Lasa había cometido el asesinato, aunque fuese por encargo. Y tú también irías a la cárcel por cargártelo. Así se habría desecho de los dos sin mancharse las manos. Nada apuntaría hacia él.

—Todo encaja, Clara. Es el único que podría haber quedado con Silvia para cenar, con el que se habría mostrado confiada, vulnerable. Y si Augusto tenía una obsesión secreta con ella…

—A no ser que Silvia no fuese la chica tímida que nos ha hecho creer que era.

—Nada nos indica lo contrario. Y luego está la cuestión del dinero. ¿Se lo pidió él en préstamo? ¿Lo sacó por su cuenta y ella lo descubrió?

—Hablé con el director del banco. Fueron a retirarlo los dos juntos.

—Pero no me la imagino queriendo comprarse un descapotable. Ella era mucho más discreta. Claro que con la vida de putero que lleva Augusto el dinero se le tiene que ir de las manos.

—¿Sigue buscando a más chicas? ¿Con qué frecuencia?

—Svitlana está intentando hablar con sus antiguas compañeras para ver lo que saben. Pero ¿y si pasó de buscar una sustituta a querer acercarse a la verdadera? Si Silvia le rechazó, ¿no sería capaz de someterla a la máxima dominación?

—La muerte…

Ambos sabían que las piezas encajaban perfectamente y por eso Clara no quiso perder más tiempo.

—Rubén, ahora tengo que irme. Lo que acabas de contarme nos obliga a interrogar a Augusto. Necesito que contactes con tu amiga, ella tiene que testificar. Y alguna de sus compañeras. Es fundamental para conseguir una orden de registro. —El escritor asintió—. La comida ha sido perfecta y espero que podamos repetirla muy pronto, pero ahora… — Los dos se despidieron con un largo abrazo, y al verla salir por la puerta con el teléfono pegado a la oreja, dando instrucciones a San Román, supo que había hecho lo correcto.

El telefonazo a Svitlana había obrado milagros. Había estado toda la mañana buscando a sus antiguas colegas y varias de ellas no solo estaban dispuestas a testificar sino que podían aportar fechas concretas de las sesiones de sadomaso de Augusto y hasta el lugar donde las realizaba, una vieja casa a las afueras de Arbulo. Envió todos los datos y el teléfono de las chicas a la cuenta de email de Clara y ella le devolvió una agradecida respuesta que terminó de convencerle de que su venganza estaba en buenas manos. Mucho más tranquilo que la noche anterior, Rubén decidió volver a su rutina hasta que Clara le avisase de que necesitaba su ayuda. No podía hacer mucho más con su pistola confiscada.

Así que tocaba ajustar otro tipo de cuentas y con paso decidido llegó hasta la plaza donde se escondía el Kupula. Rubén lo visitaba habitualmente a esa hora con intención de vaciar una botella entera de martini o algo más fuerte si la inspiración se le resistía demasiado, pero tras los acontecimientos que había vivido en los últimos días lo que quería era un cara a cara con el que creía que era su amigo. Encontró a Víctor en su puesto de guardia tras la barra, ocupado en colocar los tenedores en su hueco, y nada más ver a Rubén dejó su aburrida tarea para salir a su encuentro. Se le notaba apurado, pero sobre todo avergonzado.

—Perdóname, amigo. Pensé que tenía que contarle a esa policía lo que sentías por la chica. Fui un idiota.

—No pasa nada. —El escritor agradeció el gesto, propio de un buen colega y no de un traidor, y se apoderó de uno de los taburetes—. Tampoco me ha ido tan mal como sospechoso de asesinato. ¿Sabes que en el calabozo te dan de comer dos veces al día?

La idea de ver a Rubén en esa situación hizo que el sentimiento de culpa del barman aumentase, hasta que se dio cuenta de que se trataba de una broma.

—Víctor, ¿en serio se te ocurrió pensar que había matado a alguien?

—Es que todo era tan extraño…

—En eso te tengo que dar la razón. Pero mira, puedes compensármelo con uno de esos capuchinos con crema y sirope de caramelo con los que ganaste ese concurso de diabéticos golosos.

—¿Con baileys en vez de crema?

—No, el alcohol y yo hemos tenido una pelea y de momento no nos hablamos.

Ver la sonrisa de su amigo, el regreso de su chispa irónica y entender que ya no dependía de un copazo para ser feliz terminó de animar al camarero, que se puso manos a la obra para preparar su creación.

—No sabes cuánto se te ha echado de menos por aquí.

—Me puedo imaginar que la caja registradora ha llorado desconsoladamente.

—No lo digo por eso. Hasta se pasó por aquí el Conde. Andaba buscándote.

—¿Cargó sus coñacs a mi cuenta? —El Conde era conocido en la zona por sus harapos de marca, su gusto por los licores caros y su habilidad para rapiñar objetos de lujo de las basuras ajenas. Ambos tenían buena relación, aunque en ocasiones el vagabundo se aprovechaba de ello para que Rubén le invitase a una ronda.

—No se lo permití. Pero ha vuelto cada tarde para ver si te encontraba. Dice que tiene algo para ti.

—Pues entonces seguro que hoy me lo vende. —Agarró el largo vaso de cristal con el café y dejó en la barra un billete que Víctor no quiso coger—. Si viene por aquí dile que estoy arriba.

No tuvo que esperar ni diez minutos para ver desde la ventana cómo se acercaba el viejo mendigo tirando de su abultado carrito. Antes de entrar en el Kupula se arregló su americana remendada, y pidió en la barra una copa de Napoleón enseñando un puñado de monedas para garantizar que podía pagarlo. Un lujo así indicaba que estaba esperando una buena suma por algún objeto y Rubén intuyó que el pardillo era él, sobre todo al verle subir con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pero si está aquí nuestro ilustre literato. ¿Me hace un hueco en su mesa, señor Alday?

No pudo negarse, estaba intrigado y quería saber lo que le traía en esta ocasión. Bernabé, más conocido como el Conde, era un experto en asaltar los contenedores de la zona noble de la ciudad, donde los propietarios de los chalets tiraban auténticas joyas en perfecto estado que él revendía al mejor postor. Desde pequeños electrodomésticos a libros antiguos, alguna pulsera de oro y un sinfín de tesoros, el carrito del hombre no tenía nada que envidiar a las vitrinas del Tenazas. En otros tiempos Rubén había ampliado a precio de ganga su colección de plumas Mont Blanc, logrado un estupendo lote de cartas de amor fechadas en 1867 víctimas de la limpieza de algún desván e iniciado una recopilación de periódicos antiguos. Todo el mundo sospechaba que el Conde era uno de los antiguos residentes de esas casas de lujo de Ciudad Jardín al que perdieron las mujeres y el alcohol, y la misteriosa ubicación de su actual morada había hecho que corrieran rumores de que dormía en el sótano del museo de bellas artes.

—Por supuesto, señor conde. Usted siempre es bienvenido aquí.

—Llevo varios días buscándole, amigo, pero parece que me esquivaba. Y eso que tengo para usted un pequeño tesoro.

—Tendrá que ser bueno, porque el último tomo que me vendió sobre la picaresca del siglo xviii venía sin unas cuantas páginas.

—Ya sabe que mis proveedores son un poco brutos con el género, señor Alday. Pero a un hombre de letras seguro que le gusta esta pieza. —Sacó un cuaderno de piel del carrito y se lo enseñó—. Ya sé que hay bastantes hojas escritas, pero solo dicen tonterías y el resto están libres para que usted escriba su obra cumbre.

Pese a haberlo visto siempre de lejos Rubén conocía demasiado bien ese diario. Se trataba de un cuaderno elaborado a mano con un papel exclusivo y unas cubiertas de piel marrón en las que un artesano había grabado diferentes formas, logrando el efecto de una pequeña obra de arte. Cada tarde Triste desataba las cintas de piel que impedían que el libro se abriese por accidente y escribía con su bolígrafo azul turquesa unas cuantas notas, quizá frases de los libros que leía, o tal vez su opinión sobre el desconocido al que

admiraba desde la distancia. Era la pieza del puzle que faltaba en su investigación, y estaba a solo unos centímetros de su mano.

—¿Dónde lo ha encontrado? —Rubén intentó no perder la calma o mostrar demasiado interés, aunque su pulso se había acelerado.

—En uno de los contenedores de los pisos nuevos de la zona del tren, hace casi una semana. —El escritor sabía que se refería a los bloques del Paseo de la Música, y solo pudo encontrarlo tras la muerte de Silvia, ya que ella lo llevaba consigo en el Kupula el día de su asesinato—. Veo que le interesa. ¿Cuánto ofrece?

Rubén no dudó en echar mano de su cartera y sacar el último fajo de billetes que le quedaba de su visita al banco del día anterior. No le hizo falta contarlos para saber que estaba regalando mil euros al mendigo cuando Clara podía haber usado sus persuasivas esposas para conseguir el diario gratis, pero el favor que acababa de hacerle el Conde no se podía pagar con dinero. Con los ojos como platos, el vagabundo agarró el dinero y soltó el libro sobre la mesa, lanzando un chillido de victoria antes de bajar a toda prisa a la barra para pedir una nueva copa. «Por la felicidad mutua», brindó Rubén levantando su vaso de café.

Por mucho que le tentase la idea de profanar la intimidad de Triste en el mismo Kupula prefirió esperar a llegar a casa para empaparse de las reflexiones que la pobre chica escribió los días anteriores a su muerte. Y eso que por el camino hasta su ático no dejaron de surgirle preguntas. ¿Hablaría allí de un encuentro con Augusto, o tal vez había conocido a alguien mejor que Rubén con el que intentó empezar de nuevo? Todo se encontraba en aquellos trazos de color azul claro que estaba a punto de conocer. Salió del ascensor dispuesto a resolver las dudas, cerró con llave la puerta del piso y se dirigió a su estudio.

Pero en el pasillo se dio cuenta de que el libro no era solo suyo. Tenía que compartir con Clara el momento en el que ambos resolvían el caso, debían disfrutar juntos de la felicidad de tener al culpable atrapado por la prueba más sólida que pudiese desear un detective. Dejó el diario sobre su escritorio y buscó en la memoria del teléfono el número personal de la inspectora, sintiéndose orgulloso de ser él el que fuese a darle la buena noticia.

El buzón de voz frustró su momento de gloria. Una rápida deducción le hizo darse cuenta de que debía estar peleando por conseguir la orden de registro que confirmase las tendencias enfermas de Augusto y tendría el móvil en silencio. Mierda. Pero existía la posibilidad de que Clara revisase las llamadas al salir de los juzgados, así que no dudó en dejarle un mensaje.

—Hola, Clara. No te lo vas a creer, pero he encontrado el diario de Silvia. Resulta que lo tenía un mendigo de la zona que se dedica a hurgar en la basura de las casas cercanas. Se lo encontró hace unos días en la urbanización. No quiero abrirlo todavía, creo que debemos leerlo juntos, los dos estamos metidos en el caso. Pues nada, luego nos vemos y me cuentas qué tal te va con la pista de Augusto. Un abrazo.

En ese mismo momento Clara ignoraba las protestas de la secretaria de Augusto y acompañaba a los dos agentes de uniforme y al enviado de los juzgados hasta el despacho del abogado, al que sorprendieron hablando por teléfono. No pareció impresionado por el despliegue policial, aunque se despidió de su interlocutor con un «luego te llamo».

—Inspectora Lazkano, buenas tardes. ¿Necesita algo?

—Que coopere con nosotros, señor Monreal. Traigo una orden judicial para registrar este despacho, su piso en la calle Manuel Iradier… y la casa a las afueras de Arbulo. —La última parte de la lista sorprendió al letrado, pero supo disimularlo.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto. —Se la entregó y él la repasó durante un buen rato—. También puede llamar a un abogado, si así lo desea.

—No se preocupe, inspectora, que ya me represento yo mismo. Pero me gustaría saber los motivos de esta sorprendente decisión del juez Lejarreta, que es un buen amigo.

«Ah, si supieras la cara que ha puesto tu 'amigo' al enterarse de tus juegos…», pensó Clara.

—Se trata de una de las vías de la investigación del asesinato de Silvia Rivas. Tenemos algunos testimonios que apuntan a que usted podría estar implicado.

—¡Eso es absurdo! ¿Ha venido hasta aquí solo para insultarme y aumentar mi dolor por la muerte de Silvia?

—No, más bien para cumplir con el protocolo y proceder a los registros. El más prioritario es el de la casa de Arbulo. Hay un par de vehículos esperándonos en la calle. Por favor, acompáñenos.

Clara cerró la extraña procesión justo detrás de un furioso Augusto que se había tomado muy en serio el dicho de «cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra» y ya no protestaba.

Capítulo 10

Augusto Monreal clavó de nuevo su mirada en el rostro de Clara, intentando que la furia que irradiaba intimidase a la tenaz inspectora. Ella no se dio por aludida y siguió revisando el contenido de su carpeta. Habían pasado cuatro horas desde que irrumpió en el despacho, y tras la fugaz visita a la casa de Arbulo con todo un batallón de técnicos forenses lo había arrastrado hasta la comisaría para someterle a lo que ella entendía como un duro interrogatorio. Ilusa... Creía que le bastaba con el hecho de haber encontrado sus juguetes y contar con los testimonios de unas putas incapaces de guardar su oscuro secreto, creyendo que por esa regla de tres él era el responsable de todos los asesinatos de mujeres que se habían producido en la última década en la ciudad. ¿Acaso no sabía que tenía enfrente a un jurista con años de experiencia batallando en los tribunales?

La pausa que se había visto obligada a hacer evidenciaba que estaba a punto de rendirse. En cuanto saliera de aquella oscura sala de interrogatorios haría un par de llamadas reclamando favores acumulados y esa jovencita con placa acabaría poniendo multas en cualquier carretera rural.

—Inspectora, ¿acaso le está llegando alguna prueba incriminatoria por inspiración divina? Porque si no es así no entiendo por qué seguimos con este absurdo trámite. ¿Tanto le cuesta quitarme las esposas y dejarme en paz?

Clara sonrió a modo de respuesta.

—Estoy segura de que le resulta frustrante no tener el control. Sobre todo con una mujer...

—La típica réplica de manual. ¿No puede ser un poco más original? Que yo sepa todas esas chicas recibieron un buen dinero a cambio de prestarse al juego que les planteé. Ninguna dijo que no, se ganan la vida con ello. Como mucho mis gustos pueden ser cuestionables, pero le sorprendería saber cuántas personas poderosas comparten conmigo esa pasión.

—Por supuesto que ninguna dijo que no. Estas mordazas ayudaban a ello, ¿verdad? —Clara lanzó sobre la mesa metálica una de las correas de cuero con una bola de plástico engarzada que habían encontrado en la sala de torturas que Augusto tenía en la casa rural —. ¿O le gusta oír cómo gritan las chicas mientras derrama cera hirviendo por su cuerpo?

—Creo que me está prejuzgando...

—¿Silvia gritó como ellas? ¿Suplicó que no la matase?

—¡No la meta en esto! No tiene nada que ver. Yo no la maté.

—¿Cómo puedo creer la palabra de un ser capaz de cortar los brazos de una mujer con una cuchilla de afeitar por puro placer?

—Porque Silvia no era como ellas.

—Eso es cierto, Augusto. Ella era especial. No podía comprar su cuerpo con dinero. ¿Cuánto hace que la conocía? ¿Desde que era una niña? Igual empezó a desearla entonces. —La inspectora comenzaba a percibir la rabia creciente del abogado al escuchar las últimas palabras y creyó ver una brecha en su dura coraza—. Supongo que la noche de su muerte intentó seducirla. Una cena romántica, ella estaba radiante... ¿Cómo resistirse a devorar su pequeño cuerpo, a arrancarle ese vestido y llenar de moratones y cortes ese lienzo de carne? ¿A probar el sabor de su sangre, a oler su miedo y ahogar sus gritos de terror? Usted sacó la bestia que lleva dentro.

—¡Basta! ¡Está sobrepasando todos los límites, inspectora Lazkano! Exijo hablar con su comisario.

Ella ensanchó su sonrisa. Después de ver el atroz surtido de elementos de tortura que el abogado había acumulado, la decisión de sus superiores y el propio juez había sido firme. Tenía carta blanca para arrancarle una confesión, sin importar las técnicas que emplease siempre que no se saliera de los protocolos. Decidió esperar un poco antes de continuar.

—¿No le gusta lo que oye? Puede que me esté portando mal. —Se inclinó sobre la mesa y cogió la mordaza. Jugó con ella unos segundos antes de acercársela a la boca, y miró desafiante a Augusto—. ¿Voy a estar mejor con esto puesto?

—Adelante. Es su decisión. Igual hasta le gusta.

Clara no respondió. Se acercó hasta él y le colocó la bola de plástico en la boca. La cara de sorpresa del sospechoso se acentuó cuando agarró los dos extremos y los juntó en la hebilla, apretando con fuerza el cuero y oprimiendo las mejillas de Augusto, que forcejeó en la silla intentando defenderse.

—Tiene razón. Claro que me gusta.

La inspectora recogió la carpeta y escogió un folio de su interior. Se acercó hasta el espejo que rompía la estética gris de las paredes de hormigón y colocó la hoja a la altura de la cabeza de su detenido, justo enfrente de su campo de visión. Era la misma foto de Silvia con la que había hundido a Rubén. Después apagó la luz de la sala, colocó una linterna en la mesa enfocando hacia la imagen del cadáver y salió por la puerta, dejándole a solas con sus remordimientos.

La pequeña habitación que se escondía tras el cristal se había convertido en el refugio de Clara durante el periodo de reflexión que había concedido a su sospechoso. Al salir de la sala de interrogatorios se había topado con su jefe directo, que le dedicó un seco «ten cuidado» antes de mostrarse preocupado por la posibilidad de que Augusto fuese inocente. Ella había descartado esa posibilidad al conocer el oscuro mundo que el abogado escondía

a los ojos del mundo, pero tuvo que asegurar al comisario que no estaba equivocada. «Por Dios, demuéstrelo o ese tipo se la comerá viva», le replicó él.

En esos momentos no tenía pruebas concluyentes que demostrasen su teoría. La inspectora sabía lo que eso implicaba; estaba en la cuerda floja. Por eso había llamado a su compañero para saber cómo iban sus pesquisas antes de entrar en el habitáculo con intención de observar las reacciones del detenido ante su castigo. Lo tenía justo enfrente, aunque el reverso de la foto de Silvia le dificultaba un poco la visión.

Tampoco había mucho que ver. Augusto mantenía la mirada apartada de la imagen, con la cabeza girada hacia un lateral. Huía de la visión del cadáver, quizá arrepentido por haber convertido a su amiga en esa muñeca sin vida. Sabía que todo ello estaba desgastando sus defensas y aunque el juego psicológico al que lo estaba sometiendo no entraba dentro de lo permitido aquel monstruo lo merecía. A Clara le costaría encontrar a alguien que estuviese en desacuerdo, jueces incluidos.

Estuvo mirando al sospecho casi una hora, sumida en la oscuridad, mientras su mente trabajaba. De vez en cuando sus pensamientos la llevaban al mensaje de voz que le había dejado Rubén. Quería devolverle la llamada, agradecerle esa pista fundamental que le había permitido llevar a Augusto a la antesala de la cárcel, contarle cómo iba todo y prometerle que luego se verían. Pero no podía. Aún no.

El sonido del teléfono la sacó de su trance. En la pantalla luminosa brillaba el nombre de su compañero. Cogió el móvil con ansia, y al descolgarlo supo que todo había ido bien.

—Sube, Clara. Tengo buenas noticias para ti.

«Respira tranquila. Ya lo tienes. Es todo tuyo», se dijo la inspectora antes de traspasar la puerta. Augusto no la miró, seguía hipnotizado con los surcos que el hormigón desnudo dejaba en la pared. Encendió las luces y el detenido parpadeó, molesto por el repentino resplandor.

—¿Lo ha pasado bien este tiempo?

La única respuesta que obtuvo fueron unos gruñidos y el forcejeo del abogado desde la silla. Sonrió satisfecha y se dirigió hasta la mesa. Antes de empezar sacó el móvil y miró en la carpeta de enviados. Al final no había podido resistirse y el escueto mensaje en el que explicaba al escritor que el caso estaba cerrado gracias a su colaboración seguramente había llegado ya a su destino. Silenció de nuevo el teléfono y lo guardó en su pantalón.

—Ahora voy a quitarle su juguete. Tenemos una interesante conversación pendiente.

—Grnfffrrr grrfff grr.

—Veo que tiene ganas de hablar.

Se colocó detrás de él y empezó a soltar la correa con cuidado. Antes de dejar caer la mordaza se retiró un paso, no quería estar a disposición de la dentadura de ese psicópata. La reacción del detenido no se hizo esperar.

—¡Maldita zorra! ¡Esto me lo vas a pagar! ¡Voy a acabar con tu carrera!

—¡Esa lengua! No pensaba que fuera tan maleducado.

—Vete a la mierda, puta.

—Pero si hemos avanzado. Ahora me tutea. Dentro de poco hasta seremos amigos.

El comentario hizo que Augusto recuperase la cordura, aunque no consiguió calmarse.

—¿Puede quitar esa foto de ahí?

—Eso está mejor. De nuevo un caballero. —Clara se giró para retirar la imagen sin perder de vista al abogado desde el espejo. No intentó moverse, estaba demasiado ocupado mirando con curiosidad el sobre que ella había dejado encima de la mesa.

—¿Va a tenerme más tiempo aquí?

—Todo el que quiera.

—Quiero hablar con sus superiores. Tengo derechos...

—Silvia también los tenía. Sobre todo el derecho a la vida.

—¡Yo no la maté!

—Por mucho que lo repita no va a convertirse en verdad. Veamos. Tengo que reconocer que la forma en la que la asesinaron no encaja con el perfil de un ser tan violento como usted. Pero claro, no hay que olvidar que sentía por ella algo más profundo que por sus amiguitas.

—Si esa es su prueba ya me veo yendo a cenar con el fiscal después de habernos reído de su patética investigación.

—Oh, solo he comenzado. Tengo que admitir una cosa. No entiendo por qué lo hizo. ¿Un instante de locura al darse cuenta de que jamás podría tenerla? ¿Quería ocultar algún pequeño fraude que ella había descubierto?

—¡Esto es ridículo! Ni siquiera sabe lo que está diciendo. Debería hacer algo más útil, buscar al verdadero culpable. Ese escritor alcohólico, por ejemplo.

—¿Rubén? Pero si son amigos. O al menos eso es lo que usted quería que él creyese para que se inculpara haciendo una tontería con Ignacio Lasa.

—No sé de qué me habla, aunque imagino que alguien le ha colado una buena mentira.

—Hablando de mentiras. Usted me dijo que no sabía nada del dinero que había sacado del banco para Silvia. Según su testimonio ella se lo llevó a su casa y usted estaba preocupado porque era demasiado dinero y ella apenas tenía seguridad en su piso. Bueno, creo que eso es falso.

—¡Dios! Estoy seguro de que, si aún seguía en la casa, su asesino se lo llevó.

—Creo que los dos estamos de acuerdo en eso.

Clara paró un momento y salió de la sala. Volvió a los pocos segundos con una pesada bolsa de cuero en la mano. Al verla, Augusto se estremeció. Ahora entendía por qué ella había llegado con guantes de látex puestos.

—Voy a hacerle un truco de magia. Es el truco de la prueba incriminatoria número uno. La bolsa de la pasta. —Abrió la cremallera y dejó a la vista los fajos de billetes de veinte—. Acaba de ser procesada en el laboratorio y el encargado del banco ha certificado que es la misma que ustedes se llevaron. Hasta tiene las huellas de los dos. Por cierto, el hueco que hay en los techos falsos no es el mejor escondite para cosas como esta. Mira que es raro

que el dinero desaparecido estuviese en su despacho...

El abogado tardó unos segundos en responder.

—Escuche, inspectora. Sé que les dije que no sabía nada del dinero, pero lo hice para proteger a Silvia.

—¿De una tarde de euforia y compras?

—No. Ella... me pidió que le hiciera un favor. Quería que... bueno, necesitaba contratar un sicario.

—Déjeme adivinar. Por las llamadas que recibía de su ex.

—Sí.

—He mirado los registros de llamadas de su móvil y también los del fijo de su casa. He repasado los seis últimos meses y no hay prueba de que recibiese esas llamadas. De hecho últimamente solo hablaba con usted.

—¡Eso es imposible!

—No me atrevo a llamar a eso prueba incriminatoria número dos. Casi es una anécdota si lo comparamos con lo que tengo ahora. ¿Quiere que siga?

—Adelante, sea feliz.

—Antes de nada quiero preguntarle de nuevo dónde estaba la noche en la que mató a su amiga. Piense que es una oportunidad extra para decir la verdad.

—Pues la aprovecho. Estaba en mi casa, adelantando algo de trabajo pendiente. Me fui a dormir tarde, quería dejarlo todo listo.

—Es lo mismo que dijo la primera vez que hablamos. Entonces no le pregunté esto, no creía que fuese necesario, pero ahora... ¿Hay alguien que pueda corroborar esa coartada?

—Por suerte para usted, no. Hala, ya puede hacer su especulación, aunque en un tribunal no tendrá nada de peso.

—Es verdad, es verdad... Lo que yo crea no sirve de nada ante el juez y es demasiado pobre en caso de que se opte por un jurado. Vaya, parece que tengo las de perder. O tal vez no. ¿Sabe que tiene un teléfono algo curioso?

—¿Nunca ha visto un iPhone 4? No son tan raros.

—Mis amigas siempre me dicen que tengo que cambiar mi viejo Motorola por uno de estos, que traen de todo. Internet, correo electrónico, una cámara estupenda... Hasta un sensor GPS.

—¿Le pagan por hacer publicidad, inspectora?

—¿Sabe lo que es la geolocalización de un teléfono móvil? Imagino que no, usted casi nunca ejerce como abogado penalista. Verá, es una técnica que empleamos cuando hay alguien que no nos dice la verdad. Es muy útil para cazar a los embusteros. Por ejemplo, usted dice que estuvo en su casa, pero la triangulación de su teléfono móvil en los repetidores de la ciudad le sitúa en el piso de Silvia durante el asesinato. El informe —Clara sacó una hoja del sobre que descansaba en la mesa— nos indica que estuvo allí.

—¡Eso es mentira! Solo es un truco.

—¿Seguro que quiere arriesgarse? Mire el informe si quiere. Es completamente válido, el

rastreo ha sido autorizado por un juez. Desde hace tiempo se pueden controlar las posiciones de los teléfonos móviles, aunque muchas veces tenemos problemas porque el margen de error es de kilómetros. Pero en su caso ha habido suerte, la zona en la que lo ubica está a pocos metros de la casa de su víctima. Todo ello gracias a la llamada que usted realizó. Me pregunto con quién habló. ¿Pidió consejo a alguien para saber cómo eliminar sus huellas de la escena del crimen?

Augusto agarró el papel que le tendía la inspectora sin poder ocultar su furia. Lo repasó un par de veces antes de devolvérselo. Aquello lo cambiaba todo.

—Creo que ha quedado demostrado que nos ha estado mintiendo, señor Monreal. Así que más le vale decir de una vez por qué acabó con la vida de su amiga. ¿Fue para quedarse con los cincuenta mil euros? ¿O su declaración de amor salió demasiado mal?

El acusado negó con la cabeza mientras cerraba los ojos y se dejaba caer sobre la mesa, escondiendo el rostro entre los brazos. Era la reacción de alguien a quien acababan de derrotar y Clara lo sabía. Había vencido.

«No fue así. Yo no quería hacerlo...», murmuró él para sus adentros, aunque la inspectora no logró escucharlo. No quería llorar, pero el recuerdo de aquella noche, esa maldita noche, volvía para acosarle. Estaba atrapado, lo sentía y, aunque tenía claro que merecía ese castigo, prevaleció su instinto de supervivencia. Tardó dos minutos en recobrar la calma, y cuando al fin levantó la cabeza se dirigió a su enemiga.

—Quiero que venga un abogado.

La hoja en blanco de Word ponía nervioso a Rubén, que ya no sabía cómo matar el tiempo mientras esperaba que su compañera de investigación le devolviese la llamada para poder abrir por fin el diario de Triste. Se le había pasado el efecto de la euforia generada por el mensaje que Clara le había enviado avisándole de las novedades sobre el caso, y la impaciencia volvía a apoderarse de él. Había aprovechado para fregar los cacharros de la comida, poner una lavadora y planchar un par de camisas, y cuando se le acabaron las tareas del hogar decidió intentar arrancar unos cuantos párrafos a una nueva historia que se le había ocurrido. Pero no conseguía centrarse en su tarea, ya que su atención se desviaba hacia el cuaderno que descansaba en la otra punta del escritorio mientras las frases se le escapaban entre las teclas de su iMac.

«No debes abrirlo aún», se dijo con poca convicción. Ya eran las ocho y media de la tarde y a su impaciencia se le sumaba el hecho de no haber probado ni una gota de alcohol desde la hora de la comida. La alternativa a no esperar a Clara era ir al mueble bar a prepararse un white russian con la coctelera que le había regalado su agente tras el éxito de *Fuego santo*. Pero su afán de mantener una vida sana pudo más que el miedo a una bronca de la inspectora, por lo que giró el sillón y fue en busca del diario. Tampoco era tan grave echar un vistazo a su contenido, siempre que después fuese lo suficientemente discreto como para fingir sorpresa cuando lo releyese junto a su compañera.

Sintiéndose como un niño travieso, Rubén desató la cinta de piel y buscó la última

página escrita. Le sorprendió encontrar un texto algo corto, cuya perfecta caligrafía animaba a la lectura.

Siento que no soy capaz de decirle adiós y me atormenta pensar que lo más probable es que no le vuelva a ver. Finge que está pendiente de su cuaderno, pero hace varios minutos que me mira con disimulo. Sé que solo siente compasión. Si la situación fuera diferente, si él no tuviera esa cara de pena y yo no fuese tan cobarde, creo que podríamos entendernos, brindar y contarnos nuestras desgracias hasta conocer nuestros lados oscuros y lanzarnos a descubrir juntos la parte buena de nuestras vidas. Si es que la tenemos. Pero tengo miedo, no quiero revivir la pesadilla, necesito que todo acabe de una vez.

Este puede ser el día que lo cambie todo y aun así tengo miedo de lo que pueda pasar. Me asaltan las dudas y ninguna palabra de ánimo puede prepararme para dar este paso. Si él supiera lo que siento… Todo sería diferente. Pero no puedo colarme en su vida, mezclarme entre sus amigos y toparme con una posible novia que lo eche todo por tierra. Es mejor así.

Ahora escribe, parece que es algo largo. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo y me alegra verlo tan concentrado. Cuánto me gustaría contarle lo feliz que me hizo con La antesala del infierno *o con la trama de* La muerte en directo*… Ojala me hubiese dedicado alguno de esos libros, como aquel* Palabra de Dios *que me firmó en Elkar. Si hubiese sabido entonces que nos volveríamos a encontrar….*

Cada una de las palabras fue como un mazazo en el pecho, un desgarro en su alma que le hizo desear no seguir leyendo. Triste se había fijado en él, lo había reconocido tras la barba y las greñas. Era una buena fan, alguien que le admiraba en secreto a diario. Pensó en el libro que había descubierto en su estantería, en lo especial que debió ser para ella la dedicatoria que le escribió, y se odió por ser incapaz de recordar su reacción ni las palabras que compartieron en ese breve instante. Sabía que era absurdo intentar buscar el recuerdo perdido de aquel ejemplar firmado, uno entre miles. Pero las últimas reflexiones de Silvia confirmaban la teoría de Augusto: ella se había enamorado de su compañero de tardes perdidas en un bar.

Apenas le importaba que no se hubiese referido en aquella página a su más que probable cena con el abogado, porque Rubén ya no se acordaba de la razón por la que había empezado a espiar los pensamientos de Silvia. Al igual que el drogadicto que sabe que cada chute le conduce a la muerte buscó la página del día anterior sin importarle el daño que podía hacerle.

Ayer volvieron a representar la obra de La sonrisa etrusca*, y a pesar de que había comprado las dos entradas del palco no fui capaz de usarlas. Por mucho que la crítica teatral me hubiese encantado no me atreví a acercarme hasta él y pedirle que me acompañase. ¿Qué habría pensado? Seguro que creería que estoy loca y me habría dicho que no le molestase porque estaba ocupado en un capítulo de su nuevo libro.*

Pero a la noche no pude dejar de fantasear con la idea de que había aceptado y

estábamos juntos en el teatro. Él había acercado la silla de tal forma que nos rozábamos, y en un momento fugaz me cogía la mano. Sentada en el salón, sentí su tacto suave colando sus dedos entre los míos, más pendiente de mi sonrisa que de lo que estaba pasando en el escenario. Le quiero y me odio por ello. Sé que no tengo derecho a estar a su lado.

—Silvia, ¿por qué no lo hiciste? —Rubén lanzó la pregunta al aire antes de pasar unas cuantas páginas con las manos temblorosas.

Muchos días me pregunto por qué. Él parece más ocupado en beber una copa tras otra, olvidando su cuaderno y dejándose llevar por el alcohol para escapar de su tormento. Sé que es la solución más fácil, yo misma la he asumido, pero veo cómo se destruye y me siento perdida. Me da pena verle jugar con los hielos de los vasos vacíos que acumula en su mesa, y temo que sea capaz de hacer una locura. ¿Qué te pasó, Rubén? ¿Qué quieres olvidar? Quiero ayudarle porque sé que él haría lo mismo por mí si yo se lo permitiese. A pesar de su apetito etílico es una buena persona. Lo intuyo.

¿Podremos llegar a estar juntos alguna vez? ¿Ser confidentes? Lo deseo con toda mi alma, pero no soy capaz de hacerlo realidad. Y eso hace que quiera castigarme como él, aunque tenga claro que es el camino erróneo.

—¡Y por qué no me hablaste! ¿Tanto te costaba acercarte? —Rubén estaba furioso tras leer las últimas confesiones de la atormentada Triste—. ¿Por qué no nos dimos una maldita oportunidad? ¿Por qué me abandonaste? —No se dio cuenta de que había empezado a llorar, y lanzó con rabia el diario contra la portada enmarcada de su primer *best seller*, que cayó rompiendo el cristal que lo cubría. Fuera de sí, el escritor tropezó con la puerta del salón mientras buscaba su única medicina. «Tú me has conducido a este camino», le reprochó a la nada al llegar al mueble bar en busca de los ingredientes para su última copa. ¿Peché? Demasiado suave. ¿Ginebra? Muy amarga.

Y entonces las vio, reclamando su atención con sus destellos verde esmeralda. Las dos botellas más especiales de su colección, su tesoro más preciado, el recuerdo sacado de contrabando en aquel viaje a Praga que hizo tres años atrás. Había pasado la tarde entera sentado en una de las mesas del Café Slavia, admirando el cuadro que Viktor Oliva había dedicado a tan enigmático licor. *El bebedor de absenta*, así se llamaba el lienzo que le enamoró, y aunque el camarero le aseguró en su escaso castellano que la obra no estaba en venta sí que aceptó entregarle bajo mano un par de botellas de auténtica absenta. Fue a cambio de una cantidad ridícula de dinero, y se aseguró de que llegasen por mensajería internacional a la misma puerta de su casa. La advertencia de sus ochenta y cinco grados escrita en letras cirílicas ayudó a que Rubén escogiese la absenta como nueva compañera de viaje.

Le habían explicado el ritual preciso para disfrutar del licor como lo hicieron sus más ilustres bebedores, pero no estaba la cosa como para ponerse quisquilloso con detalles absurdos. Una vez tuvo en sus manos una copa de balón la llenó hasta los bordes. El

primer trago le abrasó la garganta, pero el dolor animó a un segundo. Con la copa en una mano y la botella en la otra, se sentó en la mesa a beber a buen ritmo.

—Espérame, Triste, que llego enseguida.

Capítulo 11

Cuando Clara tiró la toalla casi había anochecido. A la hora larga esperando a que llegase desde Bilbao el mejor abogado penalista de la zona se había sumado un interminable careo lleno de silencios y consejos legales que intentaban, sin mucho éxito, salvar a Augusto de una condena segura. El mismo letrado, cabeza visible de uno de los bufetes más prestigiosos del país, sabía que todo estaba ya perdido, pero mantuvo el paripé de enfrentarse a la inspectora restando credibilidad a sus pruebas por respeto a la obscena suma que esperaba facturar a su cliente. Nadie de los que estaban en la sala de interrogatorios era ajeno a ello y por eso Clara se enfurecía cada vez más al oír sus argumentaciones.

Por suerte, la acusación estaba perfectamente respaldada. La garantía de que la labia del letrado chocaría contra la fría barrera de un tribunal era el único alivio de la inspectora. Pero necesitaba saber el motivo del crimen. Era una cuestión personal, porque sin esa explicación nada tenía sentido. Augusto podía ser un cerdo obsesionado con someter a Silvia, pero su dolor era tan auténtico que no lograba imaginarlo como un verdugo despiadado. Algo había tenido que forzarle a dar ese paso, y a pesar de las preguntas y las amenazas que tanto ella como San Román habían esgrimido en aquel eterno interrogatorio esa cuestión seguía siendo un misterio.

Cuando supieron que aquello no daría más de sí se rindieron. Uno de los uniformados acompañó a un Augusto cabizbajo camino a los calabozos mientras ellos despedían al abogado, escuchando una vez más su advertencia de que estaría vigilante de cada uno de los movimientos que dieran los investigadores. En cuanto el hombre salió por la puerta, Clara se dejó caer en el asiento y apoyó la cabeza sobre la mesa. Estaba agotada.

—Has estado brillante. Sé de uno que no va a poder dormir en toda la noche… —elogió su compañero al verla tan abatida.

—Para lo que ha servido… —replicó ella, con la cabeza oculta por su melena.

—Pero ya lo tenemos, y ha sido gracias a ti. —Clara levantó el rostro para mirarle fijamente—. Bueno, y a Alday. La verdad es que ha ayudado mucho.

En ese momento la inspectora recordó que tenía una conversación pendiente con el escritor. No solo porque quería conocer el contenido del diario que había hallado, sino porque deseaba darle la buena noticia y agradecerle todo su apoyo. Sin él, Augusto aún

sería una víctima más ante la mirada de los investigadores y nadie habría sospechado de su culpabilidad. El caso estaba resuelto gracias a su consejo. Clara buscó el teléfono en el bolsillo, dispuesta a llamarle, pero entonces se dio cuenta de que quería decírselo en persona. Sabía que esa información devolvería algo de paz al alma atormentada de Rubén, y le gustaría estar allí cuando eso sucediera. Por un momento evocó su juego de sonrisas mientras compartían aquella comida en su terraza y sintió la necesidad de ser testigo de nuevo de esa alegría. Sí, lo mejor sería darle una sorpresa…

—Supongo que no te importará ocuparte del papeleo. —Al escuchar la petición, San Román supo al instante las intenciones de su compañera. Y lo cierto es que después de un día tan largo se lo merecía, así que accedió a redactar los informes. Clara se lo agradeció con un fuerte abrazo antes de salir casi a la carrera de la sala.

Antes de arrancar el coche, la inspectora se permitió llamar al móvil de Rubén para avisarle de su visita. Se había dado cuenta de que él seguiría impaciente y le pareció injusto tenerlo más tiempo en vilo. Pero el escritor no respondió a los dos intentos y tampoco cogió el teléfono fijo cuando ella cambió de estrategia. Entonces Clara no le dio importancia a ese detalle, creyendo que él había optado por matar el tiempo escribiendo algo y ahora se encontraba sumido de lleno en un proceso creativo. Aun así, se dio prisa por llegar cuanto antes a la zona del centro en la que vivía Rubén, y hasta prefirió aparcar de mala manera que perder el tiempo buscando un hueco. La inspectora se sorprendió al darse cuenta de lo mucho que deseaba encontrarse de nuevo con él. Pero al llegar a su portal y pulsar el timbre del portero empezó a intuir que algo iba mal. A pesar de su insistente llamada, nadie respondía en el piso. Y a ella le parecía raro que Rubén no estuviera en casa. Volvió a sacar el móvil y marcó el número. Sin éxito. Aquello había logrado inquietarla y ya estaba a punto de llamar a otra de las viviendas para que le abriesen cuando la pesada puerta de hierro forjado empezó a abrirse. Clara se encontró frente a frente con el vecino de rellano del escritor, que bajaba en esos momentos la basura. Ambos se reconocieron, y ella estaba a punto de preguntarle si había sucedido algo raro cuando don Isidro se le adelantó.

—¿Viene a llevárselo, no? ¡Menos mal! Ya estamos hartos de las que monta ese crápula. ¡Espero que esta sea la última!

Esa información fue como un bofetón, y el corazón de la inspectora empezó a latir desbocado.

—¿Qué ha pasado…?

—Lo de siempre, que ha montado una de sus fiestas. Toda la tarde gritando como un loco, rompiendo cosas y golpeando las paredes. Siempre que bebe, igual. No sabe cuántas veces he intentado que lo echen. Usted es policía, ¿no? ¡Pues haga algo! ¡No hay derecho a que suframos esto!

—¿Por qué no ha avisado a emergencias?

El anciano le respondió con una sonrisa malévola.

—Para ver si esta vez se le va de las manos…

Clara no aguantó más. Empujó a don Isidro para abrirse paso sin importarle los insultos que este le dedicó al caer al suelo. Subió los peldaños que llevaban al ascensor y golpeó la puerta al darse cuenta de que estaba parado en otro de los pisos. No podía esperar a que llegara, y cogiendo aire empezó a trotar por la escalera, desesperada. La inspectora agradeció sus sesiones de gimnasia cuando llegó al último descansillo, y sin darse una tregua para recuperar el aliento pulsó con fuerza el timbre.

—¡Rubén! ¡Por Dios, abre la puerta! ¿Estás bien? —aulló sin poder controlar las lágrimas. Como en sus anteriores intentos, no obtuvo respuesta. Clara optó entonces por golpear la puerta con rabia, sintiendo la impotencia de no poder hacer nada. Hasta que cayó en la cuenta de que la cerradura no resistiría un disparo a bocajarro. Temblando, la inspectora buscó el arma reglamentaria y la agarró con las dos manos, acercándola al cierre. Apretó el gatillo con fuerza, sintiendo la sacudida del retroceso en el cuerpo, y ni siquiera comprobó que el mecanismo estuviera roto. Se lanzó por instinto contra la puerta, que esta vez cedió, dándole acceso a un piso envuelto en la penumbra. Incumpliendo el reglamento, Clara dejó caer la pistola en el recibidor y corrió al salón, la única estancia que parecía iluminada.

Al entrar se topó de lleno con el caos generado por el escritor en su arrebato de rabia. El suelo estaba lleno de cristales rotos y de páginas de libros que había desgarrado con desesperación. El televisor y algunos muebles tampoco habían sobrevivido al desastre, pero ella obvió los destrozos. Estaba más ocupada buscando a Rubén, y no tardó en encontrarlo tumbado en el suelo. Clara se abalanzó entonces sobre él, apartando una botella que había derramado su contenido sobre la camisa del escritor. El tufo a alcohol era evidente, y la inspectora no necesitó abrirle la boca para saber que buena parte del mueble bar corría ahora por las venas de su amigo.

Con los ojos inundados de lágrimas, sacó fuerzas para buscar el pulso en el cuello de Rubén. Aunque su mano estaba temblando, la falta de latido era evidente. Clara gritó, presa de la rabia y empezó a golpear con fuerza el pecho del escritor, intentando en vano que reaccionase.

—¿Por qué? Maldita sea, ¿por qué? —gritó al cuerpo sin vida antes de caer rendida sobre el pecho de Rubén, sabiendo que lo había perdido. Y solo entonces notó un leve movimiento que le indicó que él acababa de respirar. Instintivamente, la inspectora llamó a emergencias y pidió una ambulancia. Tras colgar buscó de nuevo el pulso, con el mismo resultado, y se estremeció. Pero había sentido cómo se movía, y aquello no podía ser su imaginación. Clara se aferró a esa esperanza mientras se tumbaba de nuevo sobre él, la oreja cerca del corazón, y apretaba la fría mano de Rubén con fuerza.

La inspectora apenas se enteró de la llegada de los sanitarios al piso. Solo sintió cómo alguien la separaba de Rubén y le preguntaba si se encontraba bien. Entre lágrimas, respondió que tenían que ocuparse de él y su súplica surtió efecto. Con los ojos empañados

por el llanto, buscó a tientas el sofá y cayó a plomo sobre él mientras oía de lejos las voces de los médicos intentando reanimar al escritor. Aquel eco de órdenes era la prueba de que no se trataba de una pesadilla y Clara perdió la noción del tiempo mientras se culpaba en secreto por no haber evitado el desastre.

Se sentía responsable por haberle respondido solo con un mensaje de texto en vez de con una llamada. Quizá charlar un poco con él habría evitado que diera ese paso hacia la autodestrucción, pero ella estaba demasiado ocupada poniendo contra las cuerdas a Augusto. Solo la sacó de ese estado de semiinconsciencia la mano que el jefe del equipo apoyó sobre su hombro.

—Señora, ¿es usted un familiar?

La inspectora no respondió. Conocía demasiado bien ese tono y sabía lo que venía después. Ahogó un grito de impotencia mientras el médico la observaba con lástima, casi sin atreverse a pronunciar las palabras que condenaban a Rubén.

—No podemos hacer nada por él.

La ambulancia recorría las calles sin prisa, como si no quisiera llegar nunca a su destino. En la parte trasera, el silencio solo se rompía con los sollozos de Clara. El personal sanitario no se atrevía a decir nada, ni siquiera a intentar consolarla. Su experiencia en esos casos les indicaba que la joven necesitaba estar sola, agarrada aún al brazo sin vida de aquel pobre hombre al que escoltaban hasta el depósito.

En el piso les había relevado un inspector de la Ertzaintza que aseguró ser el compañero de la chica y que se apresuró a retirar la pistola con la que uno había tropezado al entrar en la casa. Todos habían visto el agujero en la cerradura y el destrozo del salón, y tenían dudas, aunque sospechaban que jamás quedarían resueltas. Sin darse cuenta, acabaron contagiados por aquel amargo duelo.

Y entonces sucedió el milagro.

El cuerpo que ellos creían muerto se levantó de repente de la camilla, asustándolos con un terrible grito que parecía venir del más allá. Pero todos le habían oído pronunciar un estremecedor «te lo prometo». Al mismo tiempo, la máquina que daba fe de la falta de pulso de su paciente parecía haber revivido también, con un pitido débil que advertía que aquello no era una alucinación. Aunque la cara de asombro de los presentes no era nada en comparación con la expresión asustada con la que Rubén miraba a su alrededor, incapaz de reconocer dónde estaba. Y entonces se fijó en Clara, que le miraba atónita. El escritor intentó esbozar entonces una sonrisa, que quedó interrumpida por una curiosa petición.

—¿No tendrás papel y un boli? —preguntó, para sorpresa de todos los presentes, antes de volver a quedar sin sentido. La inspectora fue la primera en reaccionar ante aquello, dejando a un lado las lágrimas para lanzarse sobre el cuerpo inconsciente.

—¡Rubén, por Dios, responde! —La inspectora se esforzaba en su intento para que él reaccionase otra vez, impresionada y asustada aún por la escena. Los sanitarios tuvieron

que obligarla a tomar asiento para poder examinar de nuevo al paciente, comprobando que sus constantes vitales empezaban a estabilizarse.

—Aún está muy débil. ¡Raúl, acelera, joder, que este sale adelante! —gritó el jefe médico al conductor. Las sirenas se encendieron y la velocidad del vehículo aumentó de golpe mientras el equipo se afanaba en no permitir que el corazón de Rubén dejase de latir otra vez.

Ajena a ese esfuerzo, Clara se sentó con la mirada puesta en el monitor, sintiendo como suyas las lentas pulsaciones, y recobró la esperanza. Rubén iba a recuperarse y podrían ver juntos cómo Augusto pagaba por su crimen… Sí, el escritor iba a sobrevivir. Más animada, cogió de nuevo la mano que colgaba de la camilla y la apretó con fuerza.

Capítulo 12

Sentada en el incómodo banco de metal de la sala de espera de urgencias, Clara intentaba contener los nervios mientras los minutos pasaban sin que el doctor saliera a darle noticias. Solo sabía que Rubén, aún inconsciente, estaba siendo sometido a un exhaustivo lavado de estómago. Ni siquiera la amenaza de su placa, que se había cansado de mostrar en vano, logró arrancar algo de información. El personal del hospital de Txagorritxu no se dejaba intimidar por la presencia de la inspectora, que muy a su pesar compartía el duelo con el resto de pacientes de un servicio extremadamente saturado aquella noche.

Solo la llegada de su compañero logró reconfortarla. Aitor San Román la abrazó nada más verla y ella se refugió en su hombro para esconder el llanto que se había desbordado de nuevo. Clara seguía sintiéndose culpable por no haber atendido la llamada del escritor, hasta el punto de odiarse por disfrutar del interrogatorio a Augusto mientras Rubén se entregaba a su última sesión de castigo. La inspectora sabía ya demasiado bien lo cruel que resulta perder a alguien a quien se aprecia, y le aterraba que aquella maldición volviera a repetirse. Por eso hizo oídos sordos a los consejos de San Román y volvió a encerrarse en sí misma, en una tortura que solo rompería la llegada de buenas noticias.

Aún tuvo que esperar otra hora antes de que sus deseos se viesen cumplidos. El joven doctor que se ocupaba de Rubén entró secándose el sudor de la frente mientras buscaba a Clara con la mirada. Al verlo, ella se temió lo peor y dejó escapar un grito de rabia que sobresaltó a quienes atestaban la sala. Pero la expresión de victoria que se escondía tras el aspecto cansado del médico le hizo recobrar la compostura y levantarse en busca de aquellas palabras que le traerían paz.

—Se encuentra estable, inspectora. Ha costado, pero ya está fuera de peligro.

—¿Puedo verle?

El doctor dudó un instante, pero la mirada que le lanzó San Román, que acababa de unirse a ellos, hizo que Clara obtuviese acceso a la unidad de boxes. Antes de dejar a su compañero, la inspectora recibió el aviso de que Rubén estaba sedado y que en breve lo subirían a una habitación, pero no se echó atrás y siguió al médico por el pasillo hasta una gran sala llena de camas y máquinas separadas por cortinas. El escritor estaba en la ocho y al llegar allí el doctor la dejó a solas con él.

Rubén lucía una palidez extrema y su melena estaba despeinada por completo. Ella le

alisó un poco con la mano el pelo alborotado, y luego echó un vistazo a las máquinas que tenía conectadas. Todo parecía ir bien, por lo que se relajó y buscó refugio en la silla colocada al lado de la cama. Justo enfrente de ella colgaba el brazo del escritor y lo devolvió a la superficie del colchón mientras reprimía el deseo de acariciar otra vez su mano. Permaneció así durante varios minutos, ignorando las conversaciones del resto de pacientes y el personal sanitario, sin atreverse a desviar la mirada del rostro de Rubén.

No protestó cuando llegaron los celadores para llevárselo, pero insistió en poder acompañar a la camilla en su traslado a la habitación. La enfermera aceptó de mala gana y Clara les siguió a través de unos pasillos de acceso restringido hasta los ascensores que les llevarían a las plantas de hospitalización. A los camilleros no les hacía gracia su presencia y lo demostraron dejando un escaso hueco en el interior del ascensor. Pero ella no iba a reprocharles nada, bastante tenía con el dolor que intentaba acallar.

Durante la larga espera se había preguntado por qué estaba sufriendo tanto por alguien a quien solo conocía de hacía unos días. Poco a poco empezaba a asumir lo importante que Rubén era para ella, tal vez por la lástima que despertaba. O por algo más. Clara no quiso pensar en ello y también ignoró el pesado bulto que llenaba su bolso. San Román le había entregado en la sala de espera un cuaderno de piel, rescatado del despacho del escritor, que sin duda alguna era el diario de Silvia. La inspectora no se había atrevido aún a abrirlo, aunque imaginaba que su contenido era lo que llevó a Rubén a desear la muerte.

Nada más llegar a la planta de ingreso, una enfermera se hizo cargo del paciente. Lo trasladaron a una habitación individual y Clara tuvo que esperar fuera mientras lo preparaban todo. Después abordó a la sanitaria para confirmar las palabras del doctor sobre su estado. La certeza de que todo había quedado en un susto le devolvió cierta calma. Pero, sin casi darse cuenta, le invadió una nueva sensación: un fuerte sentimiento de rabia contra el escritor y su manera de atajar los problemas. Por eso, cuando pudo entrar en la habitación no se atrevió a mirar a la cama donde dormía. Sí, estaba furiosa por lo que él había hecho y no podía negar el motivo que lo provocaba. Le aterraba la idea de haber podido perderlo.

En lugar de vigilar al paciente, cogió el diario y lo abrió por las últimas páginas, leyendo los mismos pensamientos de Silvia que habían atormentado al escritor. No le importó que no hubiera una mención a Augusto, pero cada palabra le desgarró por dentro al entender qué le había arrastrado hacia el mueble bar y acabó sintiendo celos por la forma en la que ella se refería a Rubén. Una vez más, pero en esta ocasión por un motivo muy distinto, Clara empezó a llorar.

Habían pasado ya seis horas cuando Rubén empezó a moverse en la cama. La inspectora se sobresaltó, temiendo que estuviera sufriendo algún espasmo, pero solo se trataba de una serie de estiramientos que indicaban que estaba despertando. Clara se incorporó hasta estar a la altura de la cama, y fue entonces cuando él abrió los ojos. Apenas tardó unos segundos en reconocerla y le dedicó una tierna sonrisa.

—Supongo que estoy en el cielo…

Si esperaba que ella respondiese de forma amable al cumplido, no lo consiguió. No habían sido precisamente las palabras más adecuadas que dedicar a alguien que había llorado sobre su cuerpo sin vida. Toda la lástima que la inspectora había acumulado se transformó en un súbito enfado, alimentado por la rabia que había sentido horas antes hacia el escritor, y retiró la mirada antes de responderle de forma seca dejándole sobre la cama una libreta y un bolígrafo de propaganda.

—¿Esto era lo que querías, no?

Ante la cara de sorpresa de Rubén, Clara dio media vuelta y salió de la habitación, escondiendo las lágrimas que corrían por sus mejillas.

El aire frío del exterior del hospital acariciaba el rostro de la inspectora mientras ella caminaba sin rumbo fijo, intentando aplacar una furia que sabía injusta. Era consciente de que lo último que él necesitaba eran reacciones como la suya, pero no había podido controlarse ni fingir una sonrisa. Por un momento, había deseado volcar sobre el escritor todos los reproches imaginables, quizá porque se había sentido derrotada por la situación. Solo la distancia que le ofrecía ahora ese tiempo de reflexión le hacía comprender que debía abandonar esa actitud y ser el apoyo que Rubén necesitaba. Y aunque deseaba volver a su lado para escucharle y ayudarle a desahogarse, lo cierto era que aún no se sentía con fuerzas. ¿Quería perdonarle? Por supuesto que sí. Pero temía convertirse solo en su pañuelo de lágrimas, en la fiel consejera que oiría los elogios dedicados a Silvia. No sabía si podría aguantar eso.

Así que retardó el regreso a la habitación todo lo que pudo, hasta que la oscuridad de la noche empezó a desaparecer y el recinto del hospital recobró parte de la rutina. Temblando de frío, volvió a la planta y se coló en la habitación sin hacer ruido. Rubén había vuelto a dormir y en su regazo descansaba la libreta abierta. Clara pudo ver algunas anotaciones que despertaron su curiosidad, y aunque intentó alejar de su mente la tentación de espiar aquellas reflexiones tan urgentes para el escritor, acabó sucumbiendo. Con el máximo sigilo, cogió la libreta y la llevó hasta la silla.

Dolor. Un fuerte dolor de cabeza, acompañado del peor mareo que jamás había sufrido, me advirtió que aún seguía vivo. O eso quise pensar, porque lo que veían mis ojos no era el techo del salón de mi casa, sino un lugar en el que no debería estar. Aunque lo envolvía una extraña niebla y los contornos no estaban completamente definidos, como si se tratase de una fotografía desenfocada, reconocí el descansillo del bloque de apartamentos donde había vivido Triste. Y verme allí me provocó un escalofrío. No sabía cómo había llegado, ni qué debía hacer, pero me acerqué despacio hasta la puerta, confiando en que todas las respuestas estuvieran tras ella. Me topé con el precinto policial cortado, recuerdo de la visita a la casa que había hecho con Clara a la mañana. Busqué el timbre, pero la neblina que lo envolvía todo hizo complicado encontrarlo. Cuando al fin lo localicé, dudé si debía pulsarlo, intentando recordar el momento en el que había perdido el conocimiento para despertar allí,

llamando a un timbre que nadie podía oír. Por eso me sorprendí al escuchar que se descorrían los cerrojos y alguien abría la puerta. Al mismo tiempo, llegó el saludo de Silvia desde la entrada. No podía ser… Ella estaba justo enfrente, invitándome a entrar mientras me ofrecía una copa de vino. Pero sin duda su mejor regalo era una preciosa sonrisa.

—Pasa, Rubén. Te estaba esperando.

Aunque lo lógico era escapar de allí, fui incapaz de hacerlo. Preferí seguir a la anfitriona, recorriendo la galería hasta llegar al salón. Ella se había adelantado, y ya estaba preparando otra copa de Petrus para unirse al ritual etílico.

—Gracias —respondí como un idiota, aún confundido.

La cercanía del sofá me permitió buscar refugio en su cómoda superficie mientras me llevaba la mano a la cabeza. Estaba a punto de estallarme. Pero Silvia parecía ajena a ello y se acomodó a mi lado. Aquello tenía que ser una alucinación, aunque todo era demasiado real y lo único que parecía fuera de lugar era la extrema palidez de Triste y su mirada vidriosa, sin rastro de la frescura que lucía antes de su muerte. Era la única advertencia de que ahora mismo ella era un cadáver que había decidido introducirme en los entresijos del más allá.

—¿Esto es real?

—Depende de lo que tú consideres real. Para mí sí lo es.

—Pero estás muerta…

—¿Y quién no? —replicó a modo de reproche, provocándome un escalofrío.

Empezaba a comprender que el destino me había arrastrado a uno de los asuntos que ambos teníamos pendientes. Una cita juntos. Ninguno nos habíamos atrevido a dar el paso en vida, y a pesar de la confusión que me rodeaba me di cuenta de que debía afrontar ese encuentro. Pero si antes de la muerte de mi amor platónico solo deseaba disfrutar de su compañía y hacerla sonreír, en esta ocasión la prioridad era muy distinta. Necesitaba resolver todas las dudas que el asesinato había puesto en mi mente.

—¿Por qué te mató? Augusto era tu amigo… Tu confidente.

La forma en la que Silvia desvió la mirada hacia la copa de vino y el silencio que invadió la estancia me indicó que aquella era una pregunta que le producía dolor. En vez de responder jugó con su copa, a la que dio un largo trago.

—Él no quería hacerlo. No era su intención…

Aquellas palabras me enfurecieron. Era la misma justificación que daría una mujer maltratada a los policías encargados de arrestar a su agresor, una excusa generada por el amor de la víctima hacia su verdugo. Pensar que ella caía de nuevo en ese error me dolió profundamente.

—No intentes defender a ese monstruo. Por Dios, Silvia, él te asesinó. No tuvo compasión y, desde luego, no muestra remordimientos. ¿No quieres que pague por lo que ha hecho? ¿Por todo el dolor que ha causado?

—Estás equivocado, Rubén. No lo entiendes. Augusto… Él me hizo un favor.

—No me lo puedo creer… —Oír aquello era como una puñalada. Estaba a punto de echarme a llorar ante la férrea defensa que Triste estaba haciendo de ese psicópata—. ¿Y las

chicas a las que torturaba? ¿A ellas también les hacía un favor?

—No es lo mismo. Ellas… Ellas no se lo pidieron. No le suplicaron que acabase con su dolor.

Su explicación me dejó sin habla. Prefería asumir que había escuchado mal, o que no había entendido bien lo que ella estaba diciendo. ¿En serio estaba confesando que había pedido al abogado, a su amigo, que la asfixiase con un cojín? No, era imposible. No podía creerla… Pero aquello encajaba demasiado bien con lo último que había escrito en su diario, esa parte que sonaba a despedida que tanto me había llamado la atención. Y aunque en su diario Silvia suplicaba un «necesito que todo acabe de una vez», no quise asumirlo.

—No puede ser, Silvia. Es imposible que alguien haga algo así.

Triste tardó un tiempo en responder. Estaba buscando la mejor forma de explicar lo que había sucedido y aquello me brindó unos momentos para intentar encajar el golpe y serenarme.

—¿Conoces a Carl Gustav Jung?

El nombre me sonaba de algo, pero era incapaz de relacionarlo con el crimen.

—No creo que hayamos tenido la oportunidad de coincidir… —Ella sonrió ante la respuesta, como si esperase algo parecido.

—Fue un psiquiatra suizo, alguien que conocía muy bien la mente humana y los sentimientos que rodean a las personas. En cierta medida es el responsable de que todo haya acabado así. Planteó el diagnóstico de mi enfermedad.

«Esta alucinación se me ha ido de las manos», pensé al escuchar la reflexión de aquel fantasma.

—¿De qué enfermedad estás hablando? Silvia, te asfixiaron.

—Jung dejó entre su legado de frases célebres una que marcó mis últimos meses. «La vida no vivida es una enfermedad de la que se puede morir». Para mí eso describía perfectamente el dolor que me oprimía. Y me marcó el camino a seguir. Más claro, imposible. O por lo menos así me pareció.

—¿Quieres decir que…?

—Yo soy la responsable de mi muerte. Era yo la que quería que todo acabase y la que escogió a su mejor amigo, a la única persona en la que podía confiar, para que me suministrase la anestesia final. Y sí, lo reconozco, fui tonta y egoísta. Por mi culpa él ahora está sufriendo por partida doble.

Aquella confesión, que indicaba lo mal que lo estaba pasando por su verdugo, me provocó náuseas.

—¡No lo defiendas! Ese maldito bastardo aceptó encantado.

—No. No fue así. Él no quiso hacerlo. Rechazó el dinero que le ofrecí, me aseguró que era incapaz de hacerlo. No a mí. Por mucho que intentase convencerle, él se negaba. Fue fiel hasta el final. Yo… Reconozco que lo que le estaba pidiendo no era fácil, fui injusta. Tuve que amenazarle, asegurarle que le hundiría si no lo hacía. No le di alternativa.

—¿Cómo?

—Todo el mundo tiene secretos y, a veces, necesitan compartirlos con alguien para que dejen de atormentarles. Simplemente me aproveché de ello.

Lejos de responder a las preguntas que me atormentaban, aquello me dejó con más dudas. ¿Augusto la había matado solo porque ella conocía sus oscuros juegos sadomasoquistas? No, tenía que ser por algo mucho más grave. Pero estaba claro que ella no me lo iba a contar y yo necesitaba otro tipo de respuestas.

—¿Por qué, Silvia? Tenías tanto por delante…

—Rubén, al leer mi diario te habrá quedado algo claro. Siempre he sido una cobarde incapaz de dar el paso que cambiaría mi vida. Tanto acercándome a ti como quitándome la vida. Solo fui valiente una vez, declarando contra Lasa y eso no curó ninguna de mis heridas.

—¿Y pensaste que escapar era la solución? Maldita sea, ¿cómo pudiste?

—Por miedo. Siempre es por eso.

—Pero todo podía haber sido diferente.

—¿Por qué te has bebido botella y media de absenta, Rubén?

Buena pregunta. ¿Cómo podía reprocharle a Triste que hubiese escogido esa opción cuando yo mismo había tomado el camino fácil?

—Ahora pienso que ha sido una estupidez, pero en ese momento creía que ya no tenía ninguna razón para vivir.

—Yo pensé lo mismo. Todos los días igual. Ir de compras, tomarme un par de copas en el Kupula, leer, ver series de televisión y cenar con un buen vino como única compañía. ¿Eso es vida? Porque estaba completamente sola, sin nadie que secase mis lágrimas o me abrazase cuando estaba triste, que me hiciera reír… Descubrí que la soledad es mucho peor que la muerte.

Aquella descripción de la tortura que supone estar solo, y que tan bien conocía de haberla sufrido durante dos largos años, me hizo odiarme por no haber acudido a su rescate.

—Pero me tenías a mí.

—No. Deseaba con todas mis fuerzas que estuvieses a mi lado, pero no te conocía y me aterraba descubrir cómo eras en realidad. Me imaginaba a un Rubén idealizado que podía no ser el verdadero. Ya me equivoqué una vez, y temía repetir el error. Muchas veces me obligaba a pensar que estaba siendo estúpida, que la vida está para disfrutarla y que tú eras la mejor opción para ello, pero jamás habría dado ese paso. Esperaba que tú lo hicieras, que confirmases las señales que creía ver, el interés que pensaba que sentías. Que me dieses la oportunidad de confiar en ti. De quererte.

Mientras escuchaba el lamento de Triste sentí unas fuertes sacudidas en el pecho. No se trataba de ningún golpe imaginado, sino algo parecido a una sucesión de puñetazos. Era como si alguien me estuviese dando una paliza, pero seguí pendiente de la charla, intentando ignorar el dolor.

—¿Te arrepientes de haberlo hecho?

—A cada instante. Pienso en todos los sueños que no he cumplido, en la gente a la que he dejado… Pero ya no hay vuelta atrás, Rubén. Por lo menos, no para mí. Escogí mal creyendo

que escapaba del dolor y ahora mi castigo es ver cómo el mundo sigue adelante mostrándome las oportunidades que desperdicié. Si hubiese sabido antes lo que eras capaz de hacer por una simple desconocida...

«Ver a un muerto llorando es algo difícil de olvidar», pensé mientras Silvia inundaba sus ojos blanquecinos. Entonces, como si fuera un acto reflejo, cogí las frías manos de mi anfitriona y me acerqué lentamente hasta ella. No opuso resistencia al abrazo. Juntos por fin, aunque fuese en la otra vida. Triste intentó enjugarse las lágrimas para poder verme mejor y aproveché para encontrar sus labios y compartir el poco aire que le quedaba con la ilusa esperanza de poder revivirla. El momento con el que ambos habíamos soñado se hacía realidad, aunque su efecto duró poco.

—No… No podemos hacerlo.

—¿Por qué?

—¿Acaso no has aprendido de mi error? Cuando la muerte gana la batalla no hay derecho a finales felices.

—Los dos estamos en la misma situación…

—No. Tú aún puedes escapar, no te has rendido del todo.

—¿Y abandonarte aquí? Jamás.

—¿Quieres aferrarte a un mero recuerdo y vivir en un mundo de pesadilla?

—¿Qué alternativa tengo? ¿Acaso hay algo en mi vida que merezca la pena?

—Puede que el alcohol no te permita ver lo privilegiado que eres, pero tienes una carrera de éxito, hay miles de personas preguntándose cuándo vas a sacar un nuevo libro. Te aprecia mucha gente. Y está ella. Clara

El comentario de Triste fue casi una acusación, aunque parecía haberlo hecho sin malicia. Me sentía avergonzado de que desde ese misterioso lugar que le permitía espiar a todos se hubiese dado cuenta de la pequeña chispa que había saltado entre nosotros durante la comida. Y aunque en ese momento había intentado no pensar en ello, lo cierto es que Clara me había ayudado a volver a sonreír. Pero ahora sentía que con ello estaba traicionando mi amor por Silvia.

—¿Crees que puedo fingir que nada de esto ha pasado? ¿Que seré capaz de olvidarte?

—Yo no confié en las segundas oportunidades y eso me condenó. No caigas en la misma trampa. Prométeme que buscarás la felicidad.

—Esto suena a despedida.

—Y lo es. Tú no perteneces a este mundo. Aún no.

—Silvia, nunca podré borrar lo que has supuesto para mí.

—Pues entonces no te culpes por lo que no fue posible y regálame la posibilidad de disfrutar viéndote rehacer tu vida. No vivas en el pasado, céntrate en el presente y construye tu futuro.

Triste no me dio tiempo para replicar, buscando de nuevo mis labios para darles el último beso. Su gesto impidió que las palabras de protesta salieran de mi boca. Mientras ambos nos abrazábamos, la niebla que había envuelto el salón durante el breve encuentro empezó a

rodearnos y sentí que Silvia me soltaba antes de desaparecer entre la bruma.

—¡Te lo prometo! —grité con todas mis fuerzas.

Cada una de las líneas fue como un bofetón de realidad. Aunque Clara no sabía bien si lo que había escrito Rubén describía un encuentro póstumo con Silvia o tan solo se trataba de un delirio provocado por la absenta, sintió el dolor que rezumaban aquellas palabras y se compadeció, una vez más, del escritor. Y pese a que lo que leía la estaba sumiendo en un mar de dudas, optó por no dejar que le influyera en su investigación. No había forma de probar aquello, y si Augusto intentaba utilizarlo en su defensa no tendría mucho éxito. Pero lo cierto es que ese consejo que le había dado Silvia, fuese cierto o solo una ensoñación, podía ayudar a Rubén a salir de una vez por todas de su etapa autodestructiva.

Sin saber bien cómo actuar, la inspectora dejó que su mente digiriera aquel texto y las revelaciones que contenía. Y no solo las que tenían que ver con el posible móvil del asesinato. Lo que más logró impactarle fue la certera frase de la chica. «Y está ella. Clara», había reprochado ese fantasma. Al leerlo en aquella especie de confesión no pudo evitar sonrojarse y mirar de nuevo hacia el ocupante de la cama, esta vez con ternura. Eso, aunque fuera fruto del subconsciente de Rubén, abría una puerta que no le importaba atravesar. Por lo menos, la inspectora tenía claro que ahora debía estar a su lado, apoyándole en el duro cambio que él iba a afrontar. «No estarás solo», le prometió mientras dejaba de nuevo la libreta en su sitio, sintiéndose culpable por haber espiado una reflexión tan íntima. Esa idea la sumió en la tristeza, y buscó refugio en la calma que ofrecía Rubén durmiendo. En esta ocasión, en vez de reprimir el deseo de acariciarlo recorrió con las yemas de los dedos el rostro del escritor, sintiendo que compartía su tormento.

—¿Qué has vivido, Rubén? —preguntó, sabiendo la respuesta.

Epílogo

Bilbao, seis meses después

La sonriente azafata entregó a Clara un enorme sobre cerrado a cambio de su invitación y le indicó que podía sentarse en el sitio que prefiriese. Aunque el despliegue de sillas que abarrotaban el enorme salón del Gran Hotel Dómine aún no había sido tomado al asalto y podía escoger el mejor hueco ella optó por un asiento al fondo. Los otros invitados seguían en la zona de acogida, disfrutando del protocolario reparto de copas y el diligente cortador de jamón mientras hacían tiempo antes de que empezase la presentación del libro. Ella odiaba ese tipo de actos sociales en los que los asistentes acudían al olor de la comida gratis y con la esperanza de salir en la sección de vida social del *Crónicas de Vizcaya*. De no ser por la persona que le había entregado la invitación y le había suplicado que acudiese al evento, la inspectora no habría pedido un día libre para acercarse hasta la ciudad vecina a aguantar a esos hipócritas vestidos de gala.

Le costaba hacer caso a la advertencia impresa en el sobre para que no se abriese hasta el arranque de la presentación, ideada para mantener el misterio hasta que el autor descorriese la tela que tapaba la enorme portada colocada sobre un caballete junto a la mesa. «Fiel a tu estilo, ¿no?», le preguntó a la fotografía a tamaño natural aprovechada de una campaña de promoción anterior que mostraba a un Rubén Alday radiante.

Durante los numerosos encuentros que habían tenido en su ático desde que salió del hospital dispuesto a cambiar su vida Rubén se había negado a contarle el argumento de ese nuevo libro, cuyas hojas de borrador llenas de anotaciones en rojo habían invadido toda la casa. Aunque siempre sentía la tentación de aprovechar uno de sus descuidos para echar un vistazo a los textos, el recuerdo de aquellas líneas que leyó en el hospital terminaba de convencerla para no volver a profanar las reflexiones de su anfitrión. Aun así, Clara se resistía a dejar de verle, y cada cierto tiempo le proponía un nuevo encuentro. Él siempre respondía a sus llamadas y la invitaba a acercarse para tomar uno de los maravillosos cafés a los que se había aficionado, hasta el extremo de instalarse en su cocina una enorme cafetera de bar que echaba el mismo vapor que una locomotora.

Rubén le abría siempre la puerta con una sonrisa que compensaba el aspecto desaliñado con el que la recibía y ella se acostumbró a su barba de tres días, el chándal de andar por

casa y el rotulador rojo entre los dedos cuando el escritor hacía una pausa en su trabajo para escucharla. Clara recordaba el día en que le puso al corriente de todas las pruebas que implicaban a Augusto en el asesinato de Silvia. Después de tirar del hilo les había quedado claro que el abogado no era ningún santo, y su adicción al sadomasoquismo era lo más suave. Estaba metido en asuntos muy turbios, blanqueaba dinero para gente cuya identidad aún no habían podido descubrir y además había estado saqueando los fondos de su clienta sin que ella le hubiese autorizado. Si sumaban eso al dinero de Silvia que habían encontrado escondido en su despacho ya tenían un móvil con el que desmontar su ridícula defensa, pero encima su coartada para la noche del asesinato quedaba anulada por una prueba tan fiable que el juez no había dudado en decretar prisión preventiva hasta que se celebrase el juicio.

Rubén escuchó el conjunto de pruebas sin hacer ningún comentario, aunque Clara notó que estaba en desacuerdo con algo. Por eso cuando él le preguntó si había desaparecido alguna prostituta en los meses anteriores al asesinato ella comprendió perfectamente lo que el escritor estaba pensando. No fue fácil descubrir que no había rastro de una de las habituales de las rotondas, las compañeras que sí accedieron a hablar con la policía pensaban que se había marchado a otra ciudad para mejorar su situación. Pero ella era una de las que solía frecuentar Augusto, por lo que la inspectora ordenó rastrear el jardín de la casa de campo del abogado con perros especializados en encontrar cadáveres.

Allí no había nada y a pesar de que sus colegas le aseguraban que estaban dando palos de ciego ordenó ampliar la búsqueda al entorno del pueblo. Escogió un pequeño bosque próximo a la carretera que conecta Vitoria con Irún, justo al lado de una balsa de agua y a pocos metros de la casa de los horrores para retomar la búsqueda, y en unas horas tuvieron la prueba definitiva de que el abogado era un asesino. La autopsia del cuerpo que encontraron determinó que Augusto había matado a una de sus prostitutas tres semanas antes de que Silvia apareciese asfixiada. A pesar de estar muy descompuesto, el cadáver de su primera víctima presentaba un terrible testimonio de las torturas a las que había sido sometida, y los expertos en psicología criminal coincidían en que aquello pudo ser lo que desencadenó el deseo del abogado de matar a su amiga, para la que hasta ahora había buscado sustitutas. Su teoría se basaba en que asesinar a una de ellas supuso perder el miedo, aunque los remordimientos le impidieron ensañarse con el cadáver de Silvia. Eso ayudó a frenar cualquier intento de su defensa para lograr su salida de la cárcel, por lo que Augusto se pudría en una celda de la nueva cárcel de Zaballa, donde había redoblado su pasión por el ejercicio y coleccionaba cicatrices de sus múltiples peleas con el resto de reclusos.

Cuando Clara se lo comunicó a Rubén, él respiró tranquilo. «Así que era eso», murmuró sin explicarle a la inspectora lo qué significaba, aunque ella lo sabía demasiado bien. Fue la visita más difícil. Temía que el final del caso terminase también con sus encuentros, pero descubrió que él estaba dispuesto a incluirla en su vida. En sus charlas posteriores repasaron mil y un asuntos con tal de no tocar el tema tabú de la novela, aunque siempre

llegaban a ese instante en el que se quedaban sin conversación y ninguno se atrevía a retomar aquello que dejaron pendiente el día en que él resucitó.

Clara se había resignado a esperar el momento idóneo para sincerarse y confesar lo que había supuesto para ella el breve almuerzo que disfrutaron. La mirada sincera de Rubén, su sonrisa rescatada del olvido y su forma de jugar con las palabras habían atravesado su dura coraza hasta dejarla sumida en un mar de dudas que se convirtieron en algo más profundo cuando sintió entre sus brazos el cuerpo sin vida de su amigo. Había sufrido como propio el dolor del escritor, resignándose a ser su apoyo en la recuperación y descubriendo cada día lo mucho que él le importaba.

Y ahora estaba a punto de conocer el misterio. Deseaba volver a verle sin la barrera insalvable de su misión literaria y rezaba para que pudiesen disfrutar juntos de su vuelta a la vida. Perdida en sus pensamientos, Clara apenas se dio cuenta de que los asistentes iban ocupando poco a poco sus asientos mientras el minutero advertía de la proximidad del arranque del acto. Poco después Rubén salió de la sala contigua escoltado por tres personas trajeadas de semblante serio que se sentaron en la mesa para arropar al autor. Las placas con sus nombres advertían que se trataba de su editor, su agente y el crítico literario del grupo *Crónicas*.

—Damas y caballeros, estamos orgullosos de que nos acompañen hoy en el momento más especial de la carrera de nuestro querido amigo Rubén Alday. Tras el éxito de sus novelas y un periodo de descanso para encontrar la inspiración, el escritor revelación de esta década nos presenta su mejor obra hasta la fecha…

Clara no necesitó mirar la imagen que destapó Rubén porque ya tenía el libro en su regazo. *Triste*, así se llamaba su obra cumbre. Desconectó de la charla dispuesta a comenzar la lectura. La dedicatoria a Silvia, «que me enseñó a creer en las segundas oportunidades», hizo que la inspectora se compadeciese de su amigo antes de pasar a la primera página.

Se llamaba Silvia y alguien le había roto el corazón. Por eso acudía cada tarde al mismo bar con intención de anestesiar la supurante herida que sentía en su pecho. El baileys, esa suave medicina, era capaz de adormecer el dolor que le oprimía, siempre en su justa dosis.

Pidió su copa en la barra y se dirigió a la mesa de siempre, no sin antes echar un vistazo al fondo del local. Él estaba allí, fiel a su cita con el martini, mostrando la misma cara de pena que siempre ponía mientras daba pequeños tragos a su copa. Pensó por un momento que él le había mirado, pero desechó esa idea de su mente. Él, como ella, estaba absorto en sus problemas. Tanto como para no fijarse en quien llegaba.

Se sentó dándole la espalda, consciente de que si lo miraba se le contagiaría su pena. Y eso era lo que menos necesitaba en esos momentos. Poco a poco estaba logrando alejarse de los amargos recuerdos de aquella época en la que olvidó lo que era ser feliz. El alcohol era un buen recurso para ello. Pero por mucho que expulsase de su mente las dulces mentiras ella era consciente de que no volvería a sonreír. Al menos hasta que se cerrasen las profundas

heridas de su corazón.

Absorta en sus pensamientos, no pudo evitar soltar una lágrima solitaria. Corrió a secársela con disimulo, triste por derramarla. Aquel desgraciado no merecía una lágrima más, se dijo. Aunque entonces cayó en la cuenta de que no lloraba por su pasado, sino por su futuro.

Se sentía cobarde por no sentarse frente a Pena y cogerle de la mano, ambos en silencio, compartiendo su dolor... En cambio, solo era capaz de echarle miradas de reojo de vez en cuando, a veces descubriendo que él la observaba, otras veces encontrándose con una mueca de dolor y amargura que no le era extraña.

Ambos compartían esas tardes con la única compañía de sus copas y los recuerdos que querían olvidar. Quizá algún día llegasen a compartir algo más, se decía Silvia cada vez que le veía en la mesa del fondo, intentado ofrecer una imagen de normalidad con su atuendo elegante pero incapaz de mentir a unos ojos que habían llorado hasta arrancarse todos esos filtros que disimulan la cruda realidad ofreciendo a sus dueños un mundo alegre y feliz.

Se levantó al acabar su copa, sin saber muy bien por qué. No debía pedir otra, pero tampoco quería irse. Pero, aunque lo desease, no iba a ser capaz de acercarse a la mesa, a pocos metros de distancia, y sonreír por primera vez en mucho tiempo. Aunque sabía que lo necesitaba, no se veía pasando la tarde en su compañía. Por lo menos, no ese día.

Quizá mañana, se dijo cogiendo su bolso. Sus miradas se cruzaron antes de marcharse y ella sintió su misma pena, maldiciéndose por unos instantes por no ser capaz de acercar sus labios a los de él para ayudarle a esbozar una sonrisa…

Mientras el resto de asistentes regalaban sus aplausos a Rubén, Clara solo podía ofrecerle una triste lágrima, muestra del dolor que sentía al terminar el arranque. Ella había tenido la oportunidad de leer el diario maldito que hizo que su amigo quisiera beber hasta morir y le dolió comprobar que la herida que había dejado en el alma del escritor seguía sin desaparecer. Triste continuaba dentro de su corazón, negándose a dejar de atormentarle y la inspectora la odió por ello. La ovación duró más de medio minuto, el mínimo exigido antes de volver a las copas y conseguir, con un poco de suerte, que el autor firmase el ejemplar y obsequiase a los asistentes con alguna de sus bromas. Clara vio cómo todos intentaban acercarse a él, impidiéndole avanzar hasta la zona de lunch y comprendió que ese no era su sitio. No tenía que haber ido, ni debía haber albergado falsas esperanzas. Para Rubén solo existía Silvia.

Se escurrió con sigilo, sorteando mesas vacías y camareros obsequiosos que le acercaban sus bandejas, y llegó hasta el pasillo que conectaba con la recepción. Con un poco de suerte Rubén no sabría que ella había estado allí…

—¡Espera!

Conocía aquella voz demasiado bien como para no quedarse clavada en el suelo. Él se acercaba hasta su posición, arreglándose la corbata mientras escogía la mejor de sus sonrisas y preparó los brazos para darle un gran abrazo al alcanzarla. Clara quiso escabullirse y ocultar el surco dejado por las lágrimas, pero Rubén fue más rápido y consiguió atraparla.

—Gracias por venir. Significa mucho para mí.

Su agente literario le había seguido los pasos y no se cortó a la hora de interrumpirles.

—Rubén, tienes que venir. La prensa quiere hablar contigo…

—Periodistas… Atiéndelos tú, por favor. —El escritor esquivó sus protestas y cogió a Clara del brazo con ternura—. No te imaginas lo pesados que pueden llegar a ser en estas presentaciones —confesó a su acompañante, para desesperación del agente.

—Pero es tu momento… —La inspectora se unió a las súplicas del agobiado relaciones públicas de Rubén.

—No. Tú y yo tenemos algo pendiente.

Había algo en aquellas palabras que hizo que Clara abandonase su resistencia y se dejase guiar hasta el ascensor. Allí, él marcó el último piso. Acabaron en una planta llena de mesas tapadas con sábanas, sillas amontonadas y una zona de barra a medio montar. Pese a estar en obras, el lugar que había escogido era maravilloso, con una terraza que ofrecía unas vistas privilegiadas a la zona de la ría y al museo Guggenheim. Pero, lejos de disfrutar del entorno, ella solo sentía recelos.

—¿Estás seguro de que podemos entrar aquí?

—Con el dinero que se ha dejado la editorial en el evento, la dirección del hotel me permitiría hasta meter los pies en la sopa del menú si quisiera. —Ambos se acercaron a la majestuosa terraza—. Hay algo de lo que nunca hemos hablado, Clara. Algo que pasó hace seis meses.

Aunque había soñado demasiadas veces con vivir ese momento, a la hora de la verdad se sintió incómoda.

—Aquella tarde creí que no tenía ninguna razón para vivir y que la muerte era mi única salida. Cometí un error y siento mucho haberte hecho pasar ese mal rato. Clara, muchas gracias por salvarme la vida.

—Era lo mínimo que podía hacer. Alguien tenía que echarte la bronca por la locura que habías cometido.

—Y vaya si lo hiciste... —Rubén no había conseguido borrar de su mente la expresión furiosa de Clara cuando le arrojó aquella libreta—. Pero luego volviste y venías todos los días a verme al hospital, me preguntabas qué tal estaba… Me acompañaste en los peores momentos, después de lo que te hice pasar… Eres la mejor persona que he conocido.

—Vaya, gracias… —Aquella no era la declaración de amor que ella esperaba, y sintió de nuevo el peso del fantasma de Triste.

—Nunca te he contado lo que pasó durante el tiempo que estuve sin vida y si lo hiciera creerías que estoy loco. Ni siquiera yo tengo claro lo que fue aquello ni si fue algo real, así que no quiero aburrirte con los delirios de un exalcohólico. Solo te puedo decir que ese día encontré el camino de salida.

—Eso es fantástico. —Clara intentó mostrar alegría por lo que le estaba confesando, aunque lo único que quería era huir sin mirar atrás antes de escuchar un «mi mejor amiga» en la siguiente frase. De nuevo, maldijo haber leído aquello.

—Me di cuenta de que había estado viviendo en el pasado y no quería salir de él porque no tenía motivos para ello. Mis heridas no habían cicatrizado y creí que nunca lo harían. Pero alguien me enseñó que tenía derecho a decidir mi futuro.

Rubén se había acercado casi sin darse cuenta hasta Clara, que acababa de notar un ligero cambio en la reflexión de su amigo.

—Clara, tú fuiste la única persona que confió en mí. Gracias a ti tuve la mejor segunda oportunidad que puede ofrecerse a alguien, la posibilidad de cerrar mi deuda pendiente con el pasado, con Silvia.

Solo unos centímetros impedían que ambos se rozasen y ella sentía la respiración entrecortada de Rubén acompasando cada uno de sus latidos. La banda sonora de un momento en el que había descubierto que la magia del escritor a la hora de juntar las palabras no se extendía al campo de las declaraciones verbales de amor. Pero podía perdonarle…

—Eres mi razón para seguir vivo —confesó Rubén en un susurro, temeroso de haberse equivocado a la hora de compartir sus inquietudes con su ángel de la guarda.

Aquellas seis palabras sirvieron para derribar la última frontera y acallar los recelos. Las lágrimas habían vuelto, en esta ocasión para atestiguar la felicidad que invadió a Clara cuando cumplió el deseo que le atormentaba desde hacía varios meses. Acercó sus labios a los de Rubén y en ese instante comprobó que eran tan dulces como ella imaginaba, tan húmedos como había soñado y, por fin, suyos.

Solo suyos.

Agradecimientos

Corría el año 2010 cuando se me ocurrió escribir la historia de Triste y Pena. Fueron dos relatos breves, conectados entre sí, que hablaban de dos personas que se refugiaban en un bar cada tarde para anestesiar sus problemas con alcohol. Cada uno de ellos pensaba en la otra persona, imaginaba quién podía ser y, sobre todo, deseaba conocerla. Sin atreverse a ello. Es curioso cuánta verdad puede llegar a esconderse detrás de la ficción. Pero tras escribirlos fui incapaz de quitarme de la cabeza a ambos personajes, dos seres condenados a no estar juntos. Así empezó a gestarse, un año después, *En el fondo del vaso*.

Ayudó a que aquellos relatos se convirtiesen en una novela alguien a quien tengo en gran estima: Satur García. Conocido de sobra en Vitoria por su esfuerzo para atender a los sintecho de la ciudad e impulsar albergues como el de Puente Alto, él fue el detonante de que quisiera contar esta historia. Fue gracias a la lectura de su biografía, en la que narraba un pasado lleno de tristeza. Abandonado cuando aún era un bebé, la bebida se convirtió en su refugio y le arrastró al abismo. Si Satur ha dedicado su vida a ayudar a quienes viven en la calle es porque él mismo ha sido uno de ellos.

Pero logró salir del fondo de ese pozo y ahora se esfuerza por enseñar el camino al resto de personas atrapadas en esta situación. La lectura de esa biografía habla de cómo el alcohol puede destruir a una persona, pero también las causas que hacen que se busque refugio en él. Una historia, eso sí, en la que no falta la superación personal y el esfuerzo constante. Ese texto inspiró al personaje de Rubén Alday. Por eso el primer agradecimiento es para él, por su esfuerzo incansable. Espero que sea un buen homenaje a su sacrificio constante por los demás.

No quiero olvidarme de dos personas que compartieron conmigo este sueño y ahora están ausentes. María Palomares, que siempre fue y será la *abuela María*, vivió muy de cerca el sueño de aquel niño que con nueve años quería escribir cuentos. Y además le obligó a cumplirlo. Pensar en ella es recordar el cariño que me regalaba, ese amor y esa complicidad que existe entre abuela y nieto. Aunque se fue hace ya más de dos años, para mí sigue tan presente como esas lágrimas que ahora asoman al recordarla. Son tantas las cosas que podría contar de ella… Gracias por todo, abuela.

Rosi. Nunca quisiste que te llamase Rosa y no dudabas en echarme la bronca por ello, aunque ya tuviera veintiséis años. Recuerdo que siempre me preguntabas quién era mi tía

favorita para chinchar a las demás, porque sabías que era incapaz de mentir. Recuerdo que fuiste feliz. Que te hicimos feliz tantas veces… No te imaginas lo mucho que te echamos de menos, a ti y a la abuela.

Este libro es para vosotras dos. Os quiero.

Quienes también han compartido el largo camino de *En el fondo del vaso* hasta que se ha convertido en un sueño cumplido son mis padres, Ana María y José, y mi hermana, Cristina. No sé cuántas versiones se han leído ya de esta historia y de otras tantas. Que sepáis que no os voy a dar tregua. Ya estoy con la siguiente. Amenaza que también incluye a esa segunda familia formada por buenos amigos —y buenas amigas—, cuyos consejos convirtieron el borrador inicial en el manuscrito final. Gracias por vuestra paciencia.

La lista de personas a las que tendría que dar gracias es demasiado larga. Quienes me ayudaron a creer que podía llegar a ser un escritor, quienes me enseñaron a juntar letras con cierto sentido y los consejos para crear una buena historia… Cada uno conoce su parte de «culpa». Sin vosotros esto sería imposible.

También quiero citar a una persona que merece entrar en esta lista. Se trata del escritor vitoriano Ramón Pizarro de Hoyos, a quien tuve ocasión de conocer hace unos meses. Puedo imaginar lo que pensó al leer esta novela solo por la forma en la que habla de ella, la ilusión que desprende y su emoción, casi paternal, por saber que va a ser publicada. Y eso para mí es motivo de orgullo, sobre todo porque en las veces que hemos coincidido me he dado cuenta de lo mucho que se parece al Rubén Alday que he imaginado libre de la maldición del alcohol. Alguien satírico, apasionado de la literatura y con ese ingenio capaz de sacar punta a cualquier cosa. La sensación de ver a Rubén en carne y hueso es el mejor regalo que puedes hacerme, Ramón.

Por último, hay alguien que ha hecho méritos para acabar aquí. Alguien que ha decidido confiar en un autor desconocido y apostar por su historia. Tú. Dice Carlos Ruiz Zafón que cada libro tiene dos almas. La de quien lo escribe y la de quienes con su lectura le dan vida. No anda desencaminado. Así que deseo que hayas disfrutado de este viaje por el fondo del vaso. Gracias de todo corazón.

Índice

Capítulo 1 11

Capítulo 2 17
Capítulo 3 27
Capítulo 4 41
Capítulo 5 53
Capítulo 6 75
Capítulo 7 89
Capítulo 8 109
Capítulo 9 133
Capítulo 10 155
Capítulo 11 169
Capítulo 12 177
EPÍLOGO 191
Agradecimientos 201